

Ediciones Ayesha libros

La "PROCTOMAQUIA" o
"EL CANTAR
DE LOS CULOS"
POEMA ÉPICO-PARÓDICO
de Aristón de Mitilene

Versión y notas de
Horacio Argüello
Edición a cargo de
Wenceslao Maldonado



Las Horas y las Gracias derramaron sobre tí dulce aceite,
oh culo; ni a los viejos dejas dormir.
Dime, feliz, de quién eres y a qué muchacho
adornas. Y el culo dijo: "A Menécrates".

RIANO
La Musa de los Muchachos, 38.

Oscuro y fruncido como un clavel violeta
respira, tímidamente oculto bajo el musgo;
el licor del amor todavía lo humedece
y fluye por el leve declive de las nalgas.

PAUL VERLAINE Y ARTHUR RIMBAUD
Soneto al agujero del culo.

a MARCELO GAMARRA,
Hermes organizador de este concurso

a DONNY SMITH,
vocero entusiasta de las Musas amadas

A modo de Presentación

En 1972, cuando murió el arqueólogo Bally Cock, desaparecieron los papiros que él había afirmado haber descubierto en El-Abarca en 1943. Su secretario, el francés Jean-Claude Sevigny, nunca supo responder nada sobre este asunto, a pesar de haber vivido varios años con él y ser el heredero de su biblioteca y de sus manuscritos.

En 1974, en Roma, me encontré con Sevigny por primera vez. Me habló en forma genérica sobre el asunto, como que recordaba lo de los papiros de El-Abarca (“por entonces yo no era todavía su secretario”, me aclaró), pero de ninguna manera se encontraban en el archivo de Cock. Le dije que lo extraño era que el único que habría podido ver, tal vez, los textos griegos era el traductor español José Luis Abreu Villalonga que había hecho una retórica traducción¹ en verso publicada en “La Cibeles” en 1950, después de la guerra. Sevigny puso una cara de extrañeza indescriptible al escuchar ese nombre, como si yo me hubiera atrevido a evocar al enemigo número uno de Bally Cock o, quién sabe, del mismo Sevigny.

Por lo que sé, Abreu Villalonga había tenido diferencias grandes con Cock, al menos por la interpretación de la autoría de la obra, si no por el título. En 1945, cuando apareció el anuncio del descubrimiento de Bally Cock en *Archaeological Review*² con una simple indicación, “*An epic-parodic ‘chanson’ was found by Bally Cock in the vally of El-Abarca*”, yo también había considerado errónea la opinión del arqueólogo inglés que interpretó *αριστ*..... por **Aristón**, filósofo peripatético de la época en que se habría escrito el poema, alrededor de 230 a.C., y no por ejemplo **Aristágoras**, que fue un escritor cómico, aunque es cierto que su ubicación es totalmente incierta en cuanto a lugar y tiempo. Yo tenía también un serio problema con la interpretación de ...ληνη, que a mi juicio de ninguna manera podía ser *Mitilene* (y menos en caso dativo con una clarísima iota suscrita), sino que se refería a Galena (es decir “*para Galena*”), una nereida de la que se habla en buena parte del poema.

Pero me estoy alejando de la cuestión porque en esa época en que Europa pensaba nada más que en la desolación de la guerra, ¿qué podía importar lo que pretendía discutir un argentino desconocido como yo desde un territorio tan austral con un arqueólogo inglés que, además, hacía por lo menos dos décadas que no pisaba su propio país? Bally Cock no respondió jamás a una sola carta mía, por supuesto. Ni siquiera cuando volvió a Cowley y, si no me equivoco, ese francesito guapo de Jean-Claude Sevigny ya vivía con él como “secretario” o como lo que sea.

Cuando visité a Sevigny por segunda vez, en 1976, la situación pareció cambiar; me dijo que se acordaba de mi nutrida correspondencia con el arqueólogo; me dio el detalle de los desteñidos sellos postales con la cara de San Martín, y una foto que se me había ocurrido mandarle (me la había sacado mientras trabajaba en cueros bajo el fuerte sol de Purmamarca, cosa casi de adolescente). El francés me aseguró con elegancia que todo estaba perfectamente archivado, y añadió, mirándome de reojo, que yo tenía, por aquel entonces, un cuerpo admirable. El dato no dejó de resultarme más que curioso, porque nada tenía que ver con el famoso poema del que hablábamos.

Lo cierto es que me puse en campaña para conectarme en Málaga con el traductor Abreu Villalonga. Pensé que iba a ser el camino más fácil. Estábamos en mayo de 1977. Lo logré en un cóctel de investigadores. Apenas si nos intercambiamos algunas palabras, pero no pasó nada. Traté de coquetearle un poco y pude entender, a pesar de su parquedad, que el manuscrito lo tenía Sevigny y habían acordado verse al mes siguiente por ese motivo.

Quise, entonces, ganarle de mano al español, y busqué el modo de encontrarme otra vez con el señor Jean-Claude, que por entonces se había retirado a Nantes. Pero fue imposible. Ni llamadas telefónicas ni cartas tuvieron eficacia alguna.

¹ No quiero pensar que la traducción de Abreu Villalonga sea sólo y simplemente una traducción del texto inglés, publicado por Cock en la Colección *Victorian Old Texts. London, Oxon.Univ.Stud., 1946.*

² *Archaeological Review.* Vol. XXXVIII (I). London, Camb. Press, march 1945. page 23.

Decidí hacer finalmente un viaje a Nantes, en una de mis estadias romanas, para ver si, golpeándole a la puerta, Sevigny me recibía. Pero por ese entonces, y estoy hablando de junio de 1977, Sevigny ya no me hubiera podido atender porque había muerto, de un infarto parece, algunos días antes, como me explicó la portera de la Rue des Fleures, 36, probablemente coincidiendo con la visita de Abreu Villalonga.

Podrá advertir el lector que con este poema no he tenido muy buena suerte que digamos. Ya desde el título, que por respeto a su descubridor, Bally Cock, he seguido manteniendo como **La Proctomaquia**. No es ocioso discutir, por ejemplo, el significado de las letras que quedaron inicialmente προκτομ..., ya que bien podría tratarse de la **Proctomanía**³, es decir, “La locura de los culos” y no “La batalla de los culos” puesto que de este enloquecimiento⁴ se trata en forma expresa y será la definición de la guerra. Con este poema, decía, he tenido bastante mala suerte, muy mala suerte. ¿Todo, quizá, por empecinarme en un texto sospechosamente falso y al mismo tiempo casi absurdo para la mentalidad actual? Pero, en fin, eso es lo que lamento como resultado de mi especialización en un país como este, al que no le interesan los culos de nadie, menos los de Dioniso, Apolo y Ares que son los que están en cuestión.

Respeté también el subtítulo, **El cantar de los culos**; creo que fue ocurrencia de Abreu Villalonga, pero seguramente sugerido por la etiqueta del género ‘chanson’ que el mismo Cock le pegó al anunciar el hallazgo. Me pareció, al principio, un intento algo ingenuo de leer la obra desde el *Cantar de Mío Cid* o, en todo caso, la *Chanson de Roland* o, si se quiere, desde el *Roman de Renart*. En este último caso, sería original acercarlo al género ‘roman’ de la Edad Media francesa, e incluso, por qué no, al mismo romancero español. ¿No quedaría mejor hablar de **La Proctomanía. El romancero de los culos**? Pero suena mejor **La Proctomaquia. El cantar de los culos**. Y así quede.

Sí, mi mala suerte ha sido absoluta con este poema, cantar de gesta, romancero o lo que se quiera, o tal vez una pura falsificación, como para no encontrar editorial que aceptara publicar mi versión, considerada poco más o menos una profanación del inglés de Cock y de su traducción rimbombante al español. No me han quedado muchas más alternativas que retocar un poco el castellano de Abreu Villalonga con el británico victoriano de Bally Cock. En realidad confieso que me he dado el gusto de llamar al culo *culo* y no *traseo* o *nalgas*, como en estas versiones puritanas. ¿O no hay una palabra para cada cosa?

Sin embargo, lo más importante era confrontarme con el texto griego. Y así lo hice. En otro momento hablaré de este asunto. Lo que sí puedo afirmar, aunque parezca un poco presumido, es que ésta es la versión definitiva.

**Horacio Argüello
septiembre de 1977**

³ Según **Hédilo de Samos**, el mismo Calímaco nombraría en el libro 117 de sus ‘Píakes’ a la **Proctomanía** como un poema cómico de **Riano de Creta**, que sigue a continuación de su **Heraclea**, obras lamentablemente perdidas. La función de Heracles como juez en la disputa del culo más bello entre los tres dioses es esencial, ya que en realidad, el gran héroe que no termina de llorar la pérdida de su Hílas en la expedición de los argonautas, es el que, al parecer del autor, tiene un culo mucho más hermoso que el de los tres dioses rivales. ¿Se tratará de esta obra? Lamentablemente en los papiros de El-Abarca, que el arqueólogo inglés clasificó como Cock Frag. 64/127 aparecen esas sílabas, ARIST... ..LENE, que nos llevan a otras hipótesis que nada tienen que ver con Riano de Creta, Hédilo de Samo o Calímaco.

⁴ Podría decirse que ‘manía’, μανία, como enloquecimiento sacro, porque de esto se trata, está más cerca del furor de Aquiles, la ‘menis’, μηνις, a través del verbo ‘mainomai’, μαινομαι. Es más que claro, como lo iremos haciendo ver en todo el texto con mis notas, que este Aristón, Aristágoras, Riano o quien sea, quiere seguir los pasos de la *Ilíada* como se le podía ocurrir a cualquier poeta alejandrino que intentara hacer una **Proctomaquia** o una **Proctomanía**, como más le guste al lector. No olvidemos que a Homero se había atribuido una **Batracomiomaquia**, casi de seguro la madre adoptiva de este poema paródico. No por nada los cantos de la **Proctomaquia** son doce, la reducción típicamente helenista de los veinticuatro cantos homéricos.

ARGUMENTO DEL POEMA

- El poema comienza, según la tradición homérica, con una invocación a las Musas de Pieria, en especial a Caliope, madre de Orfeo. De inmediato se enuncia el tema, un certamen entre Dioniso, Apolo y Ares para ver quién de ellos tiene el culo más hermoso, promovido por Hermes y Afrodita. El juez es Heracles, quien al fin será proclamado “megaloproctos”, de gran culo, iniciando así el culto particular de las fiestas llamadas Proctreas en su honor.
- Cada vez que silba el viento, abandonados en el Pritaneion de Delfos, conversan entre sí los “proctoaspidisquiones” o escudos en forma de culo. “Culo Prohibido” dice haber sido hecho por el mismo Hefesto y haber estado en manos de Orfeo, por lo que conoce los cantos de éste sobre la contienda de los culos de los tres dioses, supervisados por Heracles. A “Culo Prohibido” lo escuchan otros cinco escudos: “Culo Difícil”, “Culo Lánguido”, “Culo Cerrado”, “Culo Caído” y “Culo Pelado”, todos en miserable estado de abandono, que alternan y preguntan al relator. “Culo Prohibido” les canta la canción de Orfeo que se cantaba en las Proctreas y les cuenta cómo se desarrollaban esas fiestas en honor de Heracles Megaloproctos, y cuál fue la historia de este culto particular del héroe. “Culo Prohibido” será entonces el relator de esta historia (canto I).
- La nereida Galena se apura para llegar hasta Hermes y contarle que Afrodita ha emprendido el viaje ya que quiere reclamarle por las burlas de él y de su hermano Apolo, cuando la diosa cayó con Ares en la trampa que le tendiera su marido Hefesto. Llega Afrodita, en efecto, y Galena debe esconderse. Pero lejos de existir recriminación por parte de Cipris, Hermes y la diosa del amor terminan en el lecho, concibiendo a Hermafrodito. Galena decide vengarse. Pero no es todo. Hermes propone la realización de un concurso de culos divinos, así como lo hubo de diosas, para que ella pueda tener en sus brazos a Apolo. Serían convocados también Ares, su amante, y Dioniso que no tendría excesivo interés en la diosa. Como juez se propone a Hefesto, ya que siendo marido de Afrodita, no sospecharía en las intenciones de la diosa (canto II).
- Hefesto rechaza la invitación, debido a que por su odio a Ares, no podría ser un juez ecuánime; propone que se invite a Hércules, glorioso héroe, que lo haría mejor que el mismo Paris en otros tiempos. Se compromete a colaborar, elevando un monumento de bronce al vencedor. Galena corre a avisar, antes que a nadie, a Dioniso que está en la India, quien recibe la noticia de buen grado (canto III). La nereida va luego a Delos para contarle también a Apolo. Ante la llegada de Hermes, Galena, llena de rencor, se oculta en las rocas cercanas y debe escuchar las burlas y maltratos de que es objeto. Hermes trata de convencer a Apolo que Afrodita está interesada en él. Hermes se llega también hasta el campamento de Dioniso, que ya había sido avisado por la nereida, y prueba la fuerza de la seducción dionisiaca (canto IV). Galena visita a Ares para contarle la preparación del concurso y lo pone en sobreaviso acerca de las relaciones amorosas de Afrodita con Hermes. Cuando la diosa del amor se encuentra con su amante Ares, advierte que está en pie de guerra y consigue aplacarlo con sus artes amorosas (canto V).
- Es Iris la que va a Etolia para proponerle a Heracles que sea juez del certamen de culos divinos. Más tarde aparece Galena para contarle al héroe lo que se está tramando. Heracles la somete lascivamente, pero la relación se interrumpe ante la aparición del peligroso centauro Neso (canto VI). Finalmente los tres contendientes se encuentran a orillas del río Acis en Sicilia. Participa también Hefesto, que promete sólo levantar un monumento al ganador. Hermes y Heracles llegan después; este último acaba de matar al centauro Neso que quiso violar a su mujer Deyanira. Al fin se presenta Éride, la Discordia, y como lo había hecho en el concurso de las diosas, ofrece un premio, esta vez una pera de oro. Enseguida los tres dioses se pelean por la custodia del regalo pero Hermes decide entregarlo a Heracles como juez. Hermes convoca a los concursantes para la primavera en el valle del río Eveno, y los tres se retiran desafiantes (canto VII).
- Con una nueva invocación a las Musas se retoma el relato. En escena está Hefesto que, ante las presiones de Ares, amante de su mujer, promete forjarle un “proctoaspidisquión”, es decir un escudo en forma de culo. Al enterarse Apolo y Dioniso, exigen ellos también al herrero divino el propio “proctoaspidisquión” (canto VIII).
- Es la época de la primavera. Galena busca a Heracles en los montes cercanos al río Eveno; el héroe la vuelve a requerir en amores, pero son descubiertos al fin por la desesperada Deyanira. Mientras tanto van llegando al valle del río las diosas invitadas, a la cabeza Hera con su gran cortejo. Cada diosa tiene su favorito (canto IX). De pronto cunde el temor cuando advierten que Ares y Apolo avanzan con sus tropas con ánimo

más de hacer la guerra que de concursar. De hecho se traban en batalla y Ares lleva las de perder ante las flechas certeras de Apolo y su hermana Artemisa (canto X). Finalmente interviene Dioniso pero su manera de hacer la guerra es muy otra, ya que provoca un enloquecimiento general entre los contrincantes y los espectadores. Sólo la intervención de Zeus y el anuncio de la muerte de Heracles pone fin a la guerra de los culos (canto XI).

- Iris y Hermes cuentan cómo fue la muerte del héroe a manos de la desgraciada Deyanira, quien le hizo vestir una túnica con la sangre del centauro Neso, creyendo que recuperaría su amor, y cómo Zeus lo glorificó elevándolo al Olimpo. Hermes, a nombre de Afrodita, propone que se lo proclame vencedor del certamen. En una gran procesión funeraria, llega Deyanira trayendo la pera de oro, que Afrodita reserva para el monumento que se le erigirá como triunfador, invocado ahora como “megaloproctos” o de gran culo. Todos los años se celebrarán entonces las Grandes Proctreas, fiestas en honor de Heracles Megaloproctos (canto XII).

CANTO I

INVOCACIÓN A LAS MUSAS Y TEMA DEL POEMA

Me urgís, amadas Piérides⁵, a cantar lo que no podría hacer sin vuestra ayuda,
aunque variada es la experiencia de los hombres que transitan por la tierra,
sea que la borrachera provoque el delirio de la danza y la alegría⁶,
sea que el sol pinte paisajes de oro, esmaltados de pájaros cada madrugada,
5 sea que la guerra temple el grito, y el coraje de los caballos tracios aturda de
/furia el suelo.
¿Quién puede cantar la hazaña del guerrero, quién la paz de la mañana, quién
/la locura de las fiestas,
si vosotras, Piérides amadas, no sopláis sílaba a sílaba el aire que respira el
/poeta?
Venga a mí Caliope para entonar un himno a la increíble hazaña de Heracles
/Megaloproctos;
que suene a mi oído la dulce flauta de Euterpe que provoca el deseo de los
/hombres;
10 con paso rítmico salte Terpsícore el baile licencioso de las nalgas ligeras;

⁵ Las Musas eran llamadas también Piérides por habitar en Pieria, Tracia, cerca del Olimpo. Según una tradición eran nueve, hijas de Zeus y Mnemosine. El texto menciona sólo a cinco relacionadas de alguna manera con las intenciones del poema. Desde Homero (Ilíada I, 1 y Odisea I, 1) ha sido una costumbre en la poesía épica occidental comenzar con una invocación a las Musas.

haga cantar Erato, entre estruendos corales, a los redondos vozarrones de los
 /traseros;
 Talía, con su máscara ridícula, nos haga reír a pie suelto y a cuerpo desnudo;
 tú, la más excelsa de las Musas, sonora Calíope de lira firme,
 con las restantes vecinas del Olimpo que habitan Pieria y recorren el mundo,
 15 llama a tu hijo, el melodioso Orfeo⁷, para que temple su cítara de nueve
 /cuerdas
 y nos cante cómo fue la locura de los culos más bellos⁸, cómo en certamen,
 movidos por la astuta Afrodita⁹ de sonrisa falsa, midieron su esplendor
 el delirante Dioniso que golpea el suelo con su tirso al son de gritos de júbilo,
 el resplandeciente Apolo de aljaba de oro que descorre las luces cada día
 20 y el valeroso Ares, cuyos gritos horrorizan a los valles y collados,
 ante el juicio certero del héroe que deja sin aliento a los hombres, Heracles
 /Megaloproctos¹⁰.
 Custodien este camino que recorro los muchos hermas¹¹ que me acompañan,
 y me recuerden que quien tuvo la ocurrencia de tamaña contienda, el dios
 /mensajero Hermes,
 así quedó plantado en los senderos, solo el rostro vigilante, con mucho falo
 /pero nada de culo.

LOS PROCTOASPIDISQUIONES¹²

⁶ Metafóricamente en este verso se está hablando de Dioniso, así como en el siguiente de Apolo y en el verso 5 de Ares. En el verso 6 se recapitulan estas tres perspectivas. Dioniso, Apolo y Ares son los tres contendientes del concurso y los que entrarán en guerra por ese motivo.

⁷ Más adelante (I, 94) se va a decir que el himno de las Proctetas era del mismo Orfeo.

⁸ El texto, como se ve, habla de “la manía o locura de los culos”; por eso creemos que éste pueda ser el título del poema, *Proctomanía*.

⁹ El autor resume en los próximos versos el contenido del poema, muy de gusto homérico, presentando a los protagonistas de la historia: Afrodita como aparente organizadora, movida por Hermes que da la idea, Apolo, Dioniso y Ares, los contrincantes, y finalmente Heracles como juez, quien, sin pensarlo, será proclamado vencedor.

¹⁰ Epíteto permanente de Heracles en este poema paródico es “megaloproctos”, adjetivo formado con dos palabras, que quiere decir “de gran culo”, ya indicándolo como vencedor póstumo del concurso.

¹¹ Hermes es el heraldo de los dioses y el dios del comercio y, por ende, del correo y los caminos. En las encrucijadas de las rutas se solía poner en su honor un busto sin cuerpo pero con un sexo notable

EN EL PRITANEION¹³ DE DELFOS

- 25 Corría con sus veloces caballos, venidos de la Tracia, el helado Bóreas¹⁴,
deshojando las cabelleras de los árboles y arrebatando el polvo en los caminos.
Fue en el viejo Pritaneion de Delfos que su trote frío se hizo notar
con remolinos de hojas y basura entre las ruinas de columnas caídas,
otrora gloriosas, y ahora vejadas por la intolerancia de la intemperie.
- 30 Se escuchó entonces un largo gemido de viejos bronce abandonados,
mientras un estruendo de hueca sonoridad delataba el choque de dos metales
/cayendo.
“¡Siempre pasa lo mismo, *Culo Lánguideo*¹⁵”, gritó la boca empolvada de un
/disco de bronce
quien, en forma de culo, había vivido heroicas jornadas de lucha en brazos de
/un hoplita¹⁶.
“¡Cállate, *Culo Difícil*! ¡qué delicioso debería resultarte este choque que nos
/recuerda hazañas de guerra!”
- 35 “¡Muy otras fueron las hazañas de antiguas guerras”, replicó *Culo Difícil*,
“como para que hoy me consuele este golpe desatinado!”
Culo Lánguideo respondió sólo con un intenso pedorreo que la inclemencia de
/Boreas aumentó notablemente.
“¡Sí, siempre lo mismo!”, resonó como una explosión de flatulencias

denominado “herma”. La referencia del autor a los hermas sin culo son el primer toque directo de humor de este poema paródico.

¹² Los aspidisquiones eran escudos livianos en forma de pequeños discos. Los proctoaspidisquiones, símbolos de esta especial contienda en la que se mide la belleza de los culos divinos, tenían forma de culo. Es obvio que este nombre inventado (no hay ningún resto arqueológico que lo avale) es parte de la parodia.

¹³ En Delfos, la ciudad de Apolo, se conservan las ruinas de su santuario. El pritaneion habría sido una sala para los magistrados.

¹⁴ Viento del sur.

¹⁵ Obsérvese el nombre ridículo de los proctoaspidisquiones que intervienen en el relato; de alguna manera caracteriza a cada uno de estos extraños personajes, capitaneados por *Culo Prohibido*, quien será el que narre las peripecias del concurso de los culos divinos que terminará en guerra. En los poemas épico-paródicos se personalizan objetos y animales, lo que en el futuro constituirá una larga tradición de “fábulas”.

¹⁶ Los hoplitas eran los infantes del ejército griego; llevaban una pesadísima armadura, por lo que a veces sus escudos eran más pequeños como los aspidisquiones (diminutivo de “aspides”; su traducción sería “escuditos”).

un culo robusto que, a pesar de la telaraña que el desuso había tejido en sus
/ nalgas bronceínas,

40 se lo notaba orgulloso de su porte, sobresaliendo en mucho su relieve del disco
/ guerrero¹⁷.

“¡Sí, siempre estas tontas peleas!”, repitió molesto en un pedo que el viento
se encargó de hacer resonar en el ámbito derruido del Pritaneion.

“¿Te parece, *Culo Prohibido*, que deba tolerar la injuria que me infiere
el peso innoble de *Culo Lánguideo*”, protestó *Culo Difícil*.

45 “Ya alguna pandilla de niños, en sus juegos, te dejará parado, *Culo Difícil*.
Pero nada de lo que hoy nos sucede es innoble, a no ser el olvido,
ya que hemos sido forjados nobles por algún herrero para el choque de la pelea
/ y la victoria”.

“¡Yo estuve en manos de un soldado de Epaminondas en el Batallón
/ Sagrado¹⁸,
dijo una vocecita de aire liviano, salida de un aspidisquión que reposaba contra
/ el muro.

50 “¡Y yo, *Culo Prohibido*, luché del brazo de un apuesto muchacho en
/ Salamina¹⁹,
se apuró a decir un quinto disco casi con vergüenza.

“Ya ven, compañeros de infortunio, que nuestro pasado nos llena de orgullo”,
la voz de *Culo Prohibido* pareció quebrarse por la emoción de algún recuerdo.
Y después de una pausa de aire tembloroso, continuó con su tono firme de
/ pedo triunfal.

55 “Es el pasado glorioso de cada uno”, siguió diciendo *Culo Prohibido*,
“que hace felices, aún en el abandono, a nuestros camaradas *Culo Cerrado* y
/ *Culo Caído*.

¹⁷ Es la presentación de *Culo Prohibido*, cuyo nombre aparece dos versos después.

¹⁸ Epaminondas era un general tebano del s. IV a.C. que pereció en la batalla de Mantinea. Capitaneaba un batallón que se denominó “sagrado”, compuesto de parejas de amantes, ya que se decía que de esa manera se ayudaban y defendían mejor en la guerra.

Hasta creo que *Culo Pelado*, que debe estar dormitando como siempre, se
/debe sentir orgulloso de su pasado”.

“¿Qué, qué? ¿qué están diciendo?”, replicó el aludido como sacando de sí el
/sonido de un pedito titubeante.

“Que debes estar orgulloso de tu pasado”, insistió *Culo Prohibido*, “como yo lo
/estoy del mío”.

60 “Sí..., sí...”, alcanzó apenas a decir *Culo Pelado*, ya que Bóreas, el inquieto,
lo hizo girar sobre sí mismo y cayó de bruces en el polvo.

Los seis escudos se rieron, aunque *Culo Difícil* protestó:

“¡No te rías demasiado, *Culo Lánguido!* ya que, con la risa,
tu peso aplasta más mis nalgas y se me hace intolerable”.

65 Pasó otra vez el carro veloz de Bóreas agitando hojas muertas y polvo seco.
Se hizo luego un gran silencio en el recinto abandonado del Pritaneion hasta
/que la polvareda se asentó.

Con un ronquido volvió a hablar *Culo Prohibido*: “Orgullosos debemos estar,
a pesar del doloroso abandono, por la nobleza de lo que fuimos y todavía
/somos, proctoaspidisquiones.

Yo pertenezco a la estirpe de aquellos primeros escudos que fueron forjados por
/la pericia de Hefesto²⁰.

70 ¿Me habré de avergonzar acaso de haber sido puesto en la fragua por los
/forzudos Cíclopes,
pariente cercano del lecho nupcial que el dios cojo construyera para su
/cámara,

amigo íntimo del bello carro de su hermosísima esposa Afrodita,

¹⁹ Salamina es una isla que está junto al Ática, y en donde los griegos, dirigidos por Temístocles, lograron vencer a los persas, sus eternos enemigos, en 480 a. C.

²⁰ Hefesto, marido de Afrodita, es el gran dios herrero que forjó los rayos de Zeus y el nuevo escudo para Aquiles. Los cíclopes, gigantes con un solo ojo en la frente, eran sus ayudantes. Hefesto tenía su fragua

primo hermano del sorprendente escudo del valeroso Aquiles,
 el arma más extraordinaria que haya sido fabricada para un héroe?
 75 Pues sí, compañeros de este triste olvido, orgulloso me siento de mi originaria
 /nobleza
 y por nada quiero renunciar a la gloria de haber estado en las manos de
 Orfeo²¹”.
 “¿En las manos de Orfeo?”, preguntó *Culo Difícil* con un dejo de ironía.
 “¿No le sentaba mejor al dios de la música²² una lira para sus canciones?”
 “Ah, es que ustedes nada saben de las glorias pasadas, cuando se
 /establecieron las Grandes Proctas²³,
 80 las fiestas en honor de Heracles²⁴ Megaloproctos, el de Gran Culo”, contestó
 /molesto *Culo Prohibido*.
 “Orfeo ciertamente deleitó a los celebrantes con sus dulces canciones;
 pero Hefesto quiso obsequiar a los dioses presentes con un proctoaspidisquión,
 como los turgentes discos que había hecho para los tres dioses del certamen.
 Yo, *Culo Prohibido*, fui el escudo reservado para el meliflúo Orfeo en esas
 /fiestas”.
 85 “Cómo hubiera querido ser yo quien tocara el pecho del divino Orfeo
 mientras su voz estremecía a las aves”, suspiró *Culo Lánguido*.
 “Bah, quién puede creer que habiendo estado en las delicadas manos del hijo
 /de Calíope”, se burló *Culo Difícil*,

en el volcán Etna de Sicilia (o en la cercana isla Vulcano, una de las Eolias). Como recuerdo de este certamen, le labra un proctoaspidiquión a cada participante. Ver el canto III.

²¹ Orfeo era hijo de la Musa Calíope, según algunas tradiciones, como se afirma en el verso 87. La bajada al infierno para rescatar a su mujer Eurídice es uno de los hechos más conocidos de este mito. De origen tracio, las mismas mujeres tracias lo habrían despedazado tal vez por celos. Su lira se convirtió en constelación.

²² Se dice que en los Campos Elíseos, el paraíso pagano, Orfeo, divinizado, le canta a los que allí moran.

²³ El recuerdo de estas fiestas, cuyo nombre proviene de “proctos”, culo, es parte de la parodia, ya que no hay ninguna noticia de que existiera una tradición de fiestas con ese nombre en honor de Heracles. Como podemos ver, muchos nombres importantes, a partir del título supuesto de la obra “proctomaquia” (o “proctomanía”), están compuestos de “proctos”, por lo pronto “megaloproctos” y “proctoaspidisquión”.

²⁴ Heracles, llamado Hércules por los romanos, es hijo de Alcmena y Anfitrión y nieto de Alceo, por lo que se lo llamará también con su patronímico Alcides. Son conocidos los doce trabajos que debió afrontar. Por el texto se ve la popularidad del héroe, que va a intervenir en calidad de juez en el certamen, como

“hayas venido a parar ahora a este recinto ruinoso y una telaraña te cubra
/pudorosamente las nalgas”.

“¡Qué intolerante este *Culo Difícil!*”, era la voz leve de *Culo Cerrado*,

90 “En el Batallón Sagrado los conmlitones frecuentemente comentaban
lo que en otros tiempos habían significado para ellos las Grandes Proctreas”.

“¿Las Grandes Proctreas?” “Sí, el muchacho rubio que me llevara en Salamina”,
se apuró a decir *Culo Caído* antes de que lo interrumpiera el intemperante

/ *Culo Difícil*,

“solía cantar una suave canción que era conocida como el canto de Orfeo.

95 Recuerdo que concluía con estas palabras: **¡Los culos, todos los culos,**

/ acudan a mí esta noche!”

“Proctreas..., Proctreas... Quién sabe qué es eso de las Grandes Proctreas”,

/bostezó *Culo Pelado*.

Culo Prohibido volvió a resoplar fuerte como si la emoción lo embargara otra

/vez.

Y cantó con voz profunda: “**¡Los culos, todos los culos, acudan a mí esta**

/ noche!”

“Sí, amigos de desgracia, es ésta precisamente la canción que Orfeo compuso

100 cuando por vez primera, en las Termópilas²⁵, resonó la alegría de las fiestas en

/honor de Heracles Megaloproctos.

Con mi propia voz, cascada por el tiempo y la inactividad, la he de cantar

para que *Culo Difícil* se convenza no sólo de mi glorioso pasado, sino de la

/nobleza sin par de los proctoaspidisquiones”.

Iba a cantar, pero, gélido, el insufrible Bóreas volvió a molestarlos

Paris lo hiciera con las diosas. En la historia que nos concierne, se relatan los últimos tiempos de su desdichado amor con Deyanira.

²⁵ Es un famoso desfiladero, el lugar en donde, supuestamente, se encuentra el monumento a Heracles Megaloproctos y se realizan las fiestas en su honor, las grandes Proctreas. Allí habría muerto Heracles al arrojarse a un arroyo porque le quemaba la túnica, empapada con la sangre del centauro Neso, que le había dado su mujer Deyanira, creyendo que lo devolvería a su amor. El fuego calentó el agua, creando una fuente termal, y de allí el nombre “Termópilas”.

sacudiendo los olivos cercanos y cubriendo de gris terroso las ruinas del

/Pritaneion.

105 La fuerza del viento hizo dar un brinco a *Culo Lánguido* que liberó de su peso al malhumorado *Culo Difícil*, quien lanzó un bufido de alivio.

Volvió la tranquilidad y el silencio, y *Culo Prohibido* comenzó la canción de

/Orfeo con honda voz segura:

Canción de Orfeo²⁶

Yo que he enseñado en la Tracia

A recoger tiernas flores

110 De la breve primavera

Desflorando culos jóvenes²⁷,

Yo que amé a tantos muchachos,

Prefiriéndolos a hombres

Cansados de amor y sexo,

115 Porque hay ternura en el joven,

Yo que ascendí la ladera

Pedregosa de este monte,

Tomo mi lira de brisa

²⁶ Esta canción, atribuida a Orfeo, como el fragmento de himno que aparece en el verso 95 y se repite en el 98, son tal vez cantos que preexistieron al poema en su conjunto. En todos los cantos el autor toma algunas de estas canciones populares, seguramente ya conocidas por los espectadores, intercalándolas con cierta habilidad. Por eso hemos dicho en la presentación que parecería un verdadero cancionero, *El Romancero de los Culos*, para estar con el metro que prefiere en su traducción Abreu Villalonga, y que yo incorporo con pocos retoques. Esta primera canción fue escrita en estrofas sáficas, así llamadas por Safo de Lesbos que las usara. La canción de Orfeo tiene lagunas entre el verso 136 y 143 que Abreu Villalonga reconstruyó con habilidad, a mi juicio, por lo que acepto también esta reconstrucción.

²⁷ Siempre se consideró a Orfeo como padre de la pederastia. Ése puede también haber sido un motivo para que las mujeres tracias lo descuartizaran. La pederastia estaba institucionalizada en algunas ciudades de Grecia. Por eso no nos debe llamar la atención lo que se dice en este canto de Orfeo. El tono de la canción parecerá atrevido, pero no difiere de otros textos griegos de distintas épocas. Piénsese, por ejemplo, en la *Musa de los Muchachos*, atribuida en buena parte a Estratón de Sardes (130 circa d.C.).

Para cantar esos goces.

* * *

120 Amo los culos torneados,
Redondos como dos soles,
Y los que ocultan, oscuros,
Todo el vello de la noche.

125 Amo los culos alzados,
Orgullosos de sus dones,
Y los caídos, turgentes,
Que ríen sin pretensiones.

130 Amo los culos flexibles
Que abrasan con sus calores,
Y los más duros, más tensos,
Que aprietan para que goces.

* * *

¡Culos erguidos de mármol!
¡culos brillosos de bronce!
¡culos blandos de azucena!
135 ¡culos cálidos de roble!

Culos que te están llamando,

Pero si hablamos de escritores de los siglos anteriores, nos podríamos remontar a Safo, Anacreonte y Teognis para nombrar a los principales poetas, o a Platón y Jenofonte si consideramos la prosa.

Que te requieren a voces,
Culitos que suavemente
Te seducen y te acogen,

140 Culos, culos, los que fueren,
Siempre atractivos y nobles,
¡mi lira los canta a todos
sobre la cima del Ródope²⁸!

¡Los culos, todos los culos,

145 Acudan a mí esta noche!

Terminada la canción, hubo un retumbo de metales y vientos
mientras el Bóreas frío, sobrevolando Delfos, bajaba por los olivares hacia la
/cinta plateada del mar.

Todo se agitaba a su paso, y se agitaron también los escudos con sus
/broncíneas nalgas sobresalientes
aprobando la canción de Orfeo que había dejado jadeante a *Culo Prohibido*.

150 “¡Emocionante!”, dijeron a coro *Culo Cerrado* y *Culo Caído* con la discreción
/de sus vocecitas mínimas.

“¡Has tenido un pasado glorioso!”, afirmó con entusiasmo melancólico *Culo*
/Lánguido.

“Habría que ver... Todavía nos debe la historia de las fiestas de Heracles de
/Gran Culo, el Megaloproctos, si se atreve a contar”,

La duda venenosa de *Culo Difícil* molestó como un dardo a *Culo Prohibido*.

“¡Ya verás! ¡Ya verás!”, y su vozarrón hizo caer a *Culo Pelado* que dormitaba.

155 El aire de la tarde pareció abrirse mientras el sol tranquilizaba

²⁸ Ovidio, en su obra *Metamorfosis* (X, 77), ubica a Orfeo en el Monte Ródope, dolorido por la pérdida definitiva de Eurídice, cantando tres historias de dioses que aman a los jóvenes; es el caso de Apolo con Cipariso y luego con Jacinto, y de Zeus que rapta a Ganímedes.

por valles y montes a los oscuros olivos y a los esbeltos cipreses.

“La época gloriosa de las Grandes Proctreas”, a pesar de la telaraña temblorosa
/que lo cubría

el tono de *Culo Prohibido* era solemne, acorde a las circunstancias,

“tiene que ver con el culto de Heracles, inesperado vencedor que fuera

160 de la dura contienda que mantuvieron Dioniso, Apolo y Ares,

por ocurrencia del mensajero Hermes y a instigación de Afrodita de engañosa
/sonrisa.

Ya les cuento la historia de esta curiosa confrontación, mientras resuena

/todavía en mi metal

el himno marcial que, en la procesión de entrada, los culos iban cantando con

/fuerza”:

Himno de los culos²⁹

	Trompetas suenen suenen	ya viene la victoria
165	Corona verde en mano	las alas desplegadas
	Trompetas griten griten	en el primer carruaje
	Transportan el gran falo	enhiesto en su loriga
	Trompetas ronquen ronquen	en el cortejo llegan
	Hinchados los testículos	pletóricos de celo
170	Trompetas rujan rujan	en retaguardia vamos
	Duros de nalgas fuertes	con nuestra raja airosa
	Los culos ¡Somos culos!	¡la gloria de los hombres!

²⁹ El himno está escrito en tetrámetros yámbicos, traducidos en dos hemistiquios heptasílabos por Abreu Villalonga. Es uno de los poemas que aparece completo en el texto griego. Seguramente se trataba de un himno procesional que cantaba un coro mientras se transportaba ritualmente un enorme falo. Piénsese en

CANTO II

LA INQUIETUD DE GALENA

Cansado por las tareas del día, puesto que ser heraldo de los dioses es una
/pesada responsabilidad,
había Hermes³⁰ dejado el pétaso alado en su gruta del Monte Cileno,
apoyando el caduceo de oro contra las rústicas paredes del aposento.
Tomó la siringa que, desde su invención³¹, le había proporcionado dulces horas
/de solaz,
5 y se disponía a sonar una melodía que acababa de escuchar a unos boyeros
/por los lejanos caminos de Tesalia,
cuando le pareció que, del rojizo reflejo del sol en las playas,
una niebla se levantaba en forma de silueta femenina,
de un vivo rosado el peplo, celeste la clámide como la bruma del horizonte.
“Es Galena³² que insiste con sus pretensiones”, dijo y comenzó con el canto

algún reperto arqueológico conocido, como es el caso de la isla de Delos, de la que se hablará más adelante.

³⁰ Hermes es hijo de Zeus y Maya, una de las estrellas de la constelación de las Pléyades. Nace en el Monte Cileno, en la Arcadia, y desde muy pequeño muestra una inquietante precocidad. Su función principal es la de ser heraldo de los dioses, simbolizada en el caduceo, varilla con dos alas y dos serpientes entrelazadas. Lleva un sombrero de alas anchas, el pétaso, y calza sandalias aladas también.

³¹ Hermes pasaba por ser el inventor de la flauta o siringa y también de la lira, hecha con una caparazón de tortuga y que canjeó con su hermanastro Apolo, por el ganaba que le había robado.

³² Galena es una nereida, es decir, una hija de Nereo, el “viejo” del mar y nieta del Océano por parte de su madre Dóride. Las nereidas son innumerables, ya que aparecen sus nombres en muchísimas obras, casi como si se tratara del reflujó incesante de las olas. Pintada como una criatura marina, casi evanescente, es tal vez uno de los personajes mejor logrados del poema.

/pastoril de la siringa

- 10 volviéndose como si nada hubiera divisado en la lejanía.
La bella hija de Nereo se acercaba ya al distraído Hermes
moviendo sus brazos acompasadamente como si nadara en las profundidades
/del mar.
Flotando en el aura bermeja del atardecer, se detuvo junto al heraldo de los
/dioses
quien parecía absorto en su canción campesina que olía a húmedas hierbas.
- 15 “Desde Chipre vengo presurosa”, la nereida miró al hijo de Zeus con sus
/anchos ojos azules.
Hermes dejó de tocar el canto de los boyeros, pero quedó todavía concentrado
/en su siringa
como si esperara el regreso de algún eco desde los dispersos caminos.
“Ayer venías de la Tracia y antesdeayer de la Tesalia”,
dijo el dios en voz queda para evitar todo tono de burla.
- 20 “Es que he visto con mis propios ojos los preparativos de la engañosa Afrodita
/para un nuevo viaje”.
Bajo las pestañas marinas de la nereida parecían moverse olas de desasosiego.
“Afrodita nunca está tranquila en su Chipre natal. Eso es ya sabido”.
La insistencia de Galena no lograba quebrar la indiferencia del Crióforo³³.
“Viene hacia aquí pues quiere ajustar cuentas pendientes que tiene contigo”.
- 25 Por un instante se encendió la mirada inexpresiva del dios,
lo que no pasó inadvertido a la bella criatura de los mares.
“Ha repetido muchas veces que tus burlas, cuando sufrió la trampa tendida
/por Hefesto
sólo por rencor al valeroso Ares de grito potente,
jamás podrán ser aceptadas, y te exigirá pagar palabra por palabra
- 30 cuanto te has atrevido a decirle a tu hermano, el reluciente Apolo”³⁴.

Como movido por un repentino furor, Hermes se volvió a la nereida de pupilas
/de agua.

“Si ha habido ofensa en mis palabras, y creo recordar muy bien lo que a mi
/hermano dije jocosamente,
será un asunto que, en todo caso, deberemos arreglar sólo Afrodita y yo.
De cualquier manera, agradezco la noticia que con tanta premura has venido a
/traerme”.

ENCUENTRO DE AFRODITA Y HERMES

35 Se volvía el dios para proseguir con su canción de la siringa, cuando resonó en
/el horizonte el chirriar de la carroza
que tres cisnes de nevado plumaje, graznando, hacían correr sobre la espuma
/del cerúleo ponto.
Las grandes ruedas, al girar, despedían hacia todas las direcciones las últimas
/luces rojizas del día,
mientras la diosa, envuelta en su manto purpúreo, descansaba los codos de
/marfil
en los dos delfines de oro que, bellamente labrados, le servían de apoyabrazos.
40 En su rededor, palomas y gorriones, arracimados, piaban transformando el
/viaje en un cortejo nupcial.
“Galena, no es bueno que Afrodita te encuentre aquí”, señaló enseguida
/Hermes
con clara intención de alejar a la nereida de hermoso aspecto.

³³ “Crióforo” es uno de los títulos o sobrenombres de Hermes, “el que carga un carnero”; muchas veces se lo representaba así como protector de los pastores.

³⁴ Se trata del episodio contado en la *Odisea* VIII, 266 ss. por el aeda Demódoco en la corte de Alcinoos, rey de los feacios. El poeta ciego cuenta los amores de Ares y Afrodita con cierto humor irreverente hacia esas divinidades, que caen víctimas de la trampa que les tiende Hefesto quien, como buen herrero, había fabricado una red metálica invisible para atraparlos justo en el momento en que hacían el amor. Los adúlteros quedaron expuestos a las burlas de los demás dioses. Fue entonces cuando Apolo le pregunta a su hermanastro Hermes si no le gustaría quedarse prisionero con Afrodita, como le había pasado al terrible Ares, su amante. A lo que Hermes responde: “Ojalá sucediera esto, soberano flechero Apolo, / que una red tres veces más fuerte nos envolviese / a la vista de todos los dioses y diosas / con tal de que yo me acostara con la dorada Afrodita” (Od. VIII, 339 – 342). Los dioses presentes se van a reír de esta ocurrencia. Esto es lo que Afrodita no le puede perdonar ahora a Hermes. Muchos siglos después Luciano

“Sí, la diosa no me debe ver”, asintió Galena en un gesto evidente de disgusto.

“Vuelvo a las profundidades del mar, a mi trono dorado.

45 Las diferencias entre Cipris³⁵, la maliciosa, y tú no me conciernen”.

Dijo y pareció alejarse del lugar; pero se ocultó tras un robusto ciprés,
pues que amando a Hermes, sentía rencor por los desplantes de éste y celos
/por Afrodita.

El que conduce las almas de los muertos³⁶ se quedó en su puesto, esperando
/con una sonrisa cada vez más franca,
puesto que intuía que la diosa, blanquísima y sensual como la espuma de la
/que había nacido³⁷,

50 vendría a cerciorarse de sus intenciones, que él, responsable de los mensajes
/divinos, no pensaba ocultar.

Se detuvo el carro refulgente y, por unos momentos, se contuvo también la
/algarabía de las aves.

Cipris esperó un instante, apoyada en los delfines de oro, suponiendo que el
/Psicopompo vendría a su encuentro.

“En estos últimos tiempos muy concentrado estás en tu siringa, señor de los
/caminos”.

“Si vienes en actitud amiga”, replicó el dios encarándola con decisión,

55 “bien sé que los dones de Afrodita nunca deben rechazarse.

Pero si tienes el ceño adusto por el enojo, concentrado estoy en mi ingenio que
/la siringa representa”.

La diosa se levantó de su asiento brillante, tanto que se hubiera dicho que el
/sol estaba en su cenit.

Arregló con ademán solemne los pliegues de su largo manto de púrpura

de Samosata (s. II d. C.) va a reproducir esta escena en el diálogo 17 de sus *Diálogos de los Dioses* con un inigualable tono cínico.

³⁵ Uno de los sobrenombres de Afrodita, por su origen en Chipre, como se decía en el verso 22.

³⁶ En griego el adjetivo correspondiente es “Psicopompo”, uno de los sobrenombres de Hermes, por su función de acompañante de las almas. A veces se ha aplicado a Caronte. Ver más adelante el verso 52.

y se dispuso a bajar del carro mostrando su pie pequeño, tallado en purísimo
/marfil³⁸.

60 Entonces reaccionó Hermes con toda la locuacidad que le era característica
/como heraldo celestial.

“Bien sé a qué has venido. ¿Acaso te dura el enojo desde aquel desgraciado día
en que quedaste atrapada en el lecho con el terrible Ares, de invencibles armas,
gracias a la ingeniosidad, que admiro siempre, de tu noble marido Hefesto,
avergonzado de su cojera y de las constantes infidelidades de su esposa, la más
/bella entre todas las diosas,

65 como declaró con justicia el veredicto parcial del corrupto Paris³⁹?”

“¿Cómo te atreves a juzgar como parcial el veredicto que encumbró mi belleza
/por encima de mis detestadas rivales⁴⁰?”

¿Cómo te atreves a llamar corrupto al pastor más hermoso que haya
/engendrado el Monte Ida?”

Contestó Hermes abriendo su gran sonrisa que dejaba ver los dientes de perla
/de su boca ansiosa.

“Afirmo lo que todos saben, dorada Afrodita, y no me desdigo de lo que
/entonces susurré a mi hermano Apolo⁴¹

70 cuando te vi en estrecho abrazo con tu amante Ares, enredada en la malla que
/produjeran las artes admirables de Hefesto”.

“¡Me faltas el respeto!”, exclamó Cipris con fingida irritación.

“¡Digo la verdad!”, gritó el Crióforo con apasionamiento.

Y poniéndose de pie enfrentó a la diosa con la misma firmeza de sus pregones.

³⁷ La espuma se había formado en el mar por los testículos de Urano (ver verso 83) que su hijo Cronos le cortó para vengar a su madre Gea (La Tierra). Precisamente “afros” quiere decir espuma y de allí deriva el nombre de la diosa y su estrecha relación con el sexo.

³⁸ Las imágenes del marfil y el oro para describir a la diosa tienen mucho que ver con la costumbre de hacer estatuas “crisoelefantinas”, es decir, de oro y marfil para honrar a los dioses.

³⁹ Paris o Alejandro, fue hijo de Príamo, rey de Troya, y Hécuba, hermano de Héctor. Como un sueño premonitor de Hécuba durante el embarazo lo señalaba como causa de la destrucción de la ciudad, Príamo mandó matarlo, pero su madre lo entregó a pastores del monte Ida para que lo criaran. Su belleza era proverbial. Será el juez en el concurso de las diosas.

⁴⁰ Las diosas rivales de Afrodita en el concurso de belleza son Hera, mujer de Zeus, y Palas Atenea, nacida del cerebro del mismo Zeus. Se las menciona expresamente más adelante en el verso 109.

“Afrodita, nunca visitas a nadie en son de guerra, porque tus armas son los
/abrazos, los besos y el afanoso coito.

75 Has venido hasta mi gruta del Monte Cileno porque quieres yacer en el lecho
/conmigo
así como yacías sofocada entre los brazos del potente Ares. Y hasta sospecho, y
/te lo voy a decir con absoluta sinceridad,
que te acostarías también con mi hermano Apolo, esbelto y de cabellos
/azulados, pues que en ellos ondula la fuerza del electro,
y cuyas flechas son mucho más temibles que las de tu caprichoso hijito
/Eros⁴²”.

La diosa encendió en su sonrisa la luz del primer planeta de la noche⁴³
80 levantó su brazo ebúrneo hacia el héroe Argifonte⁴⁴, deponiendo su falso
/enojo.

Hermes le tomó la blanquísima mano y habló con voz que emulaba a su
/siringa.

“Ahora sé que el deseo nos viene desde los lejanos mares de Chipre
y nadie puede resistirse al amor que nos regala la diosa inigualable nacida de
/los espumosos testículos de Urano”.

Hermes condujo embelesado al interior de su gruta a la marfilea diosa,
85 lo que hizo prorrumpir en un llanto desconsolado a la nereida Galena
que dejó su escondite del corpulento ciprés y se acercó a la cueva con pasos
/pequeños de onda marina,
ansiosa por no perderse la escena que allí se iba a desarrollar.

“Mucho te he esperado”, escuchó Galena decir al mensajero Hermes

⁴¹ Ver lo dicho en nota 34.

⁴² Eros es la expresión del deseo amoroso. En esta tradición seguida por el poeta aparece como el hijo de Afrodita, pero como si nada tuviera que ver con Hermes que se burla de él; sin embargo algunos mitógrafos lo llegaron a considerar como su padre. Para Platón, en cambio, según lo que se dice en el *Simposio*, sería un dios o genio intermedio. A partir de la poesía alejandrina Eros adquiere una enorme importancia en todos los temas amorosos, casi como una figura ornamental obligada.

⁴³ La estrella que llamamos precisamente Venus.

mientras sentía el suave soplo de los vestidos al rozarse y desatarse.

90 “Hoy serás mía, y engendremos a la más admirable criatura que haya nacido
/de dioses,

y llevará tu nombre y el mío, porque la pasión de Hermes y Afrodita lo habrá
/traído a la vida⁴⁵”.

Galena, escuchadas las melifluas palabras del Crióforo, agitó sus brazos en
/dirección del mar

haciendo una muda súplica a sus hermanas, las hijas del acuático Nereo,
y un río de copiosas lágrimas corrió por sus mejillas delicadas, apagando sus
/grandes ojos azules.

Lloraba y sus párpados ardían, mientras ayes y jadeos de placer llegaban a
/sus ofendidos oídos.

Fue entonces, en el grito estentóreo del orgasmo, que decidió vengarse del
/amado Hermes, de veloz movimiento⁴⁶.

LA GRAN PROPUESTA

Se había hecho un forzoso silencio en la caverna, mientras la nereida trataba
/de imaginar las venganzas más feroces.

De pronto le pareció escuchar la voz fatigada de la dorada diosa de Chipre
que salía del aposento y se apagaba con el croar de las ranas a las primeras
/estrellas.

100 “¿Cómo me pagarás este momento de placer sublime?”, oyó la afligida Galena.
Y enseguida la respuesta pastosa de Hermes: “¿Acaso no es un regalo de
/Afrodita?”

Y Cipris: “También los dones de Afrodita tienen precio”.

⁴⁴ Con los títulos de Crióforo y Psicopompo, este es el tercer apodo que se le da a Hermes, “matador de Argos”, el custodio puesto por la celosa Hera para que vigilara (tenía cuatro ojos) a la vaca Io, amante de Zeus.

⁴⁵ El nombre de este hijo, Hermafrodito, está compuesto precisamente de los dos nombres de quienes lo engendraron, Afrodita y Hermes.

“No tienes que decirme cuál es el costo de este encuentro”, pareció añadir el
/héroe Argifonte,
“porque si has sentido placer en mi sexo, mucho más te excitarán los besos de
/mi hermano Apolo”.

105 Se escucharon risas, y la bella Galena creyó ver los rostros odiados de Afrodita
/y Hermes burlándose de su dolor.

“Muy simple”, concluyó Hermes, “deberías auspicar un concurso de belleza
/entre los dioses⁴⁷,

y yo conduciré ante ti a Apolo, así como os acompañé a vosotras, las diosas
/más bellas,

ante el pastor del Monte Ida, cuya decisión final habías comprado de
/antemano”.

“¿Dudas acaso de que fui y soy la más bella, ante la insoportable Hera y la fría
/Atenea?”

110 El tono de Afrodita se había hecho más decidido. Contestó el dios mensajero
/con la misma contundencia.

“Nunca he afirmado nada semejante. Eres la diosa más bella que el Olimpo ha
/procreado.

Pero Helena⁴⁸ es la mujer más bella que los humanos hayan jamás engendrado
y fue el pago que Paris se llevó consigo a su cálido lecho de Troya”.

“Era la recompensa más justa que un hombre del porte de Alejandro debía
/recibir”.

115 La voz de Afrodita se había vuelto ahora más dulce que la miel y Galena creyó
/oír la melodía de una flauta.

“¿Piensas acaso que los dioses se interesan por su hermosura y por su aspecto

⁴⁶ Toda esta última parte, a partir del verso 88, está contada magistralmente en formas indirecta, a partir de lo que Galena escucha desde afuera de la cueva.

⁴⁷ Es aquí en donde aparece la propuesta que moverá la historia de este poema paródico: un concurso de belleza entre los dioses, paralelo al concurso que se había hecho entre las diosas, y en el que Hermes había cumplido el papel de acompañante.

/como las diosas?”

“¿Eres la diosa del amor y no lo sabes?” Galena percibía que las palabras de

/Hermes provocaban un inquieto titilar en las estrellas de la noche.

“Los dioses, como los hombres, disimulan más pero están muy atentos a la

/apariencia de su figura.

Sobre todo saben que la firmeza de sus nalgas es decisiva para embelesar a

/una mujer o a una diosa.

120 ¿Por qué no organizas un concurso de culos⁴⁹ entre los divinos más dotados,
y obtendrás un éxito seguro hasta tal punto que el panteón se convertirá en un
/avispero,
y mi hermano, de arco certero, sería uno de los seguros ganadores,
pero, aún más, podrá llegar a ser uno de tus seguros amantes”⁵⁰.

Ante un silencio de incertidumbre, Galena tuvo que contener sus sollozos para

/no ser oída.

125 Al cabo, la nereida percibió duda en el tono en que Afrodita preguntó:

“¿A qué dioses convocarías?” El Crióforo respondió resueltamente:

“A Ares, porque ya lo tienes y no importa que por esta vez sea derrotado;

a Dioniso porque, aunque su figura es esbelta, y grácil para la danza, es más

/femenino que las mismas diosas;

y finalmente a Apolo, el de aljaba de oro, porque es el trasero más perfecto y,

/entre los tres, el que tú buscas”⁵¹.

130 “¿Pero no crees que si organizo un concurso de belleza masculina, atraeré las

/sospechas de Hefesto, mi marido?”

El ingenio de Hermes cortó de inmediato la pregunta temerosa de la diosa

⁴⁸ Helena es la mujer fatal que ha movido la imaginación amorosa de casi toda la literatura griega, ya sea disculpándola o acusándola por su infidelidad, porque siendo la mujer de Menelao, se fue con Paris y provocó la guerra de Troya. Según algunas tradiciones se la consideraba hija de Zeus y Leda.

⁴⁹ El concurso de belleza, del que Hermes había hablado anteriormente en forma más genérica en el verso 106, ahora se convierte en una propuesta bien concreta, un concurso de los culos divinos más bellos.

⁵⁰ En la iniciativa de Hermes hay un ofrecimiento que será clave para mover el interés de Afrodita.

⁵¹ Hermes tiene la respuesta rápida con candidatos y motivos, como si ya hubiera tenido pensado el proyecto desde hacía tiempo. Obsérvese cómo, del trío propuesto, Ares y Dioniso serían simplemente una excusa para darle cabida a Apolo, deseado por Afrodita.

/dorada.

“¡En absoluto, si él mismo es el juez de la contienda!”, gritó el heraldo divino

/como si lanzara un pregón de victoria.

“¡Es un canalla!”, exclamó para sí la nereida desconsolada, y después temió

/haber sido escuchada.

“No es mala la idea”, asintió Afrodita, “enviaré a Iris⁵² para que se lo anuncie,

135 y después lo convenceré yo misma con caricias ardorosas de esposa

/apasionada”.

“Y yo correré a la India a avisar al delirante Dioniso; y avisaré luego a Apolo

/antes de que llegue su hermano”,

dijo resuelta Galena secándose las lágrimas con el dorso de ambas manos.

Y enseguida movió sus brazos como si nadara en el éter, y se alejó confundida

/con la neblina nocturna.

Sobre Delfos⁵³ la noche cabalgaba su jardín de reflejos metálicos y la oscuridad

/había vaciado de ceguera las miradas del Pritaneion,

140 cuando, a las últimas palabras de *Culo Prohibido*, resonó en el hueco del

/recinto un bostezo heroico.

“Debe ser *Culo Pelado* que ya no da más”, se dijo haciendo un alto en la

/historia

porque escuchaba además un ronquido prolongado que calculó venir del lado

/de *Culo Lánguido*.

Los proctoaspidisquiones no habían resistido relato tan largo y pasional;

ni siquiera *Culo Difícil* se había atrevido a respirar, señal de que dormía

/plácidamente.

145 A un chillido de corneja, también *Culo Prohibido* se dispuso a descansar,

⁵² Iris cumplía una función parecida a la de Hermes, llevando mensajes de los dioses; estaba particularmente al servicio de Hera, pero aquí se ve que Afrodita tiene también posibilidad de pedir sus servicios. Iris va a ser característica de la unión entre cielo y tierra con los colores del arco que los une, el arcoiris.

pero antes no pudo menos que tararear en su bronce sonoro el inmortal himno
/de Orfeo.

¡Ta – ta – ta! ¡Los culos, todos los culos, ta – ta – ta, acudan a mí esta

/noche, ta- ta – ta!

“¿Todavía tienes ganas de seguirnos molestando? Estas ya no son horas para
/canciones y cuentos.

¡Cállate de una vez!” Indiscutiblemente *Culo Difícil* todavía no se había
/dormido.

150 “Discúlpame...”, se excusó *Culo Prohibido* con voz tenue de sueño.

“Esa melodía todavía me retumba en el bronce redondo de las nalgas”.

“Buenas noches”. “Mañana será otro día”. La corneja lanzó un nuevo chillido.

Muchos miles de estrellas más se descolgaron del cielo a la tierra.

CANTO III⁵⁴

CONVOCATORIA A HEFESTO

Todavía no había aparecido Helios con sus luces del día sobre los mares
/distantes,
y ya Hefesto⁵⁵, sudoroso, forjaba una enorme panoplia en su fragua del Monte
/Etna,
mientras los cíclopes seguían durmiendo con el rumoroso resoplido de sus
/gargantas

⁵³ El autor vuelve a Delfos para cerrar el episodio con la mirada puesta en el narrador, el proctoaspidisquión *Culo Prohibido* y sus compañeros que lo han estado escuchando.

⁵⁴ Según Cock, este canto III está incompleto en el final. De hecho el arqueólogo inglés debió reconstruir la última estrofa y el estribillo de la *Canción de Dioniso* (con placer añadido entre paréntesis que leyó ... *si me enloquecen los culos* en el verso 202, cierre del canto, según la versión de Abreu Villalonga al español que transcribo, teniendo en cuenta el sentido de “proctomanía” o locura de los culos, que da razón al título que propongo para toda la obra). Disiento con esta opinión del descubridor de los papiros. El canto III, uno de los más largos de la obra (sólo los cantos IX y XII superan los 200 versos, llegando a 206), tiene sentido completo cerrando en la canción de Dioniso, como sucede también en el canto I que cierra con el *Himno de los Culos* sin ningún comentario posterior.

que hacían temblar las tres puntas de la isla⁵⁶ sumergida en las sombras.

5 El fuego iluminaba el perfil austero del dios cojo y nadie hubiera sospechado la desazón que tal infortunio le trajo siempre, como tampoco la ansiedad con que esperaba el regreso de su esposa, de la que recelaba cuando estaba

/ausente por las noches.

Hacía poco se acababa de marchar Iris, la de variados colores, que había

/llegado en horas inoportunas

a traerle un mensaje de la dorada Afrodita quien, como tantos caprichos que él

/bien le conocía,

10 se disponía a organizar ahora un concurso de belleza entre los dioses más

/dotados.

Hefesto, desvelado a una hora desacostumbrada, no pudo dejar de mostrar su

/mal humor a la ágil mensajera,

y prefirió reavivar el fuego inquieto con el fuelle, dedicándose a los trabajos

/pendientes, sin hacer comentarios,

mientras esperaba el regreso del carro de oro que conduciría a su esposa.

Y ya Eos⁵⁷ de rosados dedos abría las puertas del cielo, cuando el ilustre

/herrero

15 oyó claramente el graznido de los cisnes y el chirriar de los ejes, pero no suspendió su trabajo para lavarse y recibir a la bellísima Cipris.

Quando el precioso carro se hubo detenido, Afrodita observó que Hefesto Seguía con los golpes de maza sobre el yunque, sin percatarse de su presencia.

“¿Nada me dices después de este largo viaje que me ha mantenida lejos del alto

/lecho matrimonial?”

20 Afrodita arregló sus cabellos de oro con sus manos blanquísimas, temiendo

/que se le notaran más

⁵⁵ Hefesto aparecerá en todo el poema como un herrero tosco que no está a la altura de la belleza de su mujer Afrodita. Ver nota 20.

⁵⁶ La isla de “tres puntas” es Sicilia, *Trinacria* como la llamaron los griegos.

⁵⁷ El texto dice Eros (Ερως) y Bally Cock lee con tino Eos (Ηως), que es la diosa que simboliza la aurora “de rosados dedos” (ροδοδακτυλος), epíteto que Homero usa constantemente.

las fatigas del sexo con Hermes que el cansancio del largo itinerario.

Hefesto se volvió a ella sin ningún gesto de ternura, dejando la maza sobre el

/yunque

y obligando al terco metal a hacer silencio por unos instantes.

“Hace poco estuvo por aquí Iris ofreciéndome de tu parte ser juez

25 en la disparatada contienda de belleza que ahora se te ha ocurrido promover.

Te digo que si Ares participa de tal evento, no cuentes con mi intervención en

/absoluto,

ya que no podría ser juez imparcial ante un dios que odio con tanto encono.

Pero para que no creas que es más el desprecio de ese adúltero que tu extraña

/iniciativa,

colaboraré con el concurso, elevándole al vencedor el monumento de bronce

/más extraordinario que se conozca.

30 Y esa es la promesa que hace Hefesto, forjador de metales, y no me desdejaré

/de mi palabra”.

Sólo entonces la diosa dorada, arreglando nuevamente su cabello, se levantó

/del carruaje y se dispuso a descender.

“Y para digno juez de tal evento te doy también una idea”, se apresuró a añadir

/Hefesto, retomando su maza.

“¿Por qué no le dices a Heracles que sea él quien dé el veredicto?

Si no piensas convocarlo, será una ofensa que infieres a uno de los más bellos

/del Olimpo⁵⁸.

35 ¿O es que acaso no te atrae tanto puesto que prefiere el amor de los

/muchachos?

Sé que está triste por la pérdida de su Hilas⁵⁹, y el eco de su llanto sigue

/rodando por las tierras de Misia⁶⁰”.

Sin poder contener una sonrisa de satisfacción, Afrodita recogió su manto

⁵⁸ En el momento en que está hablando Hefesto, Heracles es un hombre mortal. Precisamente el texto dedica el canto XII a la muerte y glorificación del héroe.

⁵⁹ La canción de Heracles por Hilas aparece en el canto VI, 13 ss.

/púrpura

y, alisándose la cabellera suelta, se encaminó hacia sus aposentos con pasos

/majestuosos.

DIONISO, VENCEDOR EN LA INDIA, ES AVISADO POR GALENA

Por mar llegó Galena hasta las orillas del místico Ganges en donde, como le

/habían informado,

40 acampaba en coloridas tiendas el ejército triunfador de Dioniso⁶¹.

Prefirió hacer el viaje por mar, puesto que conocía mejor las profundidades del

/los océanos

que los escarpados caminos de la tierra, siempre tan extraños y peligrosos.

Se detuvo poco tiempo con sus hermanas, las Nereidas⁶², que trataron de

/consolar el profundo dolor de su desencanto con Hermes.

En una danza de peces y corales, al son de escondidas caracolas, las Nereidas

/cantaron:

Danza de las Nereidas

45

Nunca digas que es amor
si el dios no te corresponde;
será tal vez ilusión
disfrazada de ese nombre.

50

Galena, hermana, no llores
porque hay muchísimos dioses
que pueden amarte; acaso

⁶⁰ Región en donde se perdió Hílas y Heracles deja la nave Argo para buscarlo.

⁶¹ Esta es la primera campaña que realiza con resonante éxito Dioniso; el triunfo lo logra, más que con las armas de su ejército, con sus habilidades mágicas y místicas. Triunfante de la India, volverá a Grecia para extender su culto.

⁶² Las otras hijas de Nereo. Ver nota 32.

también pueda amarte un hombre.

¡Nunca digas que es amor

si el que amas no te responde!

55 Pero la leve Galena, sin poder escuchar consejo alguno, con el peso de su
/noticia, se alejó de esos abismos.
Y a medida que se fue adentrando en la tierra de los ríos sagrados, cuna de
/Shiva⁶³ que baila,
iba oyendo más claramente las desenfrenadas melodías de danzas rituales.
Pero al acercarse al campamento de Dioniso se sorprendió al ver qué clase de
/ejército⁶⁴ había obtenido una victoria tan resonante.
Más acá una manada de mandriles chillaba en un confuso juego simiesco
/parecido a una pelea de familia,
60 mientras leopardos de bellos pelajes, marcados por la divinidad, devoraban los
/cuerpos de varios equinos, según parecía,
vigilados por buitres oscuros que observaban la escena con torvas miradas.
Una tropilla incontable de asnos de lomo grisado pastaban pacíficamente
/sin un solo rebuzno cerca de sus amos,
los viejos silenos⁶⁵, panzones, barbudos, que apenas si se movían por la
/borrachera nocturna.
Junto a las tiendas, enrulados sátiros⁶⁶ perseguían riendo a carcajadas
65 a muchachas que daban saltitos de cabra en celo sosteniendo sus senos
/desnudos.

⁶³ El hecho de que “Shiva que baila” simbolice a la India tiene que ver con que Dioniso es el dios que baila.

⁶⁴ El poeta nos describe ahora el extrañísimo cortejo que acompaña a Dioniso, y que parece haberse originado precisamente en la India.

⁶⁵ Sileno era un sátiro viejo y grotesco que habría sido maestro de Dioniso. Por extensión llamaban silenos a todos los sátiros cuando llegaban a la vejez.

⁶⁶ Los sátiros eran una especie de seres intermedios, dáimones o genios, que tenían que ver con la vida de la naturaleza y se los asociaba con la sexualidad de los caballos y los machos cabríos, ya que llevaban un

Ante la que parecía la carpa mayor de vivos colores yacía el ser más deforme
/que Galena hubiera visto,
el enano Priapo⁶⁷, de cuerpo enjuto, arrugado, con su enorme falo
que doblaba dos veces su altura y que se alzaba todavía tieso después de
/azarosa vigilia.

Y más allá, en las afueras del campamento, alrededor de una hoguera que
/agitaba sus llamas danzantes
70 un grupo de airadas mujeres⁶⁸ sacudía los instrumentos de su servidumbre
/diaria,
ollas, platos y cucharas, husos, agujas y madejas, bateas, tablas y escobillas,
mientras golpeaban el suelo en baile enloquecido, alrededor de un Dioniso
/incansable
que, ebrio, esgrimía su tirso⁶⁹ sin parar de agitarse en su danza frenética.

Los gritos “¡Baco! ¡Baco! ¡Baco!”⁷⁰ enardecían la mañana y levantaban un oleaje
/rizado sobre el Ganges.

75 La nereida, de ojos de aguamarina, se detuvo un momento, asustada por tales
/delirios,
pero se encaminó, después de un respiro, hacia el grupo danzante con paso
/firme.

Cuando estuvo muy cerca, notó que las bacantes⁷¹ que bailaban con tanto
/apasionamiento,
tenían los pies sangrados de haber estado toda la noche en sus locos

falo erecto permanentemente, mitad de su cuerpo era caballuno o caprino, y vivían persiguiendo a cuanta ninfa se les cruzara por el camino; en el cortejo de Dioniso bailaban borrachos.

⁶⁷ Priapo es infaltable en las procesiones de Dioniso por su afinidad sexual con silenos y sátiros. Era el señor de Lámpsaco y se lo consideraba precisamente hijo del mismo Dioniso y Afrodita. Tenía que ver con la fecundidad y era un cuidador temible de huertos y jardines.

⁶⁸ Es curiosa esta presencia habitual de mujeres en las procesiones dionisiacas, que se rebelan contra la propia condición de servidumbre a que las somete la sociedad.

⁶⁹ El tirso era una larga vara, adornada con hojas de vid o hiedra, que le servía a Dioniso de bastón o cetro de mando.

⁷⁰ Baco (Βακχος) es el otro nombre de Dioniso con el que era aclamado en las “bacanales”, las fiestas orgiásticas que se hacían en su honor.

⁷¹ Eran propiamente las sacerdotisas del culto de Baco; pero se terminó por llamar bacantes a todas las mujeres que seguían enloquecidas y borrachas a Dioniso Baco.

/movimientos,

aunque seguían agitando ollas y tirsos como si nada importara más que sus

/saltos.

80 En una vuelta de la desenfadada danza, el enloquecido Dioniso pareció

/advertir la presencia de la preocupada nereida,

y al instante se detuvo la agitación y se aplacaron los gritos,

mientras las mujeres, como si tuvieran un momento de tregua en tanta locura

/irrefrenable,

corrieron a lavarse los pies en las aguas purificadoras del Ganges silencioso.

Dioniso se acercó a Galena, contorneando el torso con pieles de leopardo, como

/si la danza prosiguiera.

85 “Divina criatura del mar, me sorprende que hayas llegado a estas latitudes y en

/horas tan tempranas”.

La nereida se ruborizó y sus ojos azules parecieron incendiarse con los reflejos

/del fuego y la mañana.

“Señor del vino y de la vida, me urgía hacerte conocer un sutil engaño

que traman el insensato Hermes y la engañosa Afrodita queriéndote

/involucrar”.

“Ah, ¿Hermes?”, suspiró Baco sin poder contenerse, “¡cuánto hace que quería

/verte!”

90 “Piensan, mi señor”, prosiguió titubeante Galena como si no hablara con la

/persona indicada,

“organizar un concurso de belleza entre los dioses, a pesar de la mala memoria

que ha quedado en el Olimpo por la rivalidad entre Hera, Atenea y Afrodita”.

“Y conmigo, ¿qué otros dioses participarían?” cortó enseguida Dioniso con

/evidente curiosidad.

“Ares y Apolo”, respondió la nereida. “Pero ¿y Hermes?”, inquirió el dios del

/sistro.

95 “Será el presentador, como lo hizo con las diosas”, concluyó Galena.

Se hizo una pausa. Dioniso observó a su tropa calmada ahora junto a las
/orillas del río.

Miró a Galena. Puso cara de desencanto. “El concurso no me interesa.

Después de la victoria que, con la ayuda divina, he obtenido sobre las cobrizas
/tierras del Indo y del Ganges,
poniéndome ahora en manos del gracioso Shiva para aprender la verdad de la
/danza que salva,

100 un concurso de belleza es inútil banalidad o vergonzante tontería”.

“Debo aclararos, Señor”, suspiró Galena después de unos instantes de silencio
/molesto,

que no será un concurso como cualquiera. Hefesto, que hará de juez,
deberá definir cuál es el mejor trasero del Olimpo, si el sostenido de Ares, si el
/contorneado de Apolo,
o el tuyo, al que yo llamaría ‘nalgas inquietas’, con tu perdón”.

105 Dioniso lanzó una peligrosa carcajada que, por lo visto, escucharon las mujeres
/desde la orilla,

ya que se volvieron todas con absoluto desparpajo para ver qué sucedía.

Galena enrojeció de nuevo, y esta vez con un suave temblor de labios que le
/impidió hablar.

“Tontería más que banalidad, tontería de dioses que no tienen nada que hacer.

Mi culo no lo pondré al mejor postor a pesar de que bien compite en donaire
/con los culos de Apolo y Ares.

110 Y Hefesto, ese viejo deforme, no es el más indicado para señalar la belleza de
/nadie,

aunque mal gusto no tuvo a la hora de elegirse esposa.

Pero es a Hermes a quien quiero ver desde hace tiempo. Esperaré que Hermes
/me convoque”.

Galena hizo un ademán de disgusto. “Es ese nombre el que no quiero volver a
/escuchar”.

“¿Qué es lo que te sucede, suave niña de los mares? ¿Qué te provoca tanta
/desazón?”

115 “Las intrigas de Hermes y Afrodita, puesto que la diosa, después de haberse
/acostado adúlteramente con él,
espera que éste le entregue a su luminoso hermano”. Y quedó pensativa.
Dioniso advirtió el gesto de la débil criatura de las aguas y esbozó una sonrisa
/maliciosa.

“¿Es que acaso te interesa Hermes? Entiendo que te interese y te comprendo.
Pero yo también estoy interesado por el Argifonte, de modo que será cuestión
/de ver quién llega primero.

120 Mientras tanto, agradezco tu noticia y veré qué es lo que hago con mi culo”.
La pobre nereida se quedó plantada sin saber qué decir, mientras Dioniso se
/alejó con paso saltarín hacia las bacantes.

PREPARATIVOS DE DIONISO

Esperaba Dioniso desnudo a sus comensales, recostado sobre dos panteras
/negras
y coronado de verdes pámpanos, mientras le hacía guardia el bien dotado
/Priapo.

Un coro acompasado de mujeres danzaba, cantaba y tocaba el sistro, pífanos y
/tamboriles.

125 Sileno y sus voluminosos acompañantes revolvían en humeantes calderos
tortugas, lagartos, cobras y babuinos, mientras venados y jabalíes se iban
/tostando al asador.

Los sátiros, moviéndose al ritmo de la música, llenaban las crateras de vino
/perfumado,
extendían los manteles de seda y oro, esparcían rosas y narcisos por las mesas.
La princesa de Bactriana fue la primera en llegar montada en un lanudo
/camello de aperos verdes,

130 vestida ella misma de esmeralda luminosa y tocada con un turbante de plumas
/de pavo real.
Acompañada por una larga caravana que flameaba a su paso lento ligeros
/estandartes verdes,
detuvo su marcha ante el dios para rendirle pleitesía
y le obsequió diez camellos cargados de esmaltados enseres.
Dioniso observó, sin levantarse y con cierta displicencia, los dones ofrecidos,
135 y, cuando se hubo detenido la orquesta, con un leve asentimiento de cabeza
obligó al cortejo a moverse, mientras se iba acercando en un espléndido
/elefante dorado
el maharajá de Jaipur, todo vestido de oro, escoltado por dos elefantes
/enjaezados también con el resplandeciente metal,
que fueron entregados con una reverencia de ofrecimiento al desatento Dioniso.
El dios levantó la cabeza, mientras acariciaba a las panteras que fijaron su
/mirada misteriosa en el visitante.
140 Y ya venía detrás el negro sultán de Bengala en una carreta tirada por oscuros
/búfalos,
mientras le seguía un enorme jaulón arrastrado también por musculosas
/bestias.
Tres tigres de pelaje ocre abrieron sus fauces rencorosas
y rugieron estrepitosamente hacia el cielo, confundiendo al coro de bailarinas y
/flautistas.
Se hubiera dicho que Dioniso se interesaba más en los tigres,
145 pero en realidad se trató de un gesto para que el sultán se corriera,
ya que se acercaba el señor de Tamil, vestido todo de blanco y montando
un caballo de nieve que se paró en dos patas con un estruendoso bufido.
A su espalda una tropilla de potros de azabache levantaba una enrarecida
/polvareda.
El dios se incorporó entonces para observarlos con mayor detenimiento.

150 Todo era una confusa atmósfera de humo, olores, rugidos, relinchos y polvo
que enardecieron a la orquesta y obligaron a Dioniso a ponerse de pie
alzando su kilix⁷² pesado de piedra pulida para hacer el brindis inaugural.
“Os he invitado al banquete de la victoria”, dijo levantando la voz para ser oído
/por todos,
“pero ésta es también una gran asamblea de guerra, la nueva guerra⁷³ que me
/espera.

155 Me han convocado para medirme con los poderosos del Olimpo,
y yo he de demostrar que el espíritu de lucha de esta grandiosa victoria
jamás quedará adormecido en la plácida orilla del Indo y del Ganges.
¡A vencer! ¡a vencer!” Y ahogó el grito en el espumoso vino de la copa.
“Imaginaos la incertidumbre que produjeron estas palabras”, siguió diciendo
/“Culo Prohibido”⁷⁴

160 a sus compañeros aspidisquiones que había seguido el relato en absoluto
/silencio.
“Nadie sabía de qué guerra se trataba, y sólo el cortejo de las bacantes
estaba dispuesto a seguir a su señor hasta los confines del mundo.
Pero la borrachera y la lujuria pudieron más que los desacuerdos entre aliados.
Cuando casi todos dormitaban sobre sus cojines, Dioniso, sistro en mano,
165 cantó esta bella canción, aunque no todos entendieron a qué nuevo
/enfrentamiento
lo estaba arrastrando la locura desatada del dios ebrio.
Como de tanto hablar ya tengo la garganta bastante seca, espero no
/desentonar demasiado”.
La melodía resonó bellamente en el Pritaneion y reanimó a los somnolientos
/proctoaspidisquiones,

⁷² Copa o cáliz de lujo para los banquetes de categoría.

⁷³ Dioniso interpreta el concurso o certamen como una guerra.

⁷⁴ Reaparece el narrador y el relato se vuelve a ubicar en el Pritaneion de Delfos.

cansados con el relato tan largo que les venía haciendo “Culo Prohibido”.

170 El aire de la mañana sirvió de acompañamiento a las voces del escudo cantor.

Canción de Dioniso

Es justo, en tanto placer,

Cantarle un canto a los culos.

En el delirio y la orgía

Le he cantado al vino oscuro,

175 Borrachera de la vida

Que nos ubica en el mundo.

Las ménades me acompañan

Con su baile loco y rústico.

Vienen conmigo los sátiros

180 Que se convierten en músicos.

Si le he cantado al placer,

Debo cantarle a los culos.

En la alegre procesión

Humanos y dioses juntos

185 Cargan el sagrado falo⁷⁵

Con respeto y con orgullo.

La verga alzada provoca

Los placeres más profundos.

¿Pero acaso es que ella sola

⁷⁵ Estas procesiones fálicas y las desatadas orgías del culto dionisiaco hicieron que en Roma fueran prohibido todo tipo de bacanal ya en época de la República.

190 goza el fuego de esos gustos?

Siempre he cantado a los falos.

Cantaré ahora a los culos.

Como un pecho de mujer,

Tanto o más seduce un muslo.

195 Si subo al Monte de Venus,

También en las nalgas me hundo⁷⁶.

Me incendió de amor Prosimmo⁷⁷,

Y lo busqué hasta el sepulcro.

Me amó el Centauro Quirón⁷⁸

200 Con su falo caballuno.

¡Cómo no voy a cantar

si me enloquecen los culos!

⁷⁶ Esta canción trata de poner en evidencia el amor preferencial de Dioniso por los jóvenes, pero sin dejar de contar algunas relaciones con mujeres famosas, como fue el caso de Ariadna en Naxos.

⁷⁷ Prosimmo, que a veces aparece escrito como Prosimno o incluso Polimno, da pie a un relato que tiene que ver con el culto del falo o verga, ya que Dioniso pone en su tumba, como homenaje, una rama de esta forma.

⁷⁸ La relación de Dioniso con el centauro Quirón parece tener que ver aquí con su aspecto equino.

CANTO IV

LA TRISTEZA DE APOLO

Cuando Galena emergió del mar, quedó deslumbrada con los resplandores de
/Delos⁷⁹

que reverberaba con sus muchas vetas de cuarzo al sol, al agua y al viento.

Una sola palmera⁸⁰ se veía en toda la redondez de la isla, dándole aspecto de
/soledad.

Pero enseguida Galena escuchó dulcísima melodía, acompañada de lira,
5 que llenaba la luminosa claridad de una lánguida melancolía.

Detrás del enorme falo erigido a monumento⁸¹, alguien debía estar cantando
/con voz triste

la tierna canción de amor que hacía salir por sobre las ondas verdiazules

a los delfines festivos⁸² y otras extrañas criaturas marinas.

Galena se encaminó hacia el lugar con sus delicados pies de espuma,
10 y vio entonces al bellissimo Apolo, de una claridad solar extraordinaria,

/concentrado en su delicada canción,

los ojos cerrados, el cabello negro suelto sobre el rostro, la mano firme en las

/cuerdas sonoras.

Galena quedó extasiada con el canto. “Qué bello es”, se dijo.

“Si me rechazó su hermano Hermes, espero que Apolo me dé mejor trato”.

Y se quedó inmóvil, escuchando emocionada, sin advertir que se había

/enamorado

15 del dios deslumbrante, más hábil con el arco⁸³ que el mismo Eros.

⁷⁹ Delos (Δηλος) quiere decir “evidente, manifiesto” y es el nombre que le habría puesto el mismo Apolo a la única isla de las Cícladas, en el mar Egeo, que aceptó recibir a Leto, su madre, que iba a dar a luz a él y a su hermana Artemisa, y era perseguida por la ira de Hera, la mujer de Zeus, el gran adúltero.

⁸⁰ Se decía que la isla era tan pequeña que sólo tenía una palmera.

⁸¹ Todavía hoy se lo puede ver.

⁸² El delfín (su nombre nos recuerda el de la ciudad de Delfos, en donde estaba el gran santuario del dios) era un animal marino consagrado a Apolo.

“Y ésta fue la canción que Galena escuchó”, continuó diciendo *Culo Prohibido* para obligar a callar a *Culo Difícil* que insistía en saber a toda costa qué

/estaba cantando Apolo.

El timbre grave de *Culo Prohibido* resonó en el mediodía soleado de Delfos, más metálico, por cierto, que la delicada entonación del dios.

Canción de Apolo

20 *¡Amor de mi amor, Jacinto!*⁸⁴
 ¡Cuántas veces sucumbí
 en el horno irresistible
 de tu culo carmesí!

 Fuimos amantes felices
25 Jugándonos a vivir
 Lo que el amor proponía
 Porque el amor es feliz.

 ¿Quién fue que después no quiso
 que la dicha holgara así?
30 Destino extraño del hombre
 Que no es dios, y muere al fin.

 Dejé a Delfos, a los cultos
 Y pitonisas, por ti;
 Por tu amor, Jacinto, ardiendo
35 Sobre tus nalgas viví.

⁸³ Con la música y la poesía, la habilidad para el arco, como su hermana Artemis, es una de las características de Apolo. Por eso el dios luminoso aparece involucrado en grandes luchas como la Gigantomaquia y la guerra de Troya, en este caso del lado de los troyanos.

⁸⁴ La historia de Apolo y Jacinto es referida por Ovidio en *Metamorfosis X*, 162 – 219.

“ya que veo semejante nerviosismo en tus ademanes y extenuación en tus
/palabras”.

“Tu hermano Hermes, a instigación de la engañosa Afrodita, quiere tenderte
/una trampa”.

Galena apresuró sus palabras como para no volverse a cortar, sin poder decir
/todo lo que quería.

La interrumpió Apolo con una mueca de desconfianza. “¿Mi propio hermano?
/¿Y qué trampa me tendería?”

60 Es cierto que en su infancia sus repetidas travesuras me perjudicaron,
como cuando me robó los bueyes que encontré después en Pilos⁸⁵.
Pero es cierto que también la culpa era mía, por preocuparme más de Himeno⁸⁶
/que del rebaño.

¿Qué trampa puede Hermes tenderme ahora?” “Se ha puesto de acuerdo con
/Afrodita,
para que en un concurso de belleza entre los dioses, te acerques a la dorada
/diosa de Chipre”.

65 La nereida jadeaba, temblando toda de pies a cabeza. “¡Espléndido
/¡espléndido!”⁸⁷,
gritó Apolo entusiasmado, lo que provocó el llanto de Galena.
“¿Pero qué te pasa, niña? ¿Acaso estás enamorada de mí y sientes celos por la
/bellísima Afrodita?”

Tú bien sabes que ante el amor de una mujer o de una diosa prefiero a los
/jovencitos
cuyo beso es más dulce que la miel y cuyos brazos son más perfumados que

⁸⁵ Una de las travesuras de Hermes siendo pequeño. Con todo, Apolo nunca se llevó mal con hermanastro.

⁸⁶ Otro de los amores a jóvenes que caracterizan a este dios tan bello como promiscuo. Él mismo Apolo lo afirma algún verso más adelante (v. 68).

⁸⁷ El episodio de la trampa que Hefesto tiende a su mujer Afrodita y al amante Ares aparece en la *Odisea* narrado por el aeda Demódoco (Od. VIII, 266-369). Apolo y Hermes que van a curiosear lo sucedido, expresan entre ellos el deseo de encontrarse en el lugar de Ares “con redes tres veces más inextricables”. Siglos más tarde Luciano de Samosata reproducirá casi textualmente el mismo comentario en *Diálogo de*

/una corona de variadas flores.

70 Vamos, no llores, ¿qué te ha sucedido? Ah, mira, viene volando hacia aquí el
/mismo Hermes.

Distingo a lo lejos su dorado caduceo. Él mismo nos explicará”.

Galena dio un pequeño salto como si reaccionara de su desolación.

“¡Me voy! ¡me voy!”, repitió la nereida secándose las saladas lágrimas.

“Me voy. No quiero que el detestado Hermes me encuentre aquí.

75 ¡Ay, qué dolor! Afrodita se ha acostado con él y ahora desea cometer el mismo
/adulterio contigo”.

El dios, sonriendo por la ingenuidad de la nereida, trató de detenerla.

“¡Me voy! ¡me voy!”, insistía Galena, y saltó hacia el mar por el lado de los
/acantilados.

Cuando iba a sumergirse en las plácidas ondas, pensó, resentida, que entre las
/rocas podría esconderse
para escuchar las infames palabras que seguramente el infame Hermes tendría
/con su infame hermano.

80 Y allí se quedó oyendo las risas con que Apolo recibía al Argifonte que ya
/hendía los aires de la isla.

LA VISITA DE HERMES

“Con que vienes a tenderme una trampa”, fueron las palabras de recepción del
/luminoso Apolo haciendo sonar su lira de tortuga.

“Hermano, ¿todavía guardas resentimiento por el robo de los rebaños de
/Admeto,

a pesar de que bien te pagué con la lira de tortuga que ahora vibra en tus
/dedos?”

Los ojos inquisidores del matador de Argo mostraban extrañeza e indignación

los Dioses 17. El entusiasmo de Apolo por Afrodita, entonces, es explicable. Véase lo que más adelante dice Hermes a su hermano en el verso 90.

/al mismo tiempo.

85 “No, hermanito, es una broma. Bien pago he quedado con esta bella lira sonora
así como tú has quedado satisfecho con el caduceo de oro que estás

/orgullosamente enarbolando.

Es que acaba de venir una tonta niña de las aguas...” Hermes lo interrumpió

/gritando:

“¡No me digas que ha estado aquí la estúpida Galena con sus lloros!”

“Sí, sí, esa nereida desteñida que se siente víctima del desdén de dioses y

/hombres”.

90 Apolo sacudió su bellísima cabellera oscura de reflejos azulados

y lanzó una carcajada al aire que giró alrededor de la isla siete veces, como

/estridencia de cisnes⁸⁸.

“Te cuento, hermano, que conmigo ha tenido un altercado”, respondió Hermes

/riendo también.

“Más que un altercado te diría que fue un ataque de celos ante la sensual

/Afrodita

que venía a mí aparentemente enojada por lo que te había comentado el día

/que la vimos atrapada con Ares⁸⁹,

95 ingeniosísimo artilugio creado por la habilidad del herrero Hefesto”.

Apolo volvió a reír, y se desprendió un arpegio de las cuerdas con las que sus

/dedos inquietos jugaban.

“No me digas, querido hermano, que te ha visitado Afrodita de sonrisa

/engañadora.

Recuerdo que en aquella ocasión me dijiste que bien querías ser el afortunado

/Ares,

a lo que yo contesté expresándote mi deseo de ser yo mismo el Ares prisionero”.

100 Hermes tocó con su caduceo un hombro de Apolo. “Pues entonces prepárate,

⁸⁸ Los cisnes acompañan a Apolo, como tres animales, desde su nacimiento. Su padre Zeus le había regalado, al nacer, una carroza tirada por estas aves.

⁸⁹ Ver lo dicho en la nota 87.

puesto que la misma diosa del deseo perturbador y del coito placentero vendrá
/a visitarte”.

“¿Vendrá, acaso, a hacerme rendir cuentas de lo que dijimos?”, preguntó Apolo
mientras su mirada penetrante mostraba un ángulo de picardía.

“No creo que vaya a tener tanta suerte como sin duda la debes haber tenido
/tú”, prosiguió.

105 “Mis amores con dioses y ninfas fueron desafortunados, como en el triste caso
/de Dafne”⁹⁰.

“Es que viene a proponerte un concurso de belleza”, replicó el Crióforo con
/energía.

“Bah, es la trampa que me anunció Galena”, contestó el señor de Delfos,
/mostrando un falso desinterés.

“¿Qué?”, fue la pregunta sorprendida de Hermes, “¿esa oscura criatura marina
/te habló del concurso?”

Quiere decir que anduvo escuchando lo que hablé con Afrodita.

110 Con razón su cuerpo despidió un hedor a pescado podrido
y sus brazos no son más bellos que las negras algas que se enredan en el fondo
/del mar”.

“Si es por Galena”, se apresuró a aclarar Apolo dejando a un lado su lira,
“no te debes preocupar, ya que para nada confío en la nereida, como si se
/tratara de un aborrecible monstruo de los océanos”.

Dijo el bello dios de cabellera azulada, y se escuchó un grito ahogado por el
/lado de los acantilados

115 y el golpe como de un cuerpo zambulléndose en las verdes aguas.

“Debe ser el aborrecible monstruo de los océanos”, dijo burlescamente Hermes.

“En efecto”, aclaró su hermano, “debía estar escondida en los acantilados”.

“¿Vino a decirte que te estábamos tendiendo una trampa?”

Apolo miró a Hermes como para medir toda la sinceridad que podía haber en

/los ojos de su hermano.

120 “Vino para decirme que el concurso de belleza, efectivamente, era una trampa.
Explicame qué es lo que Afrodita propone, para que pueda darme cuenta de
/qué se trata”.

Hermes se acomodó en el peldaño de la base del monumental falo, erigido por
/su hermano,
dejó el caduceo en el suelo, y se dispuso a contarle lo que habían tramado con
/la rosada Cipris.

Después que hubo escuchado atentamente a su hermano, Febo Apolo sacudió
/su cabellera azul en señal de desilusión.

125 “No creo ser yo el preferido de Afrodita, en absoluto”, concluyó el señor de la
/isla con dignidad.

Hermes comprendió que no era fácil convencer a su hermanastro con el que
/siempre había tenido diferencias.

“Pero escúchame, ¿crees que Cipris se mostraría interesada en el femenino
/Dioniso?”

“Su belleza es la más seductora que conozcamos, y si de culos se trata, el suyo
/es mucho más perfecto que el de Ares o el mío”.

“¿Pero crees que Afrodita se acostaría con Dioniso?”, insistió Hermes para
/doblegar el razonamiento del reluciente Apolo.

130 “No, seguramente no”. Hermes miró a su hermano con ojos penetrantes.
“Ya tienes al primer descartado. ¿Crees que busca, entonces, al belicoso Ares,
cuando es de todos sabido que han yacido por años como amantes
burlando las artes del ingenioso Hefesto, unión de la que nacieron el
/insoportable Eros
y esos dos monstruosos seres que son Deimos y Fobos,

135 el Terror y el Temor con que pretende someter a hombres y dioses?”
Febo Apolo pareció dudar un momento, mientras su cabellera era agitada por

⁹⁰ Otra de las transformaciones famosas cantadas por Ovidio en *Metamorfosis I*, 452-567: Dafne se

/el poderoso magnetismo del electro⁹¹.

“A ti te está buscando, Hermes inquieto”, dijo al fin con solemnidad.

Hermes lo miró primero con curiosidad y no pudo contener luego una risotada que pareció un salto de agua sonora que se unía a los embates del verde mar.

140 Serio al principio, Apolo terminó riendo hasta las lágrimas con su hermano, y entre las risas logró decirle: “Ya adivino, te acostaste con Afrodita”.

Y Hermes a su hermano: “Apolo, ¿las artes adivinatorias que me enseñaste no te han servido para saber lo que me pasa? He gozado la humedad de sus

/besos,

el apasionamiento de sus abrazos; y me ha sido otorgado penetrar en el calor

/de su jardín privilegiado.

145 Afrodita ha concebido una nueva criatura, y se llamará Hermafrodito, es decir, ni yo cedo mis derechos de padre, ni Afrodita ocultará su maternidad /sobre el hijo”.

“Te felicito por la proeza”, dijo Apolo no ocultando en su voz un tenue rencor.

“Ahora es tu turno, ¿te das cuenta? Supongo que no desaprovecharás la

/posibilidad que la Moira⁹² te otorga.

¿Participarás?” La respuesta de Apolo se hizo esperar. “Iré, aunque nada

/espero de Afrodita”.

LA SEDUCCIÓN DE DIONISO

150 “Y qué tiene que ver todo esto con la estirpe de Orfeo de la que tanto te /enorgulleces”,

tronó *Culo Difícil* con un descompuesto cuezco, cortando el relato que hasta

/aquí venía haciendo *Culo Prohibido*.

“Ya verás, ya verás”, trató de calmarlo el relator que se vio favorecido por *Culo*

/ *Caído* y *Culo Cerrado*

convierte en laurel, huyendo de la persecución de Apolo.

⁹¹ Así era considerada su maravillosa cabellera azul.

quienes chistaron al intemperante que interrumpía. *Culo Pelado*, por su parte,
/siguió durmiendo sin problemas.

“Te pido que no le hagas caso”, era *Culo Lánguido* que sumaba su vocecita
/mínima a los chistidos de sus congéneres.

155 “Ya vendrá la historia de Orfeo. Pero lo que sigue es de suponer.

Hermes continuó su viaje por los aires en busca de Dioniso, el segundo en
/cuestión.

Despidiéndose de su hermanastro Apolo, se puso el casco del invisible Hades,
para que ningún ser inoportuno, sea dios o sea hombre, lo molestara en el
/largo periplo que debía hacer a la India.

Parecía que Eos era remisa para abrir con sus rosados dedos las gigantescas
/puertas celestes del carro del sol,

160 mientras sus hijos, los vientos, corrían desordenadamente empujando nubes y
/despeinando bosques.

Así llegó Hermes, el mensajero divino, sin ser visto por nadie, a las extremas
/tierras del Ganges.

El campamento de Dioniso parecía haber sido desparramado por la mano de
/algún Titán a lo largo de la orilla sagrada del río.

Tizones de las grandes hogueras dejaban escapar un endeble hilo de humo.

Todos dormían una larga noche de borrachera y sexo, hasta las mismas
/bestias, elefantes, camellos y caballos.

165 Hermes, acercándose, advirtió que Morfeo⁹³, seguramente enviado por Hipnos,
se había detenido ante la colorida tienda de Dioniso y movía sus alas con
/lentitud.

El divino mensajero, invisible, entró sin ser notado y se acercó a Dioniso que
/yacía desnudo, abrazado a un bellissimo efebo moreno.

A sus pies dos guepardos dormían también, y más allá roncaba

⁹² Es la fortuna o la suerte que le cabe a cada ser, incluidos los dioses.

⁹³ El mismo nombre, derivado de “forma” (μορφή), revela la misión de Morfeo de descubrirse a los humanos, como hijo de Hipnos, el Sueño, en miles de formas posibles.

/acompasadamente Priapo, con su falo todavía en vigor.

Hermes le tocó una pierna y Dioniso apenas se movió, acomodando sus labios
 /a la boca del muchacho.

170 Recién cuando lo tocó por segunda vez, subiendo con atrevimiento su mano
 /por las nalgas como una caricia,

Dioniso abrió los ojos y, desprendiéndose del joven indio, dijo como un
 /susurro: “Estaba esperando esa mano dulce”.

Hermes se asustó por la reacción del dios beodo, y esperó que se incorporara
 para quitarse el casco de Hades y volver a la común visibilidad de los
 /inmortales.

“Ah, cuánto te he estado esperando”, dijo, al verlo, Baco con meliflua voz de
 /vino,

175 “¡Cuánto te he esperado, mensajero divino!” “¿Sabías acaso que iba a llegarme
 /hasta el Ganges para verte?”,
 preguntó asombrado Hermes, acomodando el casco y el caduceo, y desatando
 /las sandalias alígeras.

“Sí, lo sabía”, contestó casi en un bostezo el dios del vino. “¿Quién te lo dijo?”
 “El deseo”, espetó Dioniso y lo tomó de un brazo para acercarlo a sí.
 “¿Acaso un deseo en forma de nereida?”, sugirió burlescamente el Argifonte.

180 “Las nereidas no me interesan. Son lánguidas, llorosas y estúpidas.
 Pero acércate, no tengas miedo. Nuestros cuerpos debían encontrarse alguna
 /vez, y ésta es la ocasión”.

Hermes dudó y dijo como excusa: “No sé qué pensará este bello joven indio”.
 “No pensará en nada, y se unirá gozosamente a tu deseo y al mío”.
 “Es que vengo para proponerte un certamen original...” “¿El de los culos?”

185 “Entonces ya lo sabías”, respondió el Psicopompo con falsa afectación.
 “Fue la nereida lánguida, llorosa y estúpida”. “¿Estás hablando de Galena?”,
 inquirió Hermes alzando la voz. “La misma que quería acostarse contigo y
 /Afrodita le ganó de mano”.

Hermes se rió; esperó un momento. “¿Y estarías dispuesto a hacerlo, Baco?”

“Por supuesto que sí. Estoy muy interesado en los culos divinos, ante todo el

/tuyo.

190 Pero como tú te has excluido de la contienda, lo voy a probar ahora mismo,

/como condición.

Namawata, chúpale la verga a Hermes, mientras yo le masajeo el agujero del

/culo...”⁹⁴

CANTO V

LA FURIA DE ARES

“Imaginaos cómo se sintió Galena al oír que era insultada por los dos

/hermanos Apolo y Hermes”.

Culo Prohibido trató de poner voz dramática que resonó en el bronce como un

/dudoso resoplido.

“Eso le pasó por metida”, afirmó muy orondo *Culo Difícil* con el vibrar de sus

/nalgas prominentes.

Culo Lánguido aportó su nota compasiva. “Pobre doncellita, con todo lo que se

/ había preocupado”.

5 “Hubiera necesitado a mi muchachito de Salamina”, opinó *Culo Caído*.

“Pero Galena era decidida y constante, les aseguro”, prosiguió el relator

/poniendo nuevo énfasis en la historia,

“y trató de vengarse de todos los contrincantes que ya había visitado,

el apático Dioniso, sólo preocupado por su guerra en la India,

y el desdeñoso Apolo, que vivía una vida silvestre alejada de las delicias

/urbanas.

10 Por supuesto que a quien quería herir por encima de todos era al escurridizo

/Hermes,

que se había atrevido a ligarse en amores nada menos que con la ebúrnea
/Afrodita,
olvidada del contrato matrimonial con Hefesto y los pactos de amor con Ares”.
Culo Prohibido resopló como un estampido para tomar aire después de
/ introducción tan conceptuosa.
“¿Qué hizo, entonces, la nereida, hija de Dóride? Se dirigió no sin gran temor a
/la Tracia⁹⁵, tierra rica en caballos,
15 para hablar con el terrible guerrero que podría estar tramando una desigual
/batalla”.
Ares, sentado en un viejo carromato de hierro oxidado que había adoptado por
/trono,
enfundado en una túnica de cuero negro, secreteaba con sus hijos Deimos y
/Fobos⁹⁶,
el primero con una armadura de bronce con peligrosos espolones,
y el otro con un casco empenachado con celada que le daba un aspecto
/horrificante.
20 A medida que la delicada Galena, con sus movimientos de pez, fue entrando en
/el territorio oscuro de Tracia,
comenzaron a aparecer bandadas amenazantes de buitres nocturnos
que trataron de espantarla con aletazos sonoros, semejantes a filosas hachas
/que hendían el aire.
Ya de lejos una jauría de perros, con los pelos erizados y los ojos inyectados en
/furia,
se abalanzaron hacia la indefensa nereida que se echó a llorar de terror.
25 Fue entonces cuando Ares la vio desde lejos y con su chistido perros y buitres
/se aquietaron,
aunque la siguieron paso a paso con miradas torvas, llenas de odio.

⁹⁴ Por lo que el lector puede ver, el autor de esta *Proctomaquia* es bien directo, y no tiene problemas para poner en boca de Dioniso semejantes palabras.

⁹⁵ La Tracia, hacia noreste de Grecia, sobre el mar de Mármara, era presentada como una región salvaje.

Cuando estuvo cerca del viejo carromato del dios de la guerra,
éste alzó la voz, imperativo: “¡Qué buscas en mi tierra!
En Tracia no hay nada que pueda interesarle a una hija marina de Nereo.
30 “Te traigo noticias que, creo, pueden interesarte”, dijo la joven enjugándose las
/lágrimas con sus delicados dedos.
“¿Algo que a mí pueda interesarme? La guerra tal vez”, respondió con
/insolencia el hijo de Zeus.
“¿No te importa acaso la bella Afrodita, por quien sufriste humillaciones ante
/los inmortales del Olimpo?”
La voz de Galena era apenas un soplo de timidez. Con ímpetu se levantó Ares
/de su desvencijado sitio.
“¿Afrodita? ¿Qué tienes que decir de Afrodita?” “Que se ha acostado con
/Hermes
35 y, aunque el embarazo es reciente, cualquier ojo avisador puede percibir ya su
/gravidez”.
“¡Infamia!”, aulló Ares alzando su puño al cielo, mientras los perros coreaban
/con ladridos su rabia.
“Si mientes, muchacha del Océano, mis buitres y mis canes te destrozarán”.
“Muy pronto vendrá a verte, pues por idea del mismo Hermes que la ha
/seducido,
te propondrá un concurso de belleza entre los dioses de trasero más
/agraciado”.
40 “¡Qué diosa más llena de lujuria es ésta!”, sus gritos parecían el mismo ladrar
/de la negra jauría.
“Con razón es la diosa del deseo y del coito, y sus dones son irresistible a
/mortales e inmortales”.
“En la contienda estarás tú, de modo que bien puedes triunfar”,
la nereida se llevó la mano a la boca como si estuviera ocultando un grave

⁹⁶ Son el Temor y el Terror, digna descendencia del dios de la guerra.

/secreto.

“¡Venceré! Venceré como he vencido siempre en toda guerra
45 porque esta será ¡la guerra de los culos!⁹⁷” Sus últimas palabras fueron un
/alarido
que la ondulante Galena no pudo soportar y huyó buscando refugio en el
/cerúleo ponto.

EN EL TOCADOR DE AFRODITA⁹⁸

Las tres Gracias⁹⁹ habían acudido al tocador de Afrodita para ayudarla a
/embellecerse antes del largo viaje a la Tracia.
Eufrosine le arreglaba los pliegues de la túnica purpúrea,
mientras con arte Talía le sostenía los cabellos que caían en dorados bucles,
50 y Áglae llenaba de arrebol sus mejillas que parecían más dos rosas
/perfumadas.
Afrodita tenía un espejo en la mano y observaba los reflejos de su belleza con
/visible ansiedad.
“Iris es tan puntual y ahora no parece llegar nunca”, dijo al fin la diosa a sus
/compañeras.
“Vino a anunciarme ante mi esposo Hefesto, pero después desapareció”.
“Seguramente Hera la tendrá muy ocupada”, arguyó Talía enarcando las cejas.
55 “O el mismísimo Zeus pudo haberle encomendado una misión”, siguió Áglae
/con una mueca maligna.
“Mirad, mirad. Su velo de siete colores se anuncia ya en la lejanía”, señaló

⁹⁷ La postura de Ares ante el extraño y sensual concurso divino puede avalar el título *Proctomaquia* puesto a esta epopeya paródica por Bally Cock. El lector podrá ir decidiendo entre “guerra” y “locura”, según el texto lo sugiera.

⁹⁸ El tema del tocador es típico del helenismo. De alguna manera muestra el gusto de la época por el detalle, por el apunte más pequeño.

⁹⁹ Las Gracias, o más propiamente Cárites (*Χαριτες*) como dice el texto griego, eran las diosas de la belleza, hijas de Zeus y tal vez de Hera. Sus nombres están consignados en el mismo texto, Eufrosine, Talía y Áglae.

/Eufrosine con su dedo de cristal.

“Menos mal”, resopló la diosa de Chipre con un gesto de alivio inflando sus
/mejillas de carmín.

Y al verla llegar: “Finalmente, ¿a dónde te habías ido?”, le dijo en tono de
/reproche.

La mensajera de los bellos colores la miró como perdonando sus
/impertinencias,

60 lo que provocó una risa cómplice en las Gracias que había tenido que soportar
/sus indicaciones permanentes.

“Ay, Afrodita, la más bella, tú bien conoces cómo es de autoritaria Hera;
he estado cumpliendo sus órdenes; ya sabes que me trata como a su sirvienta”.

Las tres Gracias consintieron, moviendo sus cabezas afirmativamente
/a compás.

“Pues ahora es una urgencia lo que tengo. Debes avisarle a Heracles
65 lo mismo que te había dicho que le trasmitieras a mi marido Hefesto.
Se hará un concurso de belleza masculina, vamos, de culos de dioses que los
/hay para todos los gustos.

Intervendrán Ares, Apolo y Dioniso. Queremos que él sea el juez”.

“¿Pero el juez no iba a ser Hefesto?”, replicó con extrañeza la volátil Iris,
“porque Heracles, de concursar, para mí debería ser el ganador, ¿no les
/parece?”

70 Afrodita apretó los labios con disconformidad. “El juez será Heracles, ¿has
/entendido?
Creo que se encuentra en las cercanías del río Eveno¹⁰⁰. Por allí lo has de
/encontrar”.

Iris voló en su levedad aérea, y Afrodita echó un último vistazo a su maquillaje
/en el espejo.

¹⁰⁰ A orillas de este río se había retirado el centauro Neso, quien guardaba un gran resentimiento con el héroe Heracles. Pero la historia que se desarrolla junto a este río es parte de la historia del poema que

“Preparar mi carruaje”, ordenó a media voz para no llamar demasiado la
/atención.

Hizo un gesto para que se acercaran las Gracias, como para decirles un
/secreto.

75 “Parto a la Tracia, para encontrarme con Ares. Que esto no salga de vosotras”.
/Las tres sonrieron.

LA DISCORDIA ENTRE ARES Y AFRODITA

Muerte, muerte, muerte,

¡grito de la guerra!

Guerra, guerra, guerra,

¡rabia de la muerte!¹⁰¹

80 De lejos se oía el retumbar rotundo de tambores que Deimos y Fobos hacían
/sonar aullando, más que cantando.

Lo escuchó la risueña Afrodita en el esplendente carruaje que le había forjado
/el ingenioso Hefesto,

mientras volaba, rodeada de sus cisnes y gorriones, a la salvaje Tracia,
y sintió temor en su corazón de diosa. Lo escuchó también la oscura Éride¹⁰²,

/hija de la noche,

ya que, compañera inseparable de Ares, habitaba no lejos de él, en un paraje
/desolado de la Tracia inferior.

85 *Muerte, muerte, muerte,*

grito de la guerra...

“Algo malo se propone mi amante”, barruntó para sí la diosa del amor,

/poniendo sus manos de marfil sobre el pecho,

leemos. En el canto V aparecerán referencias más explícitas a la conflictiva relación entre Heracles y Neso.

¹⁰¹ En los otros cantos hay siempre algún himno, canto o elegía que lo caracteriza. Aquí se repite simplemente en forma obsesiva un ritmo que es más que nada un pregón de guerra.

mientras apuraba el áureo vehículo que estacionó detrás de la misteriosa
/mansion del dueño de la furia.

Guerra, guerra, guerra,

90 *rabia de la muerte...*

“Oh, ¡qué estoy viendo!, la ebúrnea Afrodita acaba de llegar para ver a su
/temible amante.

Mejor me mantendré apartada, tratando de escucharlos”, dijo la negra Éride
ocultándose tras un reseco higuerón desde donde podía escuchar y ver los
/movimientos de la casa.

Muerte, muerte, muerte,

95 *grito de la guerra...*

“¡Hazlos callar!”, gritó imperativa Cipris acercándose al furibundo Ares, “estos
/retumbos me destrozan los nervios,
y son tan extraños a los ayes del placer amoroso. ¡Que cesen!”

“No es momento de ayes de placer amoroso alguno”, contestó desafiante el dios
/de las armas,
“es guerra lo que estamos preparando, y es ése el clamor de mis tambores”.

100 Afrodita, acostumbrada a sostener la dulce nuca de Ares, cuando éste yacía en
/su regazo,

vencido al amor, entregado al coito y desmayado por el orgasmo,
lo observó con atención, se acercó un poco más a su oxidado trono rojizo,
y calculó su enojo por las arrugas que se le formaban en la comisura de los
/labios.

“¿Ya has olvidado la dulzura de los abrazos?”, dijo ella suavizando la voz a
/pesar de la persistencia de los ritmos de guerra.

105 “¿Ya has olvidado las exigencias de mi oficio?”, contestó él de mal modo,
/incitando a los bárbaros tamborileros.

Y ella, ofendida, “¿Por qué me miras tan inquisitoriamente? ¿Acaso se han

¹⁰² Éride es la Discordia, considerada no sólo la compañera de Ares, sino su hermana.

/afeado mis encantos?

¿Qué buscas con tus ojos crueles? ¿Mi cintura no es tan esbelta como antes?

Los festines del Olimpo a que nos tiene acostumbrados Zeus en estos

/últimos tiempos

tengan tal vez la culpa de hacerme parecer más ancha de caderas.

110 ¿Pero no son mis encantos siempre los mismos? ¿Qué me dices, bello Ares?”

Guerra, guerra, guerra,

rabia de la muerte...

“Háblame, por favor, y haz callar a estos locos enfurecidos que me están

/volviendo loca a mí”.

El robusto dios alzó una mano y se hizo enseguida un profundo silencio.

115 Se levantó de su trono de hierro y, dirigiéndose a Afrodita, la tomó por un

/brazo.

“Engañadora de placeres vacíos, simuladora de amores falsos, mentirosa que

/prometes felicidad inmortal,

¿por qué traicionaste todo lo que te di, besos encendidos, abrazos y caricias,

el calor de mi cuerpo entero, y hasta el volátil pensamiento de mi mente?”

Afrodita se soltó de un tirón de la mano de Ares que la estaba oprimiendo con

/fuerza

120 y, llena de indignación, le replicó apuntándole con un dedo amenazador.

“De qué traición me hablas, cuando tú mismo me has hecho traicionar

a mi legítimo esposo Hefesto que, por más cojo y viejo que sea,

ha sido siempre un marido afectuoso y me ha regalado lo mejor de sus artes.

No tienes otra forma de imponerte más que con la fuerza bruta,

125 con Deimos y Fobos, el temor y el espanto de una guerra que decides

/caprichosamente.

Ojalá estuviera aquí Atenea¹⁰³ para frenar tus ínfulas de guerrero cruel”.

Ares se sintió desconcertado y observó que la indignación hacía más bellas

/las facciones de la diosa.

“Venía a proponerte otra cosa que nada tiene que ver con la guerra”,
dijo la dorada Afrodita alzando sus pechos túrgidos para que se notara menos
/su vientre cada día más redondo.

130 “Sí, un concurso de belleza entre las diosas”, dijo él burlándose
/manifiestamente.

“¿Cómo es que ya lo sabes? ¿Acaso Iris ha venido a traerte la noticia?”

“No hay secreto posible para los dioses”, contestó él siempre en tono de burla.

“Sí, ya sé, debe ser la siniestra Éride que siempre esparce por doquiera la
/discordia tanto entre los dioses como entre los hombres.

Apuesto a que está por aquí cerca escondida escuchándonos,

135 y ella ha sido la culpable de esta inútil rencilla entre los dos”.

Dijo, y Ares se rió de las palabras de la resplandeciente Afrodita.

“¿De qué te quejas si tú has sido la primera beneficiada de Éride¹⁰⁴ cuando
/competiste con las diosas?”

“Veremos si esta vez te beneficia a ti”, concluyó con gracia la perfumada Cipris.

“¡Esto será una guerra!”, gritó Ares pateando el suelo con furia,

140 lo que pareció a Deimos y a Fobos una orden para recomenzar con el atronador
/retumbo de tambores.

Muerte, muerte, muerte,

grito de la guerra.

Guerra, guerra, guerra,

rabia de la muerte.

145 “Si lanzas una guerra contra Apolo y Dioniso”, gritó la diosa para hacerse oír,
“es porque no estás seguro de que tus nalgas sean las más bellas entre todos
/los dioses”.

¹⁰³ Ya desde su nacimiento de la cabeza de Zeus, Atenea aparece como una guerrera siempre armada y lista para la lucha.

¹⁰⁴ Se refiere el poeta a la manzana de oro que Éride ofrece a la más bellas de las diosas, y que sería el origen del altercado entre aquellas divinidades en el primer concurso de belleza que conozcamos. Este poema reproduce precisamente las grandes líneas de aquel hecho en versión masculina.

Ares levantó otra vez la mano con energía y el ritmo guerrero se apagó de

/inmediato.

“¡Mi culo es el mejor, si es que al culo te refieres!”, vociferó el soberbio guerrero

/fuera de sí,

“y nadie mejor que tú, que lo has besado y lamido palmo a palmo, para

/afirmarlo con autoridad.

150 Pero sabe que ésta es una guerra contra Hermes, a quien has seducido con la

/saliva de tus asquerosos besos”.

Volvió a patear la tierra y el Miedo y el Terror retomaron su cántico.

Muerte, muerte, muerte...

Afrodita gritó aún más. “¡Necio y celoso! ¿Crees que con la guerra me

/reconquistarás?

Muéstrame ahora mismo que eres capaz de amarme con caricias y abrazos,

155 y no con el látigo, las cadenas y las ataduras de cuero a las que estás

/acostumbrado.

He venido para reclamarte cariño y no fuerza, y aquí me quedaré hasta

/conseguirlo”.

Guerra, guerra, guerra...

Ares dudó un momento. Alzó su mano. Deimos y Fobos se quedaron inmóviles.

El señor de Tracia tocó la cabeza de Cipris con sus dedos rudos

160 y comenzó a recorrerle todo el cuerpo, repasando su cuello, sus duros senos y

/el vientre algo hinchado.

Desde su escondite Éride respiró hondo. “Estoy satisfecha.

El concurso será un éxito y terminará como termina siempre la vanidad de los

/inmortales.

Ya se me ha ocurrido cuál será mi regalo para esta ocasión”.

Culo Pelado pegó un bostezo y pareció que el Bóreas volvía a soplar en el
 /Pritaneion.

165 *Culo Lánguideo*, *Culo Cerrado* y *Culo Caído* se rieron, pero el vozarrón de *Culo*
 /*Difícil* los contuvo.

“No entiendo a qué viene toda esta estúpida historia de diosas que se disputan
 /el amor y el sexo
 con lo que somos nosotros, aspdisquiones aquí herrumbrados en Delfos,
 y no aspdisquiones cualesquiera, sino proctoaspdisquiones, por lo que con
 /todo orgullo
 llevamos unas nalgas prominentes como defensa en la rodela.

170 Yo quiero un relato más masculino, porque de vaginas inmortales ya estoy
 /harto”.

Culo Prohibido lo dejó hablar con toda paciencia. “Vamos, *Culo Prohibido*,
 ¿no le dices nada a este protestón empedorrado”, intervino *Culo Lánguideo*
 que prosiguió con su sonido más sentimental. “A mí en cambio me emocionan
 /hasta las lágrimas
 los relatos primordiales de hombres y dioses que querían ser felices”.

175 “Vaya, nuestro *Culo Lánguideo* fenece de amor por esas heroínas egoístas...”
 “Basta ya”, interrumpió *Culo Prohibido* con acentos de más autoridad.
 “No vale la pena que os peleéis continuamente por una historia que, os guste o
 /no os guste,
 es toda la explicación que tenemos sobre nuestros orígenes y sobre las dignas
 /nalgas que nos caracterizan”.

“Queremos que sigas contando la historia”, intervinieron al unísono *Culo*
 /*Cerrado* y *Culo Caído*.

180 “Si no tienes ganas de escuchar, te pones a dormir como lo hace tan tranquilo
 /*Culo Pelado*”.

Culo Difícil hizo sonar los cachetes de su trasero con tal ímpetu que cayó en
 /redondo.

Las carcajadas del grupo sonaron por un buen rato. Hasta *Culo Pelado* se rió.
“Te lo tenías bien merecido”. “A ver si ahora te callas de una buena vez”.
“En realidad”, prosiguió contando *Culo Prohibido* después de apaciguados los
/ánimos,
185 “faltaba todavía dar aviso a una de los participantes de mayor prestigio...”
“Se me ocurre que a Heracles”, fue la vocecita temblorosa de *Culo Cerrado*.
“Exacto, a Heracles. A medida que transcurra la historia, se irá convirtiendo en
/el protagonista.
¿Creen ustedes que Afrodita se movió para ir a pedirle su consentimiento?”
“Dejemos a Afrodita que goce con Ares”, dijo con ternura *Culo Lánguido*.
190 “Ah no, se me olvidaba decirles que no quiso quedarse con Ares, ya que tenía
/sus buenas razones”.
“Seguro que se volvió con Hermes...”, el que hablaba parecía un despechado
/ *Culo Difícil*,
“...para gozar como perra en celo con ese mensajero de alas postizas”.
“Exacto. Así fue. Tan ocupados los dos amantes, Afrodita envió otra vez a Iris
que en esos días debió correr de aquí para allá por los territorios de la extensa
/Hélade.
195 Claro que Galena había vuelto del fondo de los mares para informarse de lo
/que estaba sucediendo”.
“Uh, pero de nuevo esa nereida llorona que no logra convencer a ningún dios.
Seguro que va a querer ahora engancharse con Heracles. A ése sí le tengo
/simpatía”.
Culo Prohibido esperó que el intemperante *Culo Difícil* terminara de hablar.
“Bueno, pues ahora es importante saber precisamente qué sucedió con
/Heracles”, concluyó el relator.

CANTO VI

EN LAS ORILLAS DEL RÍO EVENO¹⁰⁵

Iris llegó a la Etolia¹⁰⁶ con su despliegue de siete colores que tendió sobre el río
/Eveno.

Desde una colina Heracles parecía abstraído observando en la distancia.

Iris pensó que el lugar era peligroso, tanto por la trágica historia del rey Eveno
/que dio nombre al río¹⁰⁷,

como por la presencia del centauro Neso, hijo de Ixión, que había sido arrojado
/a estas zonas por el mismo Heracles

5 después de la lucha con los centauros por el jarro de vino que le ofreciera Folo,
y constituía un peligro permanente para el invencible Alcides.

El héroe seguía parapetado en su lugar, tal vez esperando la aparición de su
/enemigo

que solía prestar el servicio del cruce del caudaloso río a los viandantes.

Cuando Iris estuvo muy cerca, escuchó que el vencedor de los doce trabajos
10 cantaba, con voz áspera y poco musical, una triste canción dedicada al joven
/Hilas¹⁰⁸.

Recogió su manto colorido y se sentó en una piedra para prestar mejor
/atención a la historia del nieto de Alceo¹⁰⁹.

Tan absorto estaba Heracles en su canción, que no había visto a Iris con sus
/colores.

Canción de Heracles

Mucho más que aquellos doce
son estos duros trabajos.

¹⁰⁵ Ver nota 100. Allí también hago mención de los conflictos entre Heracles y el centauro Neso que van a ser presentados en este canto más claramente en los versos siguientes 4 – 8.

¹⁰⁶ Región al sur de la Tesalia.

¹⁰⁷ Este río antes se llamaba Licormas. Allí terminó trágicamente su vida el rey Eveno, tratando de perseguir al raptor de su hija Marpesa para castigarlo.

¹⁰⁸ La canción que sigue explica la relación amorosa del joven Hilas, hijo de Teodamante, con Heracles.

¹⁰⁹ De su abuelo Alceo parece salir el nombre originario de Heracles que era Alcides.

15 Hera instigó los primeros.
El Amor me impuso un cambio:
estos otros, más difíciles,
pero, sin duda, más gratos.

Griten: ¡Hilas! ¡Hilas! ¡Hilas!
20 *en mi culto de año en año.*

Al principio di placer
sometido por el ano
a mi señor Euristeo,
amante, primo y villano.

25 Siempre exigente su pija,
siempre insolente el mandato.

Griten: ¡Hilas! ¡Hilas! ¡Hilas!
Busquen en cada collado.

30 Cuando luché con los dríopes,
di muerte a su soberano,
Teodamante, un hombre cruel,
pero quedó liberado
su hijo bellissimo, Hilas,
a quien adopté en el acto.

35 *Griten: ¡Hilas! ¡Hilas! ¡Hilas!*
Repitan hasta encontrarlo.

Como Hilas no hubo mujer

que pudiera amarme tanto:
ni Onfale, que me engañó,
40 ni Deyanira que el manto
fatídico me entregara¹¹⁰.
¡Cómo me amó ese muchacho!

*Griten: ¡Hilas! ¡Hilas! ¡Hilas!,
otra vez, hasta el cansancio.*

45 Sus nalgas tibias lograban
sostener mi enorme falo
mientras probaba la miel
de los besos en sus labios.
Placer perfecto del coito:
50 siempre temblé al penetrarlo.

*Griten: ¡Hilas! ¡Hilas! ¡Hilas!
que alguno lo habrá raptado.*

Dicen que fueron las ninfas,
cuando nuestra nave Argos
55 hizo escala en tierra misia,
y lo hundieron en el lago.
¿Qué puedo hacer si no lloro?
¿Qué me queda si no amo?

Griten: ¡Hilas! ¡Hilas! ¡Hilas!

¹¹⁰ Queda claro que esta canción se ubica ya en el final de la historia y en la exaltación del héroe, y está presuponiendo un culto (v. 20). El relato concreto de la entrega del manto por parte de Deyanira aparece sólo al final, en el canto XII, y lo cuenta Hermes (verso 40 ss.).

“Ciertamente es triste tu relato”, dijo Iris haciéndose ver por el fornido héroe.

Heracles la increpó con rusticidad. “¿Has estado escuchando mi canción?

Nadie lo hace sin que yo lo permita”. “Discúlpame”, dijo azorada la mensajera

/divina,

“no era mi intención entrometerme en tus asuntos privados.

65 Sólo que me pareció triste lo que cantabas”. “Ciertamente lo es,

pero ahora vivo feliz con mi esposa Deyanira”, afirmó rotundamente el hijo de

/Alcmena,

desdiciendo con su voz segura la aparente nostalgia de la escena.

“Raro no encontrarte en Calidón con tu familia, en donde vivías junto a tu

/suegro Eneo¹¹¹”.

Iris advirtió por la reacción facial del héroe que su comentario no había sido

/prudente.

70 “Es mejor que no hablemos de esos asuntos; ya te he dicho que no quiero que

/nadie se meta en mis cosas”.

El vozarrón de Heracles definía a las claras todo su enojo a la intervención de

/Iris.

“He venido para traerte un mensaje de Afrodita. Discúlpame si no he sido lo

/suficientemente discreta”.

Dijo la mensajera, y extendió su manto de colores, desparramando un perfume

/fresco de hierbas después de la lluvia.

“¿Un mensaje de Afrodita?” En los ojos de Heracles se encendió una chispa de

/curiosidad.

75 “Hermes y Afrodita están organizando un concurso de belleza entre los dioses.

No es un concurso cualquiera ya que se premiará al de trasero más agraciado”.

¹¹¹ Se decía que las relaciones con su suegro no eran nada buenas, ya que Heracles había matado, probablemente en forma involuntaria, a un sirviente de Eneo que era también su pariente. Este percance obligó al héroe a alejarse de Calidón. El mismo Heracles lo cuenta más adelante (canto VII, verso 112 s.).

“Podiera concursar yo con el mío”, interrumpió el magnífico héroe poniéndose
 /en pie y permitiendo apreciar los contornos de sus nalgas,
 “...ganaría de seguro a cuanto dios y hombre se me quisiera confrontar.
 Pero lamentablemente mi culo es mortal, por lo que quedaría descalificado ante
 /los dioses”.

80 “De ninguna manera”, se apresuró a aclarar Iris haciendo ondular los pliegues
 /variopintos de su manto.
 “Precisamente porque tus nalgas son las mejores que un hombre pueda tener,
 provocando los deseos de mujeres y diosas, la misma Cipris cree que debes
 /participar
 nada menos que en calidad de juez, como lo fuera otrora Paris para las diosas”.
 “La idea me entusiasma”, dijo de inmediato Heracles con una actitud que nada
 /tenía que ver con la nostalgia de antes.

85 “¿Quiénes son los afortunados señores del Olimpo que mostrarán sus dulces
 nalgas?”
 “Ares, ante todo; ya sabes cuánto lo ama Citérea a pesar de los celos de
 /Hefesto.
 El segundo será Apolo, una belleza indiscutida entre los inmortales.
 Y por último, el danzante Dioniso, cuyo trasero podría competir con el de la
 /sonrosada Afrodita”.
 Heracles se quedó pensativo, con el índice levantado como para acotar algo que
 /no terminaba de decir.

90 “Me preocupa Hefesto”, aclaró al fin. “Me quedé pensando cuando lo
 /nombraste.
 Si Afrodita es la organizadora, el viejo herrero no debe estar muy contento”.
 “Es verdad”, dijo muy suavemente Iris, “pero ella misma le ofreció ser juez”.
 “Qué hago yo entonces con todo esto”, explotó con su fuerza habitual el
 /robusto Alcides.
 “Escucha, a Hefesto era lógico ofrecerle esa tarea para evitar toda sospecha”.

95 “Ah, es que entonces Afrodita piensa acostarse no sólo con Ares, sino también
/con Apolo y Dioniso,
aunque no creo que este último tenga demasiado entusiasmo por hacerlo”.
Iris trató de juntar paciencia para poder hablar dulcemente con un hombre tan
/rudo.
“No es eso. Era claro que Hefesto, compitiendo Ares, no iba a aceptar ser juez
porque no podría obrar imparcialmente ante su odiado rival.

100 Por eso Afrodita pensó que el héroe máximo entre los hombres, fuerte,
/musculoso y decidido,
el único, era el gran Alcides, llamado Heracles, el que consiguió las manzanas
/de las Hespérides”.
“Bien”, dijo el nieto de Alceo apoyando sus pesadas manos en los hombros de
/Iris,
“de todos es sabido que me interesan los culos de los hombres y, ante todo, los
/de los dioses.
Que tenga entonces bien presente la sensual Cipris que haré mi trabajo
/concienzudamente,

105 inspeccionando el ano completo, nalga por nalga, hasta el agujero.
Lo que después pueda suceder entre mí y los tres inmortales de la contienda
será parte de mis asuntos privados en los que nadie se mete. ¿Entendido?
Ésa, en todo caso, va a ser mi recompensa, ya que no espero a ninguna
/Helena como el afortunado Paris.
En fin, ya lo arreglaremos. ¿Y cuál será el premio para el ganador?”

110 Iris suspiró aliviada y contó el arreglo con Hefesto. “El premio es un
/monumento
que el hábil herrero levantará en la tierra misma del que gane”.
Heracles se pasó la lengua por los labios y se frotó la manos con entusiasmo.
Iris desplegó los siete colores de su manto y se dispuso a partir.

ENCUENTRO AMOROSO DE GALENA Y HERACLES

- Flameaba todavía sobre el caudaloso río el arco colorido de la leve Iris
- 115 cuando llegó con su paso marino, lento e indeciso, Galena, la hija de Nereo.
“La mensajera de los dioses me ha ganado de mano, ya que se mueve con
/habilidad y gracia por la altura,
mientras que yo, siendo criatura del mar, tengo un torpe andar por tierra y
/cielo.
- Allí ha quedado, abstraído, el corpulento Heracles, que atrapó a mi padre Nereo
para conseguir, vano esfuerzo, las doradas manzanas del jardín de las
/Hespérides”.
- 120 Muy cerca estaba del héroe cuando éste la vio y se puso de pie levantando los
/brazos con exagerada alegría,
tanto que Galena enrojeció de vergüenza y se preguntaba qué significaban
/estas manifestaciones de Alcides.
“Bellísima criatura de las profundidades, acércate que quiero besarte y
/abrazarte con sincero afecto,
ya que me seducen tus delicados movimientos marinos y tu sonrisa tímida”.
- La nereida se animó a responder: “Hace un momento hubiera dicho que
/estabas preocupado,
- 125 y al acercarme, me sorprenden tus expresiones de alegría por mi presencia.
En realidad no vengo a traerte noticias demasiado agradables,
a pesar de lo que habrás podido escuchar de la mensajera Iris
cuyo manto de muchos colores vi cruzar el cielo hace un momento”.
- Con rudeza, Heracles la tomó por la cintura y le dio un beso que resonó
/húmedo en el aire.
- 130 Asustada, Galena trató en vano de separarse del pecho musculoso.
“Quieta, niña, que nada te voy a hacer que no desees y me pidas.
¡Cuántas diosas y mujeres quisieran estar en tu lugar, abrazadas por mi
/fogosidad!

¿Acaso te disgusta?” La nereida contestó con reticencia. “No, no es eso.
 Quiero simplemente ponerte en aviso para que no caigas en la trampa de
 /Afrodita”.

135 El forzado Heracles la soltó de golpe, tanto que la frágil doncella acuática
 /trastabilló.

“¿La trampa de Afrodita? ¿De qué trampa me estás hablando?
 Recién Iris me acaba de ofrecer en su nombre ser juez de una contienda
 /singular.

Y te aseguro que me encanta inspeccionar los culos más hermosos de los
 /dioses más hermosos”.

“Es que Afrodita”, insistió Galena dando más fuerza a su tenue voz de agua,
 140 “ha organizado ese concurso por sugerencia de Hermes para poderse acostar
 /con...”

“¡Que Afrodita se acueste con quienquiera!”, vociferó el héroe interrumpiéndola.
 “No está mal que haga su negocio. ¿Acaso no la han visto la mayoría de los
 /divinos
 cuando el ingenioso Hefesto la dejó atrapada con su amante Ares?
 Que se siga acostando entonces con Ares, con Apolo o con el danzante Dioniso.

145 Mi negocio en cambio es mi negocio y no quiero que nadie se entrometa”.

Heracles cerró su discurso encarándola con brusquedad. “¿Me has entendido?”
 Galena retrocedió unos pasos. “Creo que ya no tengo más nada que decirte. Me
 /marcho”.

“¿Cómo?”, siguió diciendo el rudo Alcides, “¿no me dirás qué quieres que te
 /haga?”

La nereida, roja de timidez, dijo apenas: “Lo que quieras...”

150 Heracles pegó una risotada que asustó más a la pobre hija de Nereo.
 “Lo que yo quiero es devolverte un favor que me hiciste hace ya mucho tiempo
 cuando buscaba el camino de los Hiperbóreos y tu padre no quiso darme
 /ninguna indicación.

¿Te acuerdas? ¿No fuiste tú la que entre todas tus hermanas me miraste con
/compasión?
¿No fuiste acaso tú la que me habló tan dulcemente como lo has hecho ahora?”
155 “Fue para salvar a mi padre”, explicó enseguida la nereida con voz
/entrecortada.
Y Heracles con tono insinuante: “¿Y ahora tiene algo que ver tu padre,
o has venido porque querías ayudarme, bellísima hija de Nereo, criatura
/inefable del mar?”
Galena miraba al héroe con los ojos muy abiertos y sin lograr articular palabra.
Bien, muchachita, mi manera de devolverle favores a diosas y mujeres
160 es llevarlas a la cama y hacerlas gozar de mi falo hasta el enloquecimiento.
Aquí no hay alto lecho, cama nupcial o mullidos almohadones,
Pero te recostarás sobre una de estas piedras y me darás todo el calor de tu
/huerto florido”.
Alcides, sin esperar respuesta de la nereida, la tomó entre sus enormes brazos
y la acomodó en una roca lisa, desnudándole los pechos pequeños y flácidos
165 que lamió con pasión y torpeza. “¿Qué dirá de esto Deyanira?”,
preguntó en un suspiro Galena, sin poder disimular el placer que sentía.
“¿Deyanira? Nada”, dijo secamente Heracles descubriendo su falo enorme que
/asustó a la nereida.
“Deyanira no tiene por qué enterarse”, añadió, penetrándola con un puje
/grosero.
“¡Aaah!”, gritó la niña del mar, sintiendo una mezcla de gozo y dolor
/incontenibles.
170 “Vamos. Grita de placer si quieres. No seas de las que se reprimen de
/vergüenza.
El cuerpo enorme del héroe se movía sobre la acuática silueta de la nereida
con violencia, sudando y jadeando como si afrontara un nuevo y azaroso
/trabajo.

Sus gritos de placer salvaje sofocaban los gemidos de Galena que clavó sus
/uñas en el pecho del sudoroso héroe,
sintiendo por vez primera el desgarró y el estremecimiento del coito.

175 “Eh”, gritó de repente el nieto de Alceo, suspendiendo su cabalgata sexual
/antes del orgasmo.

“Vamos, vete enseguida de aquí, rápido. Acabo de ver al centauro Neso que se
/acerca al río.

Vamos, criatura, vamos. Escápate al mar enseguida. Yo me esconderé por
/aquí”.

Frustada, dolorida, mientras le caían algunas lágrimas, la hija de Nereo dijo:

“Y ahora me dejas así, sangrada de fuego y amor, Heracles, nieto de Alceo,
/ingrato, ingrato, ingrato...”

CANTO VII

LOS CONTENDIENTES JUNTO AL RÍO ACIS

Había una calma deliciosa en el cielo azul de Delfos, mientras la tarde bajaba
/con pies descalzos

a pasearse por entre las columnas caídas y las metopas destrozadas del
/abandonado Pritaneion.

Por los agujeros del techo semiderruido *Culo Prohibido* vio la luz inconfundible
/de la estrella de Afrodita

que se había encendido, la primera, para anunciar la llegada de la noche.

5 *Culo Prohibido* se enterneció, y desde su ternura le salió una voz bronceada de
/suave temple

con la que retomó su relato sobre el concurso de los dioses, convocados por
/Cipris y Hermes.

Aburridos de esperar durante siglos, los proctoaspidisquiones se dispusieron a

/escuchar con atención la historia de sus propios orígenes.

Hermes había tenido la idea de convocar a los tres concursantes, Ares, Apolo y
/Dioniso,
junto al río Acis, a los pies del Etna¹¹², para obligar a Hefesto a hacerse
/presente.

10 Afrodita, en cambio, ya muy avanzado su estado de gravidez, se marchó a su
/Chipre natal
a la espera del nacimiento de Hermafrodito, y para no ser vista por Hefesto y
/Ares

quienes podrían tener derecho al reclamo de una paternidad tan singular.

Llegó primero Apolo, con su aljaba calzada y el arco de oro en las manos;

luego apareció Ares, enfundado en una rígida armadura de feroz aspecto;

15 por último vino Dioniso, coronado de hiedra, golpeando su sistro con aspecto
/de borracho,
lleno de alegría por haber podido liberar a su madre Semele de las sombras del
/Hades.

A Hermes, que los esperaba, le pareció más un convenio de fuerzas enemigas
que un encuentro de felices concursantes que van a medir toda la hermosura

/de sus cuerpos.

Para romper el espectral clima de silencio y miradas desconfiadas,

20 Hermes mismo comenzó diciendo: “El agraciado tendrá su propio monumento,
construido nada menos que por la manos hábiles de Hefesto”.

“¿Por qué no está Hefesto?”, interrumpió en forma insolente Apolo.

“Hefesto quedó en venir, de modo que no creo que tarde demasiado”.

“La que tendría que estar es Afrodita”, afirmó también de mal modo Ares.

¹¹² El escenario ahora es la isla de Sicilia. A partir del verso 38, Apolo hará un homenaje a Acis, que dio nombre al río con la Canción del pastor Crimiso. El nombre de Acis ocupa un lugar importante en la toponimia siciliana, como es el caso de Acirreale o Aci Sant'Antonio.

25 Hermes trató de llamarse a paciencia, sabiendo bien, como mensajero divino,
que tratar con los dioses es una de las cosas más difíciles de lograr.
“Afrodita pide disculpas, y he quedado yo como moderador en su lugar.
La bella diosa, esposa de Hefesto...”, esto lo dijo con intención mirando a Ares,
“...tiene festejos en su tierra de Chipre que no puede postergar.
30 Lo tendremos en cambio a Hefesto que está en todo de acuerdo con la iniciativa
/de su divina esposa”.
“¿Y Heracles? Heracles debe estar ya que será el juez”, gritó Dioniso con voz
/descompuesta.
“No pensamos invitarlo, esperando primero un acuerdo de ustedes”, se excusó
/Hermes titubeando.
“¡No!”, dijeron casi al unísono los tres convocados. “Es el primero que debe
/estar”, vociferó Ares.
“Tiene que estar, ya lo he dicho”, insistió Dioniso con su voz destemplada de
/beodo.
35 “Como mensajero divino, puedes hacerlo venir de inmediato”, explicó Apolo
/mirando a los otros dos
que consintieron con una afirmación de cabeza. “¡Pronto! ¡Vamos! Aquí te
/estaremos esperando”.
Hermes sabía que no tenía mucho más para decir, de modo que voló de
/inmediato hacia las lejanas tierras de Etolia.

EL RECUERDO DE ACIS Y GALATEA

Se hizo un silencio molesto entre los dioses, que se seguían mirando unos a
/otros de reojo.
Fue entonces Febo Apolo el que quiso, con su incomparable arte de la música,
40 romper la dura reticencia de Ares y Dioniso que simulaban sus rencores,

totalmente abstraídos en sus alados pensamiento y sin decir palabra.

“Crimiso, un famoso pastor de estas regiones”, comenzó diciendo el luminoso

/Apolo,

“padre de quien fundara la bellísima ciudad de Segesta, enamorada del mar,

me cantó una vez esta dulce canción que, acompañado de mi lira, les voy a

/recitar ahora.

45 Y quiero hacerlo, porque no podemos olvidar, sentados en la ribera del Acis,

/abundante en papiros,

lo que el risueño joven sufrió por amar a la nereida Galatea, a la que pretendía

/el cíclope Polifemo,

monstruosa y odiada criatura, cuyo único mérito, como los de su raza,

es forjarle al prepotente Zeus los rayos con que amenaza para imponer su

/voluntad.

Escuchad, entonces, esta graciosa canción en homenaje a Acis y Galatea.

Canción del pastor Crimiso

50

Galatea, Galatea,

niña que tirando vas

rojas manzanas al agua

que hacen carmín a la mar¹¹³.

Polifemo ya ha observado

55

tu donaire al caminar.

Baja encendido del Etna

para poderte alcanzar.

Su corazón tiene fuego.

¹¹³ Este estribillo es casi una cita literal del comienzo del Idilio VI de Teócrito (260 a.C.) que cantaban los pastores Dametas y Dafnis. Es interesante considerar el valor de la intertextualidad que se descubre en este poema y en muchos poemas de la antigüedad que citan o copian permanentemente obras famosas.

Galatea, ¡que arderás!
60 Su único ojo de cíclope
siempre te perseguirá.

Galatea, Galatea,
dulce nereida del mar,
no lo esperes, corre, huye
65 que su amor te incendiará.

Si el bello Acis te ama,
jamás amarlo podrás
porque el cíclope es celoso
y al fin te castigará.

70 *Galatea, Galatea,
niña que tirando vas
rojas manzanas al agua,
huye, corre, vuelve al mar.*

Cantaba todavía Apolo en su lira de oro, cuando llegó Hefesto, cojeando y con
/su habitual aspecto de cansado.
75 El cantor dejó apagar sus melodías y se fueron poniendo todos de pie para
/recibir al venerable,
aunque Ares lo hizo de manifiesta mala manera y no fue siquiera saludado por
/Hefesto.
“Esperaba encontrarme aquí a mi esposa Afrodita y a Hermes. De cualquier
/modo, es muy simple lo que quiero decir”.
El dios se alisó la barba. “Mi compromiso con el certamen se reducirá a
/hacerle un monumento al vencedor,

tarea no fácil si se piensa que necesitaré la ayuda de los ciclopes que siempre
/trabajan con ahínco.

80 He resignado la tarea de juez para otro más joven que sienta todavía el acicate
/de la belleza

y pueda decidir con mayor imparcialidad que yo, puesto que tengo amigos y
/enemigos...”

“Yo me considero desde ya ganador”, interrumpió Baco en forma risueña,
“de modo que quisiera mi monumento en Tebas, a perpetua memoria
del triunfo que logré contra Penteo¹¹⁴, que se atrevió a impedir mi culto”.

85 Febo Apolo habló después con más mesura: “Si el ganador resultara ser yo,
me sería indiferente tener el monumento en Delfos o en mi isla natal de Delos.
Deseo sólo que aparezcan los atributos que me hacen dulce con la lira y
/temible con el arco”.

“El vencedor seré yo”, afirmó en manera rotunda Ares, mirando con mala cara
/a Hefesto,

“y por eso quiero mi monumento en el mismo Areópago¹¹⁵ que me está
/dedicado,

90 en donde los jueces olímpicos me absolvieron por la muerte del perverso
/descendiente de Poseidón, violador de mi propia hija¹¹⁶.

He de ser representado como soldado indomitable, vencedor de toda guerra”.

Hefesto lo miró desafiante, pero nada pudo decir porque llegó Hermes agitado y
/nervioso.

“A Heracles le ha sucedido algo terrible”, barbotó tomando aliento y sin saludar
/a Hefesto.

“El centauro Neso quiso violentar a su mujer Deyanira en el paso del río Eveno,

¹¹⁴ Como Penteo, rey de Tebas, se oponía al culto de Dioniso, su madre Ágave y otras mujeres que estaban en pleno trance, confundidas, lo destrozan. De esto se habla en el canto VIII, verso 133. El enloquecimiento será precisamente el recurso que va a usar Dioniso en el fin de esta historia.

¹¹⁵ El mismo Ares, con las palabras que siguen, se encarga de explicar el nombre que lleva esta famosa colina de Atenas, en donde se administraba justicia.

¹¹⁶ El descendiente de Poseidón que quiso violar a su hija Alcipe era Halirroto, hijo del dios del mar y de una ninfa.

95 y Alcides le ha dado muerte con toda valentía. Por eso tardará en llegar”.
“Ciertamente es una situación preocupante, puesto que Neso puede ser
/peligroso aún después de muerto”¹¹⁷,
afirmó Hefesto, aprovechando la novedad para distraer de la enojosa puja de
/los inmortales.
“Dicen que su sangre es venenosa”, acotó Hermes, “por lo que esperamos que
/Deyanira no sufra daño alguno”.
“Seguiremos esperando”, concluyó Apolo, “no creo que haya ahora ánimo
100 como para continuar nuestras canciones sobre Acis y Galatea”.
“Es cierto”, comentó Hefesto, “este río es el recuerdo vivo de su salvación,
cuando escapaba de las iras del ciclope Polifemo, celoso de Galatea”.
“En realidad, hablábamos del monumento al ganador del certamen”, cortó
/abruptamente Ares con su mal modo.
“Eso es lo que nos preocupa. Para llorar cada uno tiene sus lágrimas, porque
/cada uno tiene sus muertos”.
105 Todos se volvieron al prepotente Ares, ya que mostraba ánimo de polemizar.

HERACLES CUENTA CÓMO DIO MUERTE AL CENTAURO NESO

A lo lejos apareció entonces Heracles, batiendo su maza contra el pedregal de
/la montaña.
Los inmortales dejaron de hablar y esperaron a que el nieto de Alceo se
/acercara.
El primero en hablar fue Hefesto, representando el desasosiego de los
/olímpicos.
“Hemos sabido que tu familia ha sufrido un gravísimo incidente, heroico
/Alcides, hijo de Alcmena”.
110 “No ha sido sólo un incidente, sino una serie de calamidades que han caído

/sobre mí”,

comenzó a explicar apesadumbrado Heracles, mientras dejaba su maza y se
/acomodaba en el grupo.

“Con mi mujer Deyanira habíamos decidido dejar Calidón, tierra de mi suegro
/Eneo,

después de la muerte desafortunada del efebo Eunomo, que estaba a su
/servicio.

Si mi mano fue la culpable, mi mente es inocente de ese asesinato.

115 Deyanira se avino a seguirme al destierro sólo por la fidelidad de su amor,
ya que perder hogar y familia es una de las desgracias mayores de los
/humanos.

Llegamos al río Eveno, apacible sólo en verano, paraje en el que habitaba el
/violento Neso

después de que luchamos contra él Folo y yo en la cruenta batalla de los
/centauros,

y el venerado Folo fuera víctima de su inocencia, muriendo accidentalmente
/al pincharse con una flecha envenenada.

120 Desde entonces es mutuo el odio que nos tenemos con Neso, hijo de Ixión.
La culpa fue mía seguramente por confiarle al resentido centauro el paso de mi
/esposa Deyanira,

mientras yo cursaba a nado, sin dificultad, el curso caudaloso de agua.
Llego a la otra orilla y escucho los gritos desesperados de mi mujer
en un intento por librarse de los brazos robustos y lascivos del centauro

125 que la intentaba violar, crudelísima venganza, con su desmesurado falo
/caballuno

que ya se alzaba erguido goteando semen por la incontrolable excitación.
Preparé de inmediato arco y flecha, pero al querer asestarle un golpe,
vi con desasosiego que Deyanira con su cuerpo en brazos del centauro,

¹¹⁷ Y de hecho así sucede, como se verá más adelante (ver canto XII, verso 40).

tapaba completamente su torso y no me era posible apuntarle el dardo con
/precisión.

130 Fue sólo el instante que la dejó caer entre las patas que logré atravesarle un
/tiro preciso en el corazón.

El peso del hombre caballo se desplomó sobre la aterrorizada Deyanira,
llenándosele el manto de la sangre negra y espesa de la bestia.

Por suerte un campesino, que transportaba en su barca un carnero, la socorrió
y no sólo la acercó hasta donde yo estaba, sino que nos ofreció su cabaña,

135 con la gentil hospitalidad de la gente de Etolia, para que la decaída Deyanira
/descansara.

Ahora he venido para participar en la reunión, dejando a mi esposa en buenas
/manos,

pero con la preocupación que ustedes sabrán comprender y que me obligará a
/irme cuanto antes”.

Así contó Heracles, el nieto de Alceo, y los presentes quedaron cabizbajos ante
/su testimonio.

Hermes se apresuró a clarificar los primeros aspectos de la convocatoria.

140 “Hombres, mujeres y dioses admiran las nalgas masculinas...”, comenzó
/explicando el Psicopompo.

“Eso es ya sabido”, se rió Dioniso, “yo quiero que el juez controle bien mi culo”.

Todos se sumaron a la risa ocurrente de Baco, aunque Apolo enarcó las cejas,
y Ares, más desconfiado, se llevó las manos al trasero en gesto de defensa.

“Yo haré de testigo”, certificó Hermes, “para asegurar que el trabajo se haga a
/la perfección”.

145 Heracles, con su pesada voz, fue contundente: “El trabajo se hará sin duda a
/la perfección,

¡hasta el agujero del culo! Ya se lo he dicho a Hermes como condición para
/aceptar esta responsabilidad”.

LA DISCORDIA OFRECE SU PREMIO

Así hablaban cuando se fue acercando una anciana vestida de negro de pies a
/cabeza.

“Es Éride”, se adelantó Ares, reconociendo de inmediato a su vecina¹¹⁸.

Se quedaron todos sin aliento ante la figura horrible de la vieja encorvada,
150 de cara huesuda y nariz aguileña; se asomaban unos pelos ásperos como
/crines grises.

“No quiero interrumpir la reunión. Sigán hablando”. La voz cascada de la vieja
/sonó como un chillido de harpía.

“Vengo sólo a traerles esto”, y estiró una mano que parecía más una garra
en la que brillaba un objeto redondo y refulgente, como de oro pulido.

“Esta vez es una pera de oro para el ganador del certamen.

155 No quería dejar de traerles un regalito como cuando las diosas compitieron por
/su belleza,
y yo les regalé una manzana del jardín de las Hespérides.

¿No es magnífica?” Todos los presentes la rodearon con un “oh” de admiración
/en la boca
al ver brillar en su palma deforme la pera como un pequeño sol al alcance de
/cualquier mano.

“La entregaré al juez oficial de la contienda, que si no me equivoco es el forzado
/Alcides, hijo de Alcmena y nieto de Alceo”.

160 Heracles la miró asombrado y sus manos temblaron al acercarse para recibir la
/maravillosa fruta.

La vieja rió con picardía, emitiendo un ruido hueco que a todos pareció un
/quejido y una burla al mismo tiempo.

“¡No!”, gritó Ares como para impedir que Heracles tomara la pera de oro.

“No debe ser Alcides el que guarde el galardón. Aunque héroe, es un simple
/mortal

¹¹⁸ Algunas fuentes consideran a Éride hermana de Ares. De hecho casi siempre lo acompaña.

y muchos pueden ser los peligros a los que se vea sometido para defenderlo.

165 Lo haré yo como señor de la guerra. , siempre vigilante ante los peligros más
/violentos”.

“Vaya, porque la Discordia te hace compañía te crees con semejante derecho.
Si tu actuación en Troya hubiera sido más eficaz e intempestiva,
tal vez se podría pensar que puedes custodiar la pera con seguridad”,
farfulló indignado Apolo ante la arrogancia de su contrincante.

170 “Que sea en todo caso Febo Apolo, ya que sus saetas son más certeras que los
/flechazos juguetones del pequeño Eros”.

Eran las palabras de Dioniso que había subido el tono con una evidente carga
/de enojo.

“En todo caso que guarde la pera de oro el organizador del certamen, Hermes
/Argifonte”,
intentó concluir Apolo, pero el griterío de los presentes fue tal
que no quedó nadie sin involucrarse en la trifulca, hasta el mismo Hefesto¹¹⁹.

175 Mientras tanto Éride, burlona, esperaba con su mano extendida
y Heracles ponía su cuerpo para que nadie arrebatara el fruto de oro.
La pelea de los olímpicos no parecía llegar a una solución aceptable
a pesar de los esfuerzos conciliadores del pequeño Hermes, hijo de Zeus,
que al final gritó enojado al Padre de los dioses: “Padre, ayúdame con tu rayo
/potente

180 y fulmina a quien no acate las indicaciones que voy a dar”.

Dijo, y un rayo poderoso partió de la mano del Padre Zeus, clavándose en
/medio del grupo,
y dejó paralizados a todos los divinos, mudos de espanto ante la amenaza del
/señor del Olimpo.

Sólo Éride reía, doblando su frágil cuerpo casi hasta el suelo;
y fue entonces que los tres contrincantes tomaron conciencia de que la

¹¹⁹ Ya de inmediato se perciben los efectos de la “discordia”, como había sucedido con las diosas.

/presencia de la Discordia

185 era la causa de las discusiones y diferencias entre ellos.
Hermes aprovechó el desconcierto y la autoridad que le confería el Padre
/Supremo, y decidió:
“Heracles como juez será el custodio de la pera del monte Ida que Éride
/obsequia para el ganador.
El certamen se realizará en la próxima primavera. El lugar del encuentro
será el río Eveno, ya que Alcides se encontrará en la zona con su esposa
/Deyanira.

190 Hefesto, una vez proclamado el triunfador, se pondrá de acuerdo
para que le sea levantado un monumento con las modalidades que se
/concierten.
Cada uno se retira ahora a sus tierras como mejor lo crea oportuno”.
Heracles tomó la pera de oro de manos de Éride y la guardó en su morral de
/piel de león.
Hefesto, con un gesto de saludo a medias, se encaminó hacia el Etna.

195 Ares, Apolo y Dioniso se miraron desafiantes y, sin saludarse, partieron,
uno para la Tracia, rica en caballos; el otro para Delfos, en donde se sienta su
/pitonisa;
y el tercero a la bella Tebas, reina de Beocia. Hermes, preocupado, los observó
/alejarse.

CANTO VIII

NUEVA INVOCACIÓN A LAS MUSAS¹²⁰

Acudid en mi ayuda, amadas Musas que habitáis en Pieria, y en especial tú,
Calíope de bella mirada, engendradora del melodioso Orfeo que seduce con su
/lira,
ya que estoy llegando al momento más difícil de este poema que vosotras
/mismas me habéis encomendado,
sea porque la contienda va a comenzar y los dioses no muestran muy buen
/ánimo,
5 sea porque mi voz es débil y no podría transmitir semejante hazaña sin vuestro
/dictado.
Acuérdate, Orfeo, que has cantado el himno de las Grandes Proctreas;
súmate por tanto a mi pobre acento para que el canto sea bello y la memoria
/vibrante.

HEFESTO FORJA EL PRIMER PROCTOASPIDISQUIÓN

PARA ARES

Había nacido ya Hermafrodito en un parto feliz de la divina Cipris.
El niño era bellissimo y vino su padre Hermes a reconocerlo.
10 La madre se lo puso en los brazos y el dios mensajero no pudo contener
/lágrimas de emoción.
Para Hermes era igual a la madre; para Afrodita, idéntico al padre.
No atinaban, en realidad, a descubrir su sexo, porque bien podría decirse que
/era tan niño como niña.
Finalmente convinieron en que se trataba de un varoncito, tal vez el más bello

/nacido de dioses.

La dorada Afrodita concordó con su amante que era mucho riesgo criarlo en

/Chipre,

15 y decidieron entregarlo a las graciosas ninfas que moraban en el monte Ida.

Ya hacía tiempo que la rosada Citérea no cohabitaba con su esposo Hefesto, por lo que decidió emprender el viaje de regreso. Mandó aprestar su carroza, y estaba poniendo su pie de oro en los estribos, cuando apareció de pronto

/Ares, venido de la Tracia,

algo celoso por el largo tiempo que habían pasado sin verse

20 y la requirió en amores, lo que Afrodita no aceptó ya que todavía no se había

/repuesto completamente de su reciente maternidad.

La diosa, sin embargo, trató con tanto afecto a su amante guerrero,

llevándolo hasta el interior de su tocador, que Ares se fue tranquilizando poco

/a poco

y atribuyó la larga ausencia a las tareas comprometidas de la diosa del amor.

De ella es la idea de pedirle a Hefesto que, como al heroico Aquiles,

25 le forje las armas con que debería presentarse al concurso.

“Esto no es una guerra”, le dijo dándole un beso que conmovió al tracio,

“por eso debería bastarte con un escudo, al estilo del que llevan los hoplitas,

/un aspidisquión.

¿Y qué emblema le harías labrar?”. Ares dudó un instante.

“El emblema de la guerra, una escena de mis numerosos triunfos”.

30 “Uhm, vanidoso”, replicó ella sonriendo en forma encantadora.

Si se trata de una simple contienda por las nalgas, nalgas deberían ser.

Propongo, entonces, que tu aspidisquión pase a ser un proctoaspidisquión”.

Ares también se rió, pero no dejó de mostrar su desilusión.

“Y bien, si a ti te parece, que sea un proctoaspidisquión.

35 ¿Pero no se rehusará tu marido a fabricarlo justo para su contrincante?”

¹²⁰ Con esta segunda invocación a las Musas, el autor pretende llamar la atención sobre lo que va a

“Trataré de convencerlo. Pero siempre será mejor que seas tú el que se lo pidas
y que lo amenaces por algún motivo, a fin de que lo tenga hecho para la época
/del certamen’.

“Así será”, asintió Ares con mucha decisión y dispuesto también a acompañar
/a Afrodita en el largo viaje a Trinacria.

La diosa no lo rechazó, ya que sabía que tenía todavía más de una cuenta
/pendiente con su amado Ares.

40 Hefesto trabajaba con desnudo en las forjas del Etna, secundado por Arges,
/Brontes y Estéropes¹²¹

que hacían vibrar la tarde con el ritmo de sus golpes en el yunque,
mientras las chispas que levantaba el fuelle enrojecían el cielo ya casi oscuro
/de la noche.

Afrodita llegó nerviosa, tratando de imaginar la reacción de su esposo,
tanto por el tiempo de su ausencia como por el acompañante especial que
/traía.

45 Pero Hefesto siguió en su trabajo y ni siquiera se dignó dirigir una mirada a los
/recién llegados.

Los golpes de los martillos en el yunque seguían su ritmo atronador
mientras miles de luciérnagas escapaban por la boca del volcán,
pintando de carmín a los dos viajeros, la carroza y sus cisnes.

Afrodita esperó un instante, y más roja de ira que de los reflejos del fuego, dijo
/bajando del espléndido carruaje:

50 “Tan importantes son los rayos de Zeus”, trataba de imponer su voz sobre el
/estruendo de los yunques,

“que no te interesa la llegada de tu esposa después de tanto tiempo”.

A lo que Hefesto sin inmutarse replicó: “Después de tanto tiempo

sucedier, el “momento más difícil de este poema”, según su estimación de constructor de la historia.

¹²¹ Aquí aparecen los nombres de los tres cíclopes que prestan sus servicios a Hefesto en las fraguas del Etna. Son los nombres de los tres cíclopes que habían sido encadenados por Urano, y fueron luego liberados por Zeus. Representan al trueno, al relámpago y al rayo que entregarán como armas

pareciera que la llegada de una esposa no interesa, y menos...” añadió,
“si viene acompañada de su amante”. “Ares viene en calidad de contrincante
55 del concurso que tú mismo has prometido auspiciar”. La diosa
era una llama encendida que se contorneaba consumiéndose a sí misma de
/rabia.
“Me alegro”, contestó apenas Hefesto, mientras Brontes lo ayudaba a poner
/una barra de hierro al fuego.
Ares seguía sentado en la carroza, observando desde lejos las gesticulaciones
/de su amada
y la contrastante apatía del dios herrero, su detestado rival;
60 prefirió no moverse de su lugar hasta una indicación de la misma Citérea.
Al rato se acercó la diosa con pasitos desasosegados para explicarle
lo que estaba sucediendo y él bien comprendía. “Dice Hefesto que te hará el
/escudo
con la sola condición de no verte aparecer más por estos lugares”.
A lo que Ares le mandó decir: “Contéstale que si no lo hace,
65 me seguiré acostando contigo”. “¿Te parece una respuesta oportuna?”,
objetó Afrodita, mientras ya se estaba alejando con los mismos pasos nerviosos
/con los que había venido.
Ares, en un reflejo de la fragua, vio cómo al viejo cojo se le enarcaban las cejas
y arrugaba los labios en signo de desprecio. De inmediato ,
volvió Afrodita con sus pasitos de niña que juega para decir:
70 “Dice Hefesto que no cree en absoluto al dios de la guerra cuando promete paz,
pero que para la próxima primavera, antes del concurso,
tu proctoaspidisquión estará listo como lo has requerido y se llamará **Culo**
/Guerrero”.

“Dile a tu marido que le agradezco, aunque no crea en mi palabra”.
Fue y volvió la diosa del amor dando los mismos saltitos de sus gorriones

emblemáticas al Padre Zeus que podrá vencer a los Titanes, unido a Hades y Poseidón, también ellos

75 mientras su velo púrpura flotaba con los aires de la altura, asemejándose a
/una viva llama del volcán.
“Dice Hefesto que él no tiene nada que agradecerte y que ya arreglarán cuentas
/más tarde.
Ah, y me dijo también que está seguro de que no vas a ganar”.

APOLO EXIGE SU ESCUDO A HEFESTO

Delos, la brillante, se estremeció esa noche como si su tierno corazón de isla
/solitaria
hubiera sido traspasado por la certeras flechas de plata de la luna que se
/acercaba.
80 Es que se trataba de la misma Artemisa, la veloz cazadora, que venía a ver a su
/hermano.
“Te saludo hermana”, Apolo alzó los brazos de alegría, “porque llegas luminosa
para aclararme las dudas que ensombrecen mi mirada, otrora dotada con las
/luces del vaticinio”.
“¡Hermano!”, saludó Artemisa, abrazando a Apolo después de dejar
/cuidadosamente el arco flexible y la pesada aljaba.
“Me alegra verte después de tanto tiempo, aunque tus ojos escondan la sombra
/de alguna sospecha.
85 Quisiera ser adivina como tú para poder determinar el mal con precisión.
No sé si tendrá que ver con lo que comentaban algunas nereidas llegadas a
/Táuride
sobre un nuevo certamen que Afrodita ha organizado con propósitos poco
/claros,
o probablemente con la evidente intención de enaltecer a su amante, el

munidos con sus armas características, el casco de la invisibilidad y el tridente.

/guerrero Ares”.

“Sí, hermana”, confesó Febo Apolo, “en todo parecida a mí, que bien me
/conoces desde el nacimiento.

90 No estoy tan seguro de que Cipris quiera hacer ganar a su querido, pues ya lo
/tiene.

Tampoco me imagino a la diosa con el enloquecido Dioniso.

¿No te parece que, por descarte, Afrodita piensa en mí? Por lo menos debo
/confesarte que la he sorprendido
poniendo en mí sus ojos seductores, cargados de deseo, de amor y de sexo”.

Artemisa se rió ante la sorpresa de su hermano y parecieron danzar los
/pliegues ligeros de su túnica.

95 “Hermano, sé más sincero. ¿No te divertiría una aventura amorosa con quien
/nació en el mar?”

Apolo pasó de sus facciones preocupadas a una sonrisa que descubría el brillo
/de sus dientes blanquísimos.

“Sí, me divertiría muchísimo. Es lo que le he confesado a Hermes, hijo de
/nuestro común padre Zeus.

Pero aquí hay otro asunto. Ares se prepara como para hacernos la guerra”.

“Debe ser su forma de concursar”, intervino siempre risueña la diosa de la
/caza.

100 “Pero si quiere la guerra, hermano, se la daremos tú y yo juntos.

¿O acaso no recuerdas cómo restablecí el honor de nuestra madre Leto,
burlada por la estúpida Níobe?¹²² Tú mismo, con tu propio arco y el terror de
/tus flechas

diste muerte a Damasictón y a sus seis hermanos en el monte Citerón, cacería
/cruel que jamás podrás olvidar,

mientras yo afleché a Cleodoxa y a sus seis hermanas ante la mirada

¹²² Níobe se había burlado de Leto, quien sólo había concebido a Apolo y Artemisa, porque ella había sido madre fecunda de siete varones y siete niñas que le diera su marido Anfión, hijo de Zeus y Antíope. Los nombres que aquí se citan son del hijo y la hija mayores como representantes de sus hermanos.

/horrorizada de la madre;

105 y fue también con mi arco y mis flechas y ese instinto certero que traemos los
/dos desde el nacimiento”.

El vencedor de Pitón señaló un lejano punto del horizonte sobre las aguas.
“Se acerca Hermes, el hijo de nuestro padre común. ¿No lo ves a lo lejos,
con su pétaso de alas anchas, sus sandalias aladas y en la mano el caduceo
/que le da autoridad?”

En efecto, unos momentos después Hermes estaba junto a Apolo y Artemisa
110 que lo observaban preocupados por entender qué tipo de mensaje estaba
/trayendo,
si auspicioso, para alegría de los dos inmortales, o funéreo obligándolos a
/sobrellevar algún problema.

“Febo, con presteza debes presentarte a Hefesto exigiéndole que te haga un
/aspidisquión para la futura contienda”,
dijo Hermes con palabras rápidas y entrecortadas, antes de cualquier saludo.
Apolo miró a su hermana Artemisa. “Es lo que me barruntaba”, dijo,
115 “¿ves que vamos a una guerra más que a un concurso de belleza?
Será la guerra de los culos. Y bien, hermana, la daremos”
Hermes siguió todavía explicando con la agitación que traía:
“Algo de guerra habrá, si no me equivoco, porque el primero que quiso sus
/armas fue Ares,
amenazando a Hefesto con mantenerla sometida a Afrodita.

120 Te podrás imaginar con qué odio aceptó el viejo cojo forjarle las armas.
Pero aclaró que haría sólo un escudo y en forma de culo, acorde al certamen,
y quiso llamarlo proctoaspidisquión. El de Ares se llamará **Culo Guerrero...**”
“¡Y el mío **Culo Brillante!**”, gritó el dios de los cabellos de electro,
/interrumpiendo al heraldo de Zeus.

EL PROCTOASPIDISQUIÓN DE DIONISO

- “¿Se imaginan qué nombre pudo tener el escudo de Baco Dioniso?”
125 preguntó repentinamente *Culo Prohibido* interrumpiendo su relato.
Resonó la voz de *Culo Difícil* siempre pronto a estallar en un estruendoso
/petardeo.
“¿Qué nombre se le podría poner al escudo de un dios borracho, sospechado
/de locura?”
“Pues precisamente **Culo Loco**”, concluyó *Culo Prohibido* estirando las palabras
/en una risita maliciosa.
En su tono casi inaudible *Culo Cerrado* preguntó: “¿Quién le avisó a Dioniso lo
/que estaba sucediendo?”
130 “Quién podría haber sido..., Galena, siempre metida en todas partes.
La nereida, resentida con Hermes y temerosa de Ares, fue a encontrar al dios
/del vino
en la misma ciudad de Tebas, en donde su culto prendió como un incendio
después de la muerte de Penteo, despedazado por su propia madre Ágave,
tía del mismo Dioniso, que había confundido a su hijo con una fiera”.
135 *Culo Lánguido*, con el dulce sonido de sus nalgas, intervino tímidamente:
“¿No estaba acaso Galena enamorada del invencible Hércules?”
“Sí, es cierto”, aclaró *Culo Prohibido* tratando de no perder el hilo de la historia,
“recuerdan en qué circunstancias Hércules se acostó con ella.
Y por ese motivo, la nereida quiere estar presente en la contienda
140 para que el vencedor de los doce trabajos la siga teniendo en consideración.
Deyanira, celosa como siempre, algo percibió en las actitudes de su marido.
¿Es que acaso existe una mujer exageradamente fiel que no termine
/enterándose de los extravíos de su marido?
Pero volvamos a Dioniso. Puesto en aviso por Galena, corrió hasta las forjas del
/Etna

para exigir su propio escudo. Amenazó al viejo Hefesto con volver loca a Cipris,
145 pero no creo que el desgraciado cojo le haya creído demasiado.
Sabía que, hecho un escudo, tendría que forjar aspidisquiones para todos.
Y no sólo para los contrincantes, sino para todos los dioses, amigos y parientes
de quienes se presentarían a competir como respetable recuerdo del evento.
Como ven, compañeros de fortuna en el Pritaneion, éste es nuestro origen,
150 ésta es la cuna gloriosa de nuestros muy honestos progenitores, los
/proctoaspidisquiones,
otrora famosos en toda la Hélade por su valentía y hermosura.
Creo que todos ustedes conocen el himno con que millones de
/proctoaspidisquiones
se han lanzado a la batalla, en todos los rincones de esta tierra gentil.
Estaría bien que concluyéramos nuestra historia cantándolo con vigor.
155 Ustedes me seguirán con el estribillo”. *Culo Prohibido* trompeteó un poco por el
/agujero del culo
como para entonarse mejor, y arrancó con fuerza y convicción:

Himno de los proctoaspidisquiones

Somos los aspidisquiones,
prez y gloria de los culos.
Rindan todos sus honores
160 a estos óptimos escudos.

Gloria, honor eternamente

a los dioses y a sus culos.

Nadie duda que existimos
con el orden de este mundo.
165 Nadie piensa que este honor

es indigno o es injusto.

*Gloria, honor eternamente
a los dioses y a sus culos.*

170 Ares busca las batallas,
Baco obliga a hablar a mudos,
con sus flechas gana Apolo.
¡Son los tres más grandes culos!

*Gloria, honor eternamente
a los dioses y a sus culos.*

175 ¿Será Heracles, el más fuerte,
el que venza el gran concurso,
perdedor de las mujeres,
ganador de ambiguos gustos?

180 *Gloria, honor eternamente
a los dioses y a sus culos.*

Somos los aspidisquiones
alto emblema de los culos,
vencedores de contiendas,
¡lo mejor de los escudos!

185 *Gloria, honor eternamente
a los dioses y a sus culos.*

CANTO IX

PRIMAVERA SOBRE EL RÍO EVENO LAS BODAS DE FLORA Y CÉFIRO¹²³

La noche era un hueco de silencio en la que sólo resonaba la voz incansable de

/ *Culo Prohibido*;

se podría decir que sólo escuchaba, emocionado como siempre, *Culo Lánguido*

cuyos suspiros llenaban los rincones de la historia que el relator estaba

/narrando

como manantial que no deja de fluir desde las más altas rocas.

- 5 “Flora llega con su vestido nupcial bordado de vivísimas flores,
las rojas amapolas de los campos, la retama amarilla de los cerros,
grandes margaritas como soles, blancas y anaranjadas, las violetas escondidas,
las rosas oscuras y encarnadas, semejantes a niñas de compañía,
los azahares y jazmines penetrantes que le hacían de corona”.

- 10 El Céfiro¹²⁴, hijo de la Aurora, soplando su aire terso hacia la Etolia,
se acercaba con paso blando al transparente Eveno para recibir a su esposa,

¹²³ El episodio de Céfiro y Flora parece no haber interesado para nada a Bally Cock, sobre todo a la hora de analizar la época del poema. A eso me he referido en mi introducción, hablando de la opción de considerar a Aristón como autor de la obra; ahora tendríamos que decir a cuál de los Aristones conocidos, ¿Aristón de Alejandría, por ejemplo, que habría vivido alrededor del 87 a.C? El episodio de Flora y Céfiro tiene la marca de ser muy latino. Ovidio en los Fastos V, nos habla de esta ninfa. Se trata de Flora (Φλωρα) o quizás de Clora o Cloris (Χλωρα o Χλωρις), la hija de Anfión y mencionada en la Odisea XI, 281, en cuyo nombre están las marcas de la primavera. Flora aparece registrada en un texto griego recién con Plutarco (Pompeius 2,53). Sea como sea indicaría un autor más reciente que a Aristón de Ceos, el famoso filósofo peripatético que dirigió el Liceo después de Licón (225 a.C.). Pero si se trata de **Aristón de Mitilene**, autor desconocido, ¿tendríamos que acercarlo a la época de Ovidio o incluso ponerlo en tiempos de Plutarco (fines del siglo I d.C.)? La discusión puede ser banal y tal vez por eso no quiso encararla directamente Bally Cock. Yo apenas la estoy mencionando.

¹²⁴ Sé que alguno, considerando a Flora como Clora o Cloris o Clóride, imagina que Céfiro (Ζεφυρος), así llamado el viento lluvioso típico del oeste, debería ser el Bóreas de los griegos y no el Favonio de los latinos. Pero nos tranquiliza saber que Homero mismo lo menciona. Que se nos ocurra hablar de Bóreas no está mal, pensando que es Apolonio de Rodas en *Argonáuticas* quien se refiere al rapto de Oritía perpetrado por Bóreas en Cecropia, llevándosela a la Peña Sarpedonia de la Tracia (I, 213 ss.). Bien puede este relato marcar la influencia de Apolonio (nacido en 295 a.C.) en el poema.

mientras que las ninfas del río cantaban este epitalamio:

Epitalamio de las ninfas del río Eveno¹²⁵

Se casan Flora y la Brisa.

15

Venid, venid a las bodas.

Con su voz celeste y fresca
el blando Céfito sopla
y arremolina el vestido
que lleva la ninfa Flora.

20

El viento con dedos suaves
rodeó su talle de rosa
cuando la vio que paseaba
por los valles de la zona.

Se casan Flora y el Viento.

25

Venid, venid a las bodas.

Ella esparcía perfumes
como alas de mariposa;
zumbaban danzas de mieles
las abejas afanosas.

30

Él peinaba los trigales
soplando risas y bromas.
Y al verla se enamoró

por ser flor y por ser Flora.

Se casan Flora y el Céfito.

35

Venid, venid a las bodas.

Su pasión era tan joven,
tan decidida, tan loca,
que la raptó sin pensar
en casarla, como a todas.

40

La niña gimió al contacto
de esos brazos de aire y sombra,
pero al verlo transparente,
ella también se enamora.

Se casan Flora y el Céfito.

45

Apuraos que ya es hora.

Está llegando de azul,
vistiendo livianas ropas,
el novio que vuela suave
con pies de brisa hacia Etolia.

50

Ella una túnica larga
de mil colores endosa
y se ha calzado de pétalos
cada pie para la boda.

¹²⁵ Los que afirman que el episodio aquí narrado del casamiento de Flora y Céfito tiene un corte más latino que griego, hacen ver el tono intensamente catuliano de este epitalamio. Con todo Catulo (84-54 a.C. circa) compuso epitalamios como el carmen 61 y 62 con la mirada puesta en poetas griegos.

55 *Se casan Flora y el Viento.*
Los dos se besan y lloran.
¡Venid, venid presurosos!
¡Se casan Céfito y Flora!

DEYANIRA DESCUBRE A GALENA CON HÉRCULES

Curiosa por saber cómo terminaría el certamen de los dioses
y viendo que Flora había derramado sus colores y perfumes en la campiña,
60 la triste Galena, hija de Nereo, dejó las profundidades temibles del mar
y se encaminó al río Eveno, para ser la primera testigo del esperado evento.
En realidad quería encontrarse con el musculoso Alcides
para reclamarle ese poco de amor que el héroe no había terminado de darle.
La primavera era una fiesta de danzas esmaltadas y cantos alados
65 y en el medio del valle vio Galena una humilde cabaña de labrador.
Hacia allí se dirigió para preguntar por el paradero de Heracles y su sufrida
/esposa.
Golpeó la puerta con suavidad de nereida y una voz ronca de mujer
/desconfiada
contestó desde adentro de la vivienda, sin abrir la puerta.
“Esta es la casa del pastor Menetes, que a estas horas trabaja en el campo”.
70 La nereida, quebrada por la timidez, se atrevió a insistir.
“Busco al fuerte Heracles, hijo de Alcmena y nieto de Alceo,
que será juez en la contienda de los dioses junto a este río”.
Se hizo un silencio que a Galena le pareció insoportable,
y luego se abrió lentamente la puerta con un chirrido disgustoso.
75 En el vano apareció una bellísima mujer de mirada desafiante
que observó a Galena de pies a cabeza, reconociendo en ella a una húmeda
/criatura de los mares.

“Heracles acompaña a Menetes en el trabajo y están en el monte”,
dijo la mujer torciendo los labios en un gesto de franco desprecio.
La nereida enrojeció y dando unos pasos atrás, “Gracias, gracias...”,
80 suspiró apenas, mientras recibía un portazo que la hizo estremecer.
Llorosa vagó un tiempo por la campiña vestida de fiesta.
De pronto largos mugidos y un revoloteo alto de palomas de plata
atrajo su atención, divisando un monte umbroso de acacias, robles y pinos.
Hacia allí se encaminó, mientras el corazón le decía que encontraría al amado
/Heracles.

85 Un hombre rudo de oscura pelambre en todo el cuerpo y mirada torva
conducía un carretón de leña tirado por dos bueyes lentos e indiferentes.
“¿Ha visto al valeroso Heracles en estas cercanías, buen hombre?”
El pestañeo de la frágil hija de Nereo era el signo más claro de su temor.
“Sí”, contestó con tono pesado el boyero, “está cortando leña en el monte”.
90 Galena volvió a sentir las palpitaciones de su corazón y corrió al lugar
/indicado.
El campesino la siguió con la vista y, meneando la cabeza, picó a los bueyes
/para que siguieran su camino.
“Espero que no la haya visto Deyanira”, musitó mordiendo las palabras.
Golpes de hacha indicaron fácilmente a Galena cuál era el camino.
Con el torso desnudo, sudoroso, Heracles mostraba toda su viril musculatura,
95 tensada por el esfuerzo de los hachazos que hacían caer enormes troncos.
La nereida se estremeció al verlo, tocada por el deseo de ese cuerpo fuerte
que se movía acompasadamente con absoluta energía y libertad.
“¡Heracles!”, lo llamó tan suavemente que debió repetir el nombre querido.
El nieto de Alceo se recogió la melena que le caía desordenadamente sobre la
/cara.

100 “¿A qué has venido?”, preguntó con rudeza tal que Galena por poco se pone a
/llorar.

Alcides reaccionó. Dejó el hacha, dio unos pasos hacia la indefensa criatura,
 le alisó el cabello con su mano pesada, y la atrajo hacia sí tomándola del talle.
 “Si no eres capaz de hablar, te digo yo para qué has venido.
 Lo que quieres es la potencia de mi sexo, y te lo haré sentir hasta hacerte gemir
 /de placer y dolor”.

105 Le arrancó de un tirón el manto y la túnica, y apareció toda la desnudez
 /azulosa de la muchacha marina.
 Contra un tronco caído, Heracles la apretó penetrándola con su falo
 /descomunal.
 La frágil nereida sintió la brutalidad del empujón contra la rugosa corteza
 y lloró de dolor, mientras el corpulento héroe resoplaba como un toro furioso a
 /cada puje.

“Esto es lo que querías, ¿no es cierto? Grita entonces, grita por el gozo
 110 de tenerlo a Heracles en tus brazos. Grita, estúpida nereida, no llores, grita”.
 La desgraciada Galena comenzó a gritar, pero no por el dolor o el placer del
 /coito,
 sino por el terror de sentirse aplastada por ese pecho increíblemente duro y
 /áspero en tan desigual embate.
 Gritaba, gritaba la pobre nereida. “¡Eso es lo que me gusta! ¡Grita, grita,
 /nereida!”

Y, en efecto, un grito desgarrador fue lo que hizo estremecer el monte.
 115 Hubo golpes de alas que huían de los árboles. Heracles quedó petrificado sobre
 /el cuerpo extenuado de la hija del mar.
 “¡Canalla!” Galena escuchó que una voz ronca, que le pareció conocida,
 increpaba al héroe de tantos forzados trabajos que le estaba quitando la
 /respiración con su peso.
 Trató de alzar la cabeza y reconoció a la misma bella mujer de mirada
 /desafiante
 que viera en la cabaña. “¡Deyanira!”, gimió Alcides desmontando su acuática

/cabalgadura

120 y dejando al descubierto la pálida desnudez de la desafortunada nereida.

El héroe corrió a abrazar a su mujer que rompió en llanto sin consuelo
entre improperios y golpes de puño que en vano daba contra el mármol

/pecho del héroe.

La ojerosa Galena, avergonzada, cubrió su cuerpo como pudo y desapareció en

/el monte.

LOS INVITADOS AL CERTAMEN

“Todos los dioses fueron invitados a este original concurso”, resopló *Culo*

/Prohibido con picardía.

125 “Hefesto había estado trabajando incansablemente en su fragua con el fin de

/hacer

proctoaspidisquiones que quedaran de recuerdo para los varones.

Lo ayudaron los Cíclopes con su laboriosidad extraordinaria y su fuerza

/descomunal.

Más de trescientos escudos hizo repartir el dios cojo gracias a la agilidad de

/Hermes

que se encargó de los invitados. Para las diosas Afrodita les hizo enviar con Iris

130 un velo de púrpura recamado en oro y aguamarinas de singular delicadeza.

Pero cuando hubo llegado el tiempo, sólo se presentaron algunas diosas de

/mayor prestigio y poder”.

El comentario, por su ironía, hizo reír a los proctoaspidisquiones del

/Pritaneion.

“¡Es que las diosas son todas unas putas!”, gritó *Culo Difícil* con un sonoro

/retumbo.

Las chanzas y burlas de los escudos prosiguieron hasta la madrugada.

135 Afrodita esperaba con nervios el momento y no le bastaban las palabras con
/que Hermes pretendía calmarla.
Lucía su mejor túnica de fulgurante seda púrpura que dejaba ver la perfección
/de sus formas.
El mismo velo que regalara a las diosas lo llevaba abrochado con una enorme
/rosa de oro.
Su pensamiento estaba puesto nada más que en Apolo, el favorito,
cuya victoria daba por seguro tanto por la belleza de sus nalgas como por la
/venalidad de Heracles en el juicio.
140 Se escuchó el canto chillón de los pavos reales, y vieron de inmediato aparecer
/a Hera¹²⁶,
acompañada de gran séquito, con su túnica de enormes ojos azules,
la diadema de platino con perlas negras y brillantes rosados,
mientras sostenía el velo púrpura, regalo de Cipris, en la mano.
Le hacía cortejo su hija Ilitía que traía una ridícula vestimenta de fajas
/cruzadas,
145 que hacía pensar más en una momia de Egipto que en la partera de los
/alumbramientos.
Como su madre, estaba a favor de su hermano Ares, y mostró un cierto desdén
/por Afrodita,
copiado sin duda de la odiosa Hera, cuyo significado Hermes no pudo entender.
En cambio la joven Hebe parecía más suelta y espontánea en sus movimientos,
vestía una túnica sin mangas que dejaba adivinar toda la frescura de sus
/blancos pechos;
150 se había atado el velo púrpura a la muñeca y tenía la cabellera entrelazada de

¹²⁶ Cada una de las diosas que participarán en el concurso son presentadas por el autor en escala jerárquica a partir de Hera, la histérica mujer de Zeus y diosa máxima; de todas se indicará un atuendo que las caracteriza y la función que cumplen; incluso se hará ver el modo en que llevan el velo regalado por Afrodita como un modo de aprecio o rechazo a la diosa dorada del amor. Las diosas se muestran preocupadas por banalidades y, por supuesto, interesadas en los traseros divinos de los tres contrincantes. Hebe es la más chispeante y es la que adivina en qué irá a parar el concurso, verso 201. Afrodita muestra todos los nervios por el posible fracaso de su plan.

/violetas.

Hermes pensó que esta hija de Hera no compartiría sus preferencias con la

/madre.

Habituada a danzar con las Musas, seguramente desearía que ganara Apolo;

se decía también en los comentarios ociosos entre dioses y hombres,

que le gustaba Heracles, y que buscaba la ocasión para unirse a él.

155 Hermes le señaló a Afrodita que habían llegado también Iris, con su manto de

/colores,

y la resignada Io, sacerdotisa de Hera en Argos, con sus lánguidos ojos de

/ternera llorosa.

Algo separadas del grupo aparecieron las Horas; Eunomia lucía la más austera,

con un manto que le cubría todo el cuerpo y que apenas se ondulaba con la

/brisa;

en cambio Dicaia y Eirene llevaban una túnica plisada que las identificaba

/enseguida como danzarinas de Dioniso.

160 Hermes se acercó para comentarle a Afrodita al oído: “No creo que Dioniso

/tenga más admiradoras que éstas”.

“Pero no veo que aparezca nadie que anime a Apolo. Me temo que Heracles no

/sea justo”.

“Sí, mira, allí está llegando Deméter con su hija Perséfone a la que Hades a

/liberado por la primavera”.

“De veras, pero qué aspecto de vieja ostenta siendo una inmortal”.

“No te olvides”, le recordó Hermes, “que en esa apariencia humana buscó

/desesperadamente a su hija.

165 Creo que tanto la madre como la hija apoyarán al refulgente Apolo,

ya que nada tienen en común con el belicoso Ares, y además se cuenta

que la misma Perséfone se peleó con Dioniso en la montañosa Trinacria”.

Las barrancas del Eveno sirvieron de graderías, en las que las diosas

se fueron acomodando a medida que llegaban, la primera entre todas Hera.

170 A poco se escuchó la algarabía de un grupo que se acercaba entre risas y
/medias palabras.
“Bueno, bueno”, empezó Hermes señalando a la nueva comitiva, “un buen
/auspicio para Apolo.
¿No son acaso las ninfas del Eridano las que vienen, rodeando a Temis, la
/madre de los oráculos?”
“Sospecho que esas acuosas ninfas están más preocupadas por verlo a
/Heracles”,
dijo Afrodita de muy mal humor, no sólo por la agitación de túnicas celestes,
175 casi como si el mismo río Eveno desbordara de alegría,
sino porque vio aparecer a su propia hija Harmonía, que usaba
el mismo vestido que Atenea le regalara el día de su boda con Cadmo,
y el fatídico collar de Hefesto, que era una burla sangrienta del cojo a sus
/amores con Ares.
“Hija, ¿cómo es que has dejado Tebas y a tu marido Cadmo para llegarte hasta
/el Eveno?”,
180 protestó la áurea diosa con ceño severo. “Es que he recibido el velo de púrpura
que me hiciste llegar por Iris. Mira, me ciñe la cintura. ¿No crees, además,
madre, que concursando mi nieto Dioniso no deba preocuparme por su
/victoria?”
contestó con arrogancia Harmonía que bien conocía los humores de su madre.
Pero Cipris pensaba que la presencia de su hija podría señalar
/equivocadamente
185 ante los invitados su preferencia por el impetuoso Ares, el padre,
y no por el luminoso Apolo, al que esperaba ver en sus brazos muy pronto.
Ya el sol había llegado a su cenit, y las divinas concurrentes no sabían qué
/más tonterías decir
sobre los bellísimos traseros de los concursantes, “ganará Ares, ya veréis,
puesto que ha organizado todo para burlarse de su esposo tullido...”

190 “...si es por verdad y justicia, no hay nalgas como las de Apolo que encantan a
 /ninfas y mancebos...”

“...nunca he visto un contorno tan grácil como el de Dioniso, que rivaliza hasta
 /con las nalgas de Afrodita...”

“...pero si hay que hablar de culos, como los culos humanos, el ganador
 /debiera ser el nieto de Alceo, Heracles,
 al que, no sin indicación de la Fortuna, han puesto como juez para que lo
 /veamos”.

El sol reverberaba en la diadema de Hera y ardía en las cabezas de los
 /presentes.

195 Afrodita se retorció los dedos con impaciencia. “Ya tienen que llegar”,
 le repitió Hermes una y otra vez sin demasiada convicción.

De pronto las diosas divisaron la retorcida figura de Éride, y hubo un repentino
 /estremecimiento en el público.

Ya más cerca, y con un vozarrón de rencor, les gritó a los presentes:
 “No se preocupen que los concursantes van a llegar dentro de poco.

200 Pero esto no será un concurso, sino más bien una verdadera guerra”.
 “La guerra de los culos”, se escuchó que dijo Hebe con voz cantarina.

Hubo algunas risitas reprimidas, pero la mayoría de las diosas
 miraron hacia Afrodita y Hermes con ojos de interrogación.

Fue en ese momento que se oyeron con claridad los ladridos de perros y los
 /relinchos salvajes desde el norte,

205 el ulular de terribles aullidos de lobo desde el meridián,
 y los rugidos de feroces panteras y jaguares que venían por el oriente¹²⁷.

¹²⁷ Con las indicaciones geográficas de los lugares de proveniencia de los tres contrincantes, el norte, el meridián y el oeste, el poeta menciona hábilmente los animales que les están consagrados a Ares, Apolo y Dioniso, como se ha visto ya precedentemente en sus respectivos cortejos.

CANTO X

LAS TROPAS DE ARES

Si no fuera, no sólo por la ayuda de Calíope, sino de Melpómene y Talía, y por
/momentos hasta de Polimnia,
no podría haber referido Hermes¹²⁸ todo lo que vio cuando, sobrevolando por
/encima de las cabezas insignes
de las diosas que habían concurrido al certamen, se encontró con la avanzada
/de las fuerzas de Ares
que se acercaban al valle del Eveno con furia boreal, entre relinchos y ladridos
/aterradores.

5 En efecto, la columna se abría con cuatro caballos tracios de soberbias crines,
que mascaban nerviosamente los frenos babeando hilos blancos de ímpetu,
montados por el siniestro Deimos y el terrorífico Fobos y los dos Orcos de la
/Muerte¹²⁹,
el Orco negro y el Orco blanco, que blandían amenazantes espadas.
Diomedes era el atroz jinete de Podargo, una de sus carnívoras yeguas,
10 mientras que su hermano Licaón conducía a la temible Janto,
y Cicno galopaba enloquecido con la espantosa Lampón. Detrás iba Diantre
guiando a la yegua Deino, seguido de los cazadores que habían abatido al
/jabalí de Artemisa,
Admeto que venía de Tesalia con Pirítoo y los hermanos Idas y Linceo
/provenientes de Mesenia;
y de Arcadia, Anceo y Cefeo, así como de Salamina se habían unido Telamón y

¹²⁸ Es curioso que ahora aparezca como “cronista de guerra” el mismo Hermes, que tiene también como el poeta, la ayuda y la inspiración de las Musas para describir semejante hecho épico. Esta indicación parece un refuerzo a la mediación requerida anteriormente a las diosas de Pieria en los cantos I y VIII, y señala claramente el momento del clímax narrativo del poema. La descripción de los ejércitos de las tres partes contrincantes nos recuerda el episodio de la “observación desde la muralla” (τειχοσκοπία) la *Íliada* III, en el que Príamo, rey de Troya, desde lo alto de su ciudad le muestra a Helena la formación de los ejércitos enemigos; en *Íliada* II se había hecho el “catálogo de las naves”, la lista de los participantes.

¹²⁹ Los Orcos (Ορκοί) aparecen ya en *Los trabajos y los días* (verso 802) de Hesíodo como testigos y protectores de los juramentos. Aquí tienen rasgos peyorativos, asociados a la guerra y a la muerte.

/su hermano Peleo.

15 Una legión de crestonios se había encolumnado también detrás de Licaón, hijo
/de Ares y Pirene.

Y al final, en su carro de cuatro corceles negros, acompañado de su celoso hijo
/Enómao que lo conducía,
iba erguido, profiriendo gritos que azuzaban a la jauría de perros,
el imponente Ares vestido con coraza y yelmo y agitando en su brazo izquierdo
el proctoaspidisquión Culo Guerrero que había forjado y cincelado

20 con arte inigualable el dios cojo Hefesto, el marido burlado.
“Me parece perfecto que mi hijo Ares defienda su situación hasta con las armas
/si es necesario”,
comentó Hera a las Horas con evidente nerviosismo y en voz alta, para que
/escucharan todos.
“Creo que puede ser peligroso”, silabeó apenas Iris, y enseguida replicó
/agresivamente Ilitia,
“¡Hay que destruir a Apolo!” “¡Es un disparate!”, afirmó con énfasis Hebe.

25 “Apolo sabrá defenderse muy bien”, dictaminó en forma terminante Temis,
/mirando con desprecio a Hera.
“Y también se defenderá Dioniso”, susurraron al mismo tiempo Eunomia,
/Dicaia y Eirene
casi en un suspiro como para no incomodar demasiado a la presuntuosa Hera.
“Ya veremos...”, concluyó la diosa madre arreglándose la diadema que se le
/había torcido¹³⁰.

LAS FUERZAS DE APOLO

Del meridión Hermes no trajo mejores noticias, pero al rato los presentes
/pudieron ver con sus propios ojos

30 lo que estaba sucediendo, pues el que avanzaba era Apolo vestido de una
/túnica blanca de enceguedores reflejos,
con una corona de laureles que le ajustaba los negros bucles de tornasol azul
y en un carro ligero tirado por dos corzas veloces que conducía
con magistral destreza su hermana Artemisa, aljaba al hombro y arco y flecha
/en la mano izquierda.
Detrás seguían sus hijos en cabalgaduras blancas de gran porte y elegante
/paso,
35 adornados de arneses relucientes de oro y con montura de pesadas telas
/amarillas.
Se lo veía ante todo a Mileto, hijo de Ácade, que cabalgaba con majestuosidad
/detrás de su padre.
Todo un ejército de milesios venía a sus órdenes, protegidos de coraza y
/escudos de cuero
y en sus manos musculosas de gruesos dedos, temibles lanzas y picas.
Los hijos de Apolo y Ptía, Doro, Laódoco y Polipetes, habían llegado puntuales
/desde el golfo de Corinto
40 con toda su legión de curetes y, ágiles en el manejo del arco, estaban ya
/prontos
para una descarga de dardos que podría ser avasallante y decisiva.
Mezclados con una manada de lobos y seguidos por cuervos que volaban sobre
/el espacio del gran ejército apolíneo
avanzaban Anio, juvenil pero decidido a defender a su padre, y Asclepio quien,
/instruido por Quirón,
sabía que, a la hora de la lucha, su presencia de médico habilísimo sería
/fundamental.
45 Pero este enorme despliegue de fuerzas, organizado por Apolo para amedrentar
/a Ares,

¹³⁰ Como sucedió en la Ilíada, las diosas toman partido por uno u otro concursante o contrincante.

se cerraba con la presencia musical de Lino y Orfeo, los hijos de Eagro,
que portaban el proctoaspidisquión Culo Brillante, y cantaban himnos de los
/que apenas se entendían algunas palabras
ya que el bullicio de la marcha, los aullidos de los lobos y el graznar de los
/cuervos
se imponían por encima de toda voz humana o divina que llamara a la
/sensatez.

50 Cuando vio aparecer a Lino y a Orfeo, llevando el escudo de Apolo e intentando
/cantar por sobre el vocerío,
Hera comentó a las Horas: “Qué ridículo. Se creen que pueden vencer con la
/lira y el canto”.
Nadie de la comitiva se animó a añadir una palabra, ya que todos sabían bien
que las flechas del refulgente Apolo y de la lunar Artemisa serían las más
/certeras.

LA BATALLA DEL RÍO EVENO

“Y así fue”, dijo con acento imperioso, como si estuviera en medio de la refriega,
55 *Culo Prohibido*, “así fue, porque las flechas de Apolo fueron las primeras en
/volar a su blanco”.

“Hermana”, rogó Apolo a Artemisa que conducía el carro, “acércate lo más que
/puedas a Cicno,
¿lo ves?, va corriendo junto a Licaón y los crestonios, malvado hijo de Ares
que mata a los peregrinos que acuden a mi santuario de Delfos”.

El blanco carro de las corzas hizo un viraje que sorprendió a las fuerzas de
/Ares, hijo de Hera.

60 Apolo tensó el arco, inclinó el cuerpo hacia delante, cerró un ojo;
su flecha salió disparada con un silbido que heló la sangre de las diosas que

/observaban la escena,

y cortó los ladridos insoportables de los perros y los aullidos trágicos de los
/lobos.

Licaón vio sólo que su hermanastro, hijo de Pelopia, caía de la cabalgadura,
mientras la yegua Lampón relinchaba sonoramente, dando la señal de haber
/perdido a su jinete.

65 En efecto, Cicno había sido alcanzado por el mortal dardo de Apolo,
una dura saeta que le atravesaba la garganta y le salía por la nuca.
El griterío de los cretonios fue imponente, y Licaón saltó de la cabalgadura
/para socorrer a su hermano.

Pero ya era tarde. Cicno yacía sin vida. Mientras tanto, la yegua Janto,
al verse liviana sin su jinete, dio un rápido corcovo y salió corriendo junto a
/Lampón.

70 Una lluvia de flechas cayó en ese momento sobre los cretonios, hiriendo y
/matando a cientos de ellos.

Licaón a pie, sin su cabalgadura, gritó a Diomedes y éste dio orden de
/retroceder.

La confusión en el ejército de Ares fue increíble. “¿Quién fue el imbécil que dio
/la orden de retirada?”,
bramó desde su oscuro carro el enfurecido Ares, blandiendo su tajante espada
/de doble filo,
mientras Enomao trataba de avanzar por entre la tropa de cretonios
/aturdidos.

75 “¡Driante! ¡a tus cazadores!”, ordenó el hijo de Hera con voz imperativa.
Deimos y Fobos se acercaron al carro con sus negras cabalgaduras,
señalando a los cretonios que huían ahora despavoridos, unos agarrándose la
/cabeza,
otros el estómago o el pecho. “¡Es la peste!”, gritó Fobos tratando de que Ares lo
/escuchara.

“¡La peste de los bubones!”¹³¹, insistió Deimos ahuecando la voz para ser oído.

80 Mientras tanto el ejército de Apolo se había ubicado casi frente a las diosas, en
/la otra orilla,
y se podían escuchar mejor los cantos de Lino y Orfeo.

Canción de Orfeo por la paz¹³²

*Qué insensato el hombre, el dios,
que ha organizado la guerra
para mostrar el poder
85 de su ingenio o su belleza.*

Tiene el ingenio razones,
tiene encantos la belleza,
para triunfar por sí solos
al margen de toda fuerza.

90 El poder siempre corrompe,
esclaviza y encadena.
No puede el hombre, que es libre,
ser sometido a la fuerza.

95 Si la belleza se vende
porque el dinero interesa,
pierde su propio esplendor
y se degrada o se afea.

¹³¹ Se decía que las flechas de Apolo, hirientes rayos de sol sobre los cadáveres, provocaban la peste bubónica. Así sucede en el comienzo de la *Ilíada* (canto I, 43-67).

¹³² Esta canción de paz parece absurda, en medio de la guerra, como lo hace notar enseguida Hera (verso 103); Ilitía va a atribuir esta contradicción al posible enloquecimiento de Orfeo, después de la pérdida definitiva de Eurídice, cuando pretendió rescatarla del Hades (versos 105-105).

*Qué insensato el hombre, el dios,
que ha organizado la guerra
100 para mostrar el poder
de su ingenio o su belleza*

Hera, indignada por lo estaba escuchando, levantó un puño amenazante.

“¡Canallas! Cantan canciones de paz y provocan esta nefanda guerra”.

Ilitia, a su lado, le comentó al oído: “No te olvides que Orfeo está alterado
105 desde que perdió definitivamente a su Eurídice en lo profundo del Hades.
Ahora canta a la paz o a esos efebos que amanceba lascivamente”¹³³.

El poder siempre corrompe,
esclaviza y encadena...

Hera seguía levantando su puño de furia y de impotencia.

110 Apolo la vio desde su carro y le dijo a Artemisa con una sonrisa maliciosa:
“Déjame para mí a Ares...” “Y a mí déjame a los cazadores de Driante”, contestó
/rápida la hermana.

Un enjambre ruidoso de flechas quitó el aliento a las espectadoras
y se escuchó el alarido de Ares que había sido herido en el muslo,
mientras que Telamón de Salamina caía de su caballo, alcanzado en el bajo

/vientre por un proyectil
115 que le hizo saltar las sanguinolentas entrañas, tiñendo de rojo y de mierda a su
/hermano Peleo¹³⁴.

La desesperación de la diosa madre era indescriptible, pues lloraba

/moqueando, alzaba los puños

e invocaba la intervención de Zeus con sus rayos, todo a un mismo tiempo.

Pero sus gemidos ya no se oían, pues perros y lobos se había abalanzado unos

¹³³ Referencia al origen legendario de la pederastia, ya que se consideraba a Orfeo como su iniciador.

¹³⁴ Los detalles de las muertes en plena batalla tienen que ver con la Ilíada. Son innumerables los modos en que van muriendo troyanos y argivos, alcanzados por las armas de sus enemigos respectivos.

/sobre otros

y se destrozaban a dentelladas a la vera del río con espantosa crueldad,
120 tanto que era casi inaudible la canción de Orfeo y Lino.

...y se degrada o se afea...

...para mostrar el poder...

CANTO XI

LA INTERVENCIÓN DE DIONISO

Ares se retorció de dolor; Hera lloraba desconsoladamente; Iris estaba por volar
/al Olimpo,
cuando de pronto explotaron los cánticos y las danzas furiosas de las Bacantes
/y los Coribantes.

¡Baco Dioniso nos salva!

Es el dios de la verdad

5 Su borrachera divina

es rito de libertad.

Afrodita, cansada por las tensiones de la lucha vista con sus propios ojos,
y dándose cuenta de que Apolo estaba cada vez más lejos de sus brazos,
“Te ruego que pidas a Dioniso que no intervenga”, le indicó a Hermes
tomándolo de la mano con ternura y temor al mismo tiempo.

10 El mensajero divino acarició los dedos encrespados de la diosa del deseo
y se alejó volando con sus sandalias aladas y su amplio pétaso,
dejando en manos de la temblorosa Citérea su áureo caduceo para infundirle
/valor.

Ya llegaba Dioniso en su largo carruaje recubierto de hiedra

de modo que apenas se adivinaba su proctoaspisquión Culo Loco en la parte
/trasera.

15 Conducía el bien dotado Priapo de Lámpsaco, con cuya verga enorme
azuzaba a las cuatro panteras negras que tiraban del vehículo.
Dioniso también estaba desnudo, coronado de mirto, sosteniendo su tirso en la
/mano izquierda,
mientras que con la derecha acariciaba a un delgado guepardo que lo separaba
/de Priapo.

Miraba con sonrisa indiferente las secuelas de la batalla en el valle del río,
20 cadáveres de perros y lobos por doquiera y crestos de Macedonia agitándose
/en espantosa agonía.

Lejos uno de otro, los dos rivales, Apolo con mirada luminosa de triunfador
y Ares, tendido en su carro, tratando de parar la copiosa sangre divina que
/manaba de su muslo.

Volvieron a cantar las Bacantes y los Coribantes, a los que se unieron sátiros y
/silenos.

25 ¡Baco Dioniso, el dios Bromio,
es el que puede salvar!
La locura de su vino
nos revela la verdad.

Ya se acercaba Hermes al dios dos veces nacido, cuando éste saltó de su
/carruaje

y golpeó tres veces furiosamente el suelo con el tirso adornado de hiedra.

30 La triste escena del campo de batalla pareció animarse de improviso.

Un alarido general recorrió todo el valle del río Eveno.

Hermes volvió apresuradamente junto a la diosa de Chipre.

“Por fin has venido, amado Ares...”, dijo Afrodita como si hubiera perdido la

/razón,

“...toma tu látigo de dos puntas y castiga mi rebeldía, amor...”¹³⁵

35 Y devolvió a Hermes el caduceo de oro que agitaba entre las manos.

El mensajero de los dioses miró para todos lados y le pareció que el delirio se había apoderado de las diosas. En efecto, las ninfas del Eridano,

/arrancándose las túnicas,

corrían desnudas hacia el río, barranca abajo, para unirse a los coros de

/Dioniso.

ENLOQUECIMIENTO GENERAL

“Lo que ocurrió después fue trágico y gracioso al mismo tiempo”, explicó *Culo*

/ *Prohibido*,

40 “porque la locura se adueñó de los presentes de una y otra forma”¹³⁶.

Ilitía, por ejemplo, corrió para sostener en sus brazos a Hermes como si fuera

/un niño recién nacido,

con tan mala suerte que se enredó en sus fajas y cayó de bruces.

¡Cuiden al niño!, le gritaba a Hera”. “¿Y la locura de Hera?”,

preguntó *Culo Difícil*, “con ganas se habrá vengado el Bromio

45 del enloquecimiento que ella misma le había provocado injustamente”.

“Fue la primera en caer”, contó *Culo Prohibido* con resonante pedorreo de risa.

“¡Mátenlas! ¡Maten a las Harpías! Se despanzurraba de furor y miedo la madre

/de Ares,

y señalaba nada menos que a sus pavos reales que había confundido con las

/voraces Aelo, Celeno y Cecípite,

y como nadie acudía a ayudarla, los estranguló uno a uno con sus propias

/manos”.

50 “¿Y qué sucedió con las dulces Horas?”, fue la pregunta amable de *Culo*

¹³⁵ Afrodita parece ser la primera en sufrir el ataque general de locura que provoca Dioniso.

¹³⁶ A partir de este momento la “guerra de los culos” se transforma propiamente en “locura de los culos”.

/Lánguido.

“Bueno, como llevaban sus túnicas floreales se llenaron de abejas, o lo

/creyeron,

hasta tal punto que corrieron desesperadas a zambullirse en el río”,

explicó *Culo Prohibido*, que hacía sonar cada tanto su risa en un pedo.

“Imaginen qué pudo haber pasado con Io”, añadió y casi al unísono

/contestaron *Culo Cerrado* y *Culo Caído*:

55 “Debe haber vuelto de seguro a su cara lánguida de ternera sometida”.

Rieron todos y, al fin, *Culo Pelado* pareció reaccionar en un bostezo:

“¿Y a Hermes no le pasó nada?” “Sí, Hermes quiso volarse de junto a Afrodita,

/caduceo en mano,

y cuando está en los aires advierte que tiene en las manos dos serpientes que

/se muerden con furia.

No tuvo más remedio que tirar su caduceo al río, en donde hoy debe estar

/todavía”.

60 *Culo Lánguido* se aclaró la voz de bronce y preguntó por Hebe cuya sensualidad

/le encantaba.

“La pobre muchacha”, contestó *Culo Prohibido* con risitas que no podía

/contener,

“se creyó que Príapo era nada menos que Heracles e intentó vadear el río

para besar y abrazar el descomunal sexo, lo que encantó al dios de Lámpsaco

porque comenzó a jugar con la traviesa hija de Hera, lo que escandalizó a

/dioses y diosas.

65 Temis, por su parte, con aspecto de matrona entrada en años, se subió a lo
más

/alto del barranco

y, aunque nadie la escuchaba, con los brazos en alto, comenzó a proferir

oráculos horribles para los tres contrincantes, y exigió de inmediato la venida

/del juez Heracles

para anular el certamen que había terminado en semejante guerra.

Éride, en cambio, en la parte más baja, junto a la orilla, se restregaba las

/manos con fruición,

70 satisfecha por el desquicio que estaba ocurriendo, aunque algo nerviosa

al no ver llegar al nieto de Alceo con la pera de oro que le dejara.

Harmonía, en el otro extremo, observaba impávida los terribles sucesos del

/campo de batalla

y se preguntaba por qué no querría aparecer Heracles para imponer un poco de

/orden,

siendo el héroe doce veces victorioso el único que tenía autoridad ante los

/dioses para hacerlo.

75 Iris, en cambio, aprovechó la locura de Hera para volar al Olimpo y contar lo

/ocurrido a Zeus”.

Culo Prohibido resopló porque era todavía mucho lo que había para decir.

Coribantes y Bacantes, siguiendo el ritmo enloquecedor de Dioniso, cantaban a

/gritos:

¡Dioniso es el único dios

que nos puede liberar!

80 Mientras tanto el desvarío seguía cundiendo en las tropas enemigas.

Las yeguas carnívoras de Diomedes, liberadas de sus jinetes, abalanzándose

/sobre su dueño,

lo despedazaron vivo. Tironeaban cabeza, brazos y piernas con mordiscos

/furibundos,

y al rato no quedó de Diomedes más que una túnica ensangrentada, enredada

en un torso mordido, tirado en el campo entre otros despojos sanguinolentos.

85 Los cuatro caballos negros de los Orcos, de Foibos y Deimos no fueron menos

/agresivos con sus jinetes.

Transformados en nocturnas panteras, según les pareció, los atacaron

y ellos debieron degollarlos con sus filosas espadas para defenderse.

El caso de Ares fue muy especial, puesto que sintió que el yelmo y la coraza se

/estrechaban poco a poco

para sofocarlo en la más cruel de las agonías que pueda sufrir un inmortal.

90 En el delirio de la fiebre, logró arrancarse primero el casco

y luego la trabajada coraza en la que llevaba cincelados dos hoplitas en lucha

/cuerpo a cuerpo.

Y así, desnudo como estaba y con el muslo sangrando, espada en mano,

saltó del carro para enfrentarse con sus rivales también él cuerpo a cuerpo.

A Apolo no le fue mejor; confundió a Orfeo con Jacinto y, tirando aljaba, arco y

/flechas,

95 se desprendió la túnica y corrió desnudo a abrazar a su desaparecido amante,

mientras que Orfeo, confundiendo a Apolo con Calais, tiró la cítara y el vestido

y corrió también él a unirse en un abrazo con el que creía su amigo.

Fusionados el uno en el otro, comenzaron a moverse en un coito crural¹³⁷

que ignoró en sus delicias la muerte y la desolación que cundía en derredor.

100 Precisamente Artemisa creyó tener a dos furibundos jabalíes que,

/amenazantes,

mostraban sus retorcidos colmillos, en lugar de las mansas corzas que tiraban

/el carro;

de dos flechazos certeros las mató; saltó a tierra abandonando el vehículo

en el que su hermano se refugió creyendo hacer el amor con Jacinto.

La diosa corrió para socorrer a los curetes que no lograban asestar sus flechas

105 porque éstas se convertían en palomas al ser disparadas.

Detrás los venían persiguiendo los pocos cazadores de Driante que quedaban

/con vida

ya que habían visto en los curetes una carroñera manada de hienas.

Coribantes y Bacantes seguían con sus cánticos al ritmo frenético del tirso de

¹³⁷ El coito crural o en la entropierna era una manera común de unirse sexualmente dos hombres.

/purificación del fuego¹³⁹.

Hera será de ahora en más su nueva madre, reconciliados los viejos rencores
/por los trabajos impuestos.

¡Basta de guerras! Y tributen divinos honores al héroe que ha ascendido al
/Olimpo”.

Los presentes, vueltos en sí, comenzaron a gemir, no tanto por la pérdida del
/formidable Heracles,
130 sino por los desastres padecidos por la locura que les trasmitiera Dioniso.

“¡Heracles debe ser el ganador!”, se escuchó al fin una voz nítida sobre la
/desolación de la batalla.

Era Hebe¹⁴⁰ que gritaba con lágrimas en los ojos. Después cayó una lluvia
/copiosa.

CANTO XII

MUERTE Y GLORIFICACIÓN DE HERACLES

Cada ejército se preocupaba de sus muertos y caídos, llorosos todos y en
/silencio.

Las grandes diosas trataban de componerse como podían para retirarse con un
/aire mínimo de dignidad.

Fue entonces que apareció Iris¹⁴¹ con su manto desplegado de muchos colores
/sobre el río Eveno.

Cesó la lluvia y todos entendieron que la diosa traía un mensaje de paz de
/parte de Zeus.

5 El silencio era tan impresionante que la mensajera divina de rosados dedos no

¹³⁸ Dioniso es el triunfador moral, si no del concurso, al menos de esta batalla campal, en la que emplea una estrategia tan poco bélica como la locura para derrotar a los opositores.

¹³⁹ Es Zeus, desde lo alto, el que anuncia el terrible e inesperado desenlace de la lucha.

¹⁴⁰ El poeta concede a Hebe, la diosa de la juventud, que se había mostrado desde el principio interesada en el héroe, la iniciativa de conceder a Heracles el premio “a la memoria”.

/tuvo que forzar la voz

para ser oída en todos los rincones del largo valle de vidriosos espejos.

“Heracles, después de una muerte trágica, fue arrebatado a los cielos en el

/monte Eta, cerca de Traquis,

en donde su infeliz mujer Deyanira hizo levantar la pira funeraria.

Sucedió entonces un prodigio nunca visto por ojos humanos y divinos.

10 Su preciosa sangre, llena de vigor y fortaleza, comenzó a chorrear hirviendo
como si un manantial de fuego hubiera brotado del monte,
y corrió y bajó hasta el estrecho desfiladero entre la Tesalia y la Lócride
que ahora los vecinos han comenzado a llamar Termópilas
puesto que humean, extraordinaria visión, todas las fuentes de agua

15 con la sangre viva del héroe invencible, nieto de Alcides, hijo de Alcmena”.

No había terminado de hablar todavía la sonrosada prole de Taumante
y aún se veía extendido su arco de colores uniendo cielo y tierra,
cuando llegó el contrito Hermes desde el Olimpo, transido de dolor por la

/muerte de Heracles.

Cambió unas palabras con la áurea Cipris que apenas si podía hablar

20 ya que el hipo le cortaba la respiración en la garganta de tanto llorar.

“Afrodita y yo”, comenzó a decir a los presentes, “quienes hemos organizado
este singular certamen entre los dioses más bellos del Olimpo,
no nos esperábamos tan lúgubres resultados, tanto por la desastrosa batalla

/provocada de sorpresa por los contrincantes,

como por la muerte imprevista de quien habíamos elegido como juez,

25 el prócer que cumplió los desafíos más grandes para un hombre,
y que, sin duda, hubiera sido merecedor del premio de haber sido un dios.

Ahora que fue arrebatado a las alturas excelsas, Afrodita y yo consideramos

/que debe ser el ganador.

¿Qué dicen los tres contrincantes, Ares, Apolo y Dioniso, a los que veo

¹⁴¹ Iris, como mensajera, cumple la misión de completar el anuncio de Zeus hecho en el canto anterior.

/abrazados después de la mortal contienda?”

En efecto, los tres participantes, todavía desnudos, habían quedado juntos
30 como avergonzados por la catástrofe provocada en tan poco tiempo
y tristes hasta las lágrimas por la pérdida del gran Alcides.
Los tres levantaron la mano derecha, Ares con su espada, Apolo con su corona
/de laureles y Dioniso con su sistro,
y dijeron unánimes: “¡Heracles es el vencedor!” Hebe entonces gritó
en un raptó de entusiasmo: “¡Honor al Gran Culo!”¹⁴² Y el nuevo apodo
/ **Megaloproctos**,
35 resonó en todo el cauce del agitado río, como un eco repetido por cada orilla,
/por cada ola, por cada piedra:
¡Honor al Megaloproctos! ¡Gloria, gloria! ¡Vida por siempre al Megaloproctos!
Hermes cruzó por los aires a la orilla opuesta y se acercó a los tres oponentes.
“Quiero decirles también que Dejanira viene desde Traquis con su doloroso
/cortejo funerario.
Ella, sin haberlo querido, fue la causante de la muerte de su esposo.
40 Se sabe que tenía guardada una túnica impregnada con la sangre y el semen
/del centauro Neso,
a quien el gran Alcides diera muerte, puesto que la quiso violar.
Celosa porque sospechaba amores con Galena, hija de Nereo...”
Cuando Hermes mencionó a Galena, los tres dioses del certamen se miraron,
ya que cada uno tenía algún episodio que recordar de esa frágil nereida,
45 que no parecía muy a propósito para el musculoso cuerpo del prócer
/desaparecido.
“...hay quienes dicen que no fue Galena”, prosiguió el hijo de la pléyade Maya,
“sino Yole de Ecalia, ciudad que Heracles había abatido hasta la destrucción
/total.

¹⁴² Otra vez es Hebe la que toma la iniciativa, esta vez con respecto al apodo, una especie de título de honor, con que será llamado en el futuro el vencedor de la singular contienda, *megaloproctos*, es decir, “de gran culo”.

Sea que Yole fuera concubina del nieto de Alceo, o Galena hubiera obtenido los
/favores amorosos del héroe,
lo cierto es que Deyanira creía que esa túnica le devolvería los fervores del
/amor,
50 según le había confiado al morir el mismo centauro rencoroso y pérfido.
Apenas se pone Heracles esa túnica ante un nuevo altar que iba a consagrar a
/Zeus,
siente que el vestido se adhiere a sus carnes y el veneno de Neso
comienza a quemarle la piel de todo el cuerpo, acostumbrada sin embargo a los
/embates.
Desesperado intenta arrancarse la fatídica prenda, pero se arranca también la
/carne
55 ante la mirada atónita de la desesperada Deyanira y de su amigo Licas”.
Desde lejos, un redoblar de tamboriles y lúgubre ulular de cuernos
anunciaba la llegada de un coro fúnebre, cuyo canto lastimero
comenzaba a recorrer por las márgenes del fatídico Eveno.

Heracles, el héroe ha muerto.
60 ¡Honrémoslo para siempre!

LA PRESENCIA DE LA TRÁGICA DEYANIRA

Una interminable fila de coéforas¹⁴³ que se perdía en el horizonte
comenzó a llegar al río, trayendo sus ofrendas fúnebres y cantando con tono
/apagado:

Heracles, el héroe, ha muerto.
¡Honrémoslo para siempre!

¹⁴³ Las coéforas (χοηφοροι) eran las portadoras de las ofrendas fúnebres, responsables en especial de las libaciones que se hacían a los muertos. Dan el nombre a una de las tragedias que integra la *Orestíada*.

65 Dejó trabajos terrenos
por el descanso celeste.
Que lo premie el Padre Zeus
por haber sido valiente.

Heracles, el héroe, ha muerto.

70 *¡Honrémoslo para siempre!*¹⁴⁴

Presidiendo la interminable marcha de coéforas iba la escultórica figura de

/Deyanira,

el pelo suelto, la túnica negra desgarrada, y un envoltorio que sostenía con

/ambas manos.

El cortejo se detuvo en la margen del río en donde estaban las diosas.

Nadie respiraba. Nadie se movía. Nadie hablaba. Cada invitada, cada

/concursante, cada sobreviviente de los tres ejércitos,

75 con las manos sobre el pecho, como para defender los latidos de la emoción,
observaba con ojos desorbitados, esperando qué era lo que podía suceder.

“Heracles, el héroe, ha muerto”, dijo con palabras roncadas y cansadas.

Abrió el envoltorio que traía. “Esta es la pera de oro que mi marido debía

/entregar al ganador¹⁴⁵.

La he traído para devolvérsela a Éride”. Y giró hacia donde estaba la vieja

/Discordia

80 quien se adelantó con una risita malévola para recibir el presente que ella

/misma había hecho.

Fue entonces que se precipitó Afrodita y le arrebató a Deyanira el áureo fruto.

“¡Jamás esta pera irá a parar a tus manos, porque eres la causante de los

/males sufridos!”,

le apostrofó a la desdentada Éride que siguió riendo con malicia.

¹⁴⁴ Nótese la austeridad de este canto fúnebre frente el desarrollo que tienen otras canciones del poema. De alguna manera se puede comparar con el ritmo de guerra de Ares en el canto V, como ya lo hicimos notar en la nota 101.

“Esta pera de oro”, continuó la bella Cipris levantándola para que la vieran
/desde ambas orillas,

85 “deberá ponerse en el monumento que erigirá mi marido al triunfador,
es decir a Alcides, el gran Heracles, el hijo de Anfitríon y Alcmena, nieto de
/Alceo”.

De todas partes surgió un griterío de aprobación y un rumor de aplausos y
/vítores.

“¡Honor al Gran Culo!”, se repetía por doquier, “¡Honor al Megaloproctos!”

CELEBRACIÓN ANUAL DE LAS GRANDES PROCTEAS

“Y bien, amigos, la historia ha sido larga”, dijo *Culo Prohibido* con muestras de
/cansancio,

90 “pero todavía no he terminado del todo, puesto que a raíz de estos
/acontecimientos
se celebraban cada año para la primavera junto al monumento de oro y bronce
/erigido por Hefesto

las Grandes Proctetas¹⁴⁶, las fiestas en honor de Heracles Megaloproctos”.

“¿Cómo ‘se celebraban’? ¿es que ya no se celebran más?”, preguntó *Culo*
/Lánguido.

“Tengo entendido”, acotó *Culo Caído*, “porque el muchacho de Salamina que
/era mi dueño me llevó una vez,
95 que sigue habiendo una conmemoración anual”. “Ah, pero no son lo de antes”,
/aclaró enseguida *Culo Prohibido*.

“¿Pero no lo sabían?”, saltó *Culo Difícil* con un resoplido chillón,

“si se robaron la pera y la estatua, y los mármoles de la base
deben estar adornando alguna casa rica de la zona.

Nada nos dejaron, absolutamente nada. Por eso nosotros mismos estamos

¹⁴⁵ Como se ve, el regalo de Éride produjo también discordia en la vida de Heracles que lo guardaba.

¹⁴⁶ El nombre no es más que un derivados de “proctos”, culo, por lo que podríamos llamar a estas fiestas “cúlicas”.

- /abandonados en esta ruina”.
- 100 “No es para tanto”, trató de intervenir conciliando *Culo Cerrado* con su golpeteo
/mínimo susurrante,
 “Cuéntanos, *Culo Prohibido*, cómo eran esas Grandes Proctreas, porque al
/menos yo casi nada sé de ellas”.
 “Lo más importante”, continuó *Culo Prohibido*, “era la procesión del Gran Falo
 traído con toda solemnidad por coribantes y sacerdotes de Dioniso y Apolo.
 Con ellos se celebraban los desposorios de culos y vergas, como para indicar
/una nueva paz universal del sexo.
- 105 Hasta creo que les podría cantar el epitalamio de las nalgas que todos
/atribuyen al mismo Orfeo”.
 Arrastrando las frases como pudo, *Culo Prohibido* les cantó casi sin respirar.

Epitalamio de las nalgas¹⁴⁷

- Nosotras te besamos,
 Nosotras te ocultamos en el pozo,
 Nosotras protegemos tu deseo,
 110 Nosotras te abrazamos.
- Nosotras te exigimos,*
Nosotras te probamos en el fuego,
Nosotras confirmamos tu propósito,
Nosotras te guardamos.
- 115 Nosotras te servimos,
 Nosotras te colmamos de placeres,
 Nosotras te abrigamos en el fondo,

¹⁴⁷ Como los epitalamios eran las canciones de los casamientos o bodas, este poema tiene que ver precisamente con ese “desposorio de culos y vergas” de que se habla en el verso 104. Más que un epitalamio propiamente dicho, se trata de una canción de las mismas nalgas.

Nosotras te adoramos.

Nosotras, falo amante,

120

Nosotras, somos nalgas de confianza.

“Imaginen con qué entusiasmo se cantaba mientras los sacerdotes iban
/paseando el enorme falo en sus hombros”.

Culo Prohibido, a pesar de la ronquera por haber hablado tanto, se entusiasmó
/con sus propios recuerdos

y prosiguió el relato de tan extraordinaria y popular celebración.

“Consideren que hubo una intervención del mismo Zeus,

125 aunque algunos la han desmentido por respeto a la ofendida Hera”¹⁴⁸.

Y a continuación cantó con bastante entonación una canción que es muy

/conocida en la Arcadia, en la Beocia y hasta en la Tracia.

CANCIÓN DE ZEUS

¿Ya probaron, ah, mortales

los placeres por detrás?

Soy el Señor de los dioses

130

y les enseño a gozar.

El lecho con Hera aburre.

Ganimedes me da más.

No niego que muchas hembras

me lograron trastornar.

135

Pero en el Ida una tarde

observé algo inusual.

Pastoreaba en esa zona
andando como al azar
un muchachito bellissimo.

140 Nunca había visto otro igual.

Me molestaba la verga,
parada hasta reventar.
Me estremecí de deseo.
Mi corazón no dio más.

145 El pastor rubio y salvaje,
con su aspecto de animal,
no se opuso a mi pedido
y se me dejó raptar.

150 Como el águila que escapa
con su presa, subí audaz
hasta la altura, cargándolo
sin cansarme de volar.

Me lo llevé hacia el Olimpo
para hacerlo un inmortal.

155 Los celos de mi mujer,
¡qué me pueden importar!

¹⁴⁸ Luciano de Samosata se va a divertir con los celos de Hera por los amores descarados de su marido Zeus para con un muchachito frigio tan afeminado como Ganimedes (*Diálogos de los Dioses*, 5).

*¿Ya probaron, ah, inmortales,
los placeres por detrás?*

Terminada la canción hubo aplausos y vivas que despertaron, como era de

/esperar, a Culo Pelado.

160 Para disimular su sueñera crónica, preguntó improvisamente sin pensar

/demasiado en lo que se conversaba:

“¿Y qué pasó con Galena y las nereidas?” Sus compañeros rieron, pero *Culo*

/Prohibido contestó enseguida:

“Las nereidas también participaron en estas fiestas. Por lo menos quisieron

/borrar

la triste impresión que Galena provocara con sus intervenciones.

Y ya que hemos cantado bastante, les voy a hacer escuchar este delicado y

/misterioso coral

165 que se solía escuchar por las noches de las Grandes Proctreas, venido de lo

/profundo del mar”.

Coral de las nereidas

En la mañana
retinta de vinos
salta el pez
delirante y cae
170 en la red firme
de tu noche.

Pececillo,
vamos, a entrar,
gozarás
175 mucho más
que en las aguas
de la mar.

“Y de Galena no se supo nada más. Algunos pobladores del lugar dicen haberla
/visto

rondando cerca del lugar de la estatua de Heracles, vestida de campesina y
/bañada en lágrimas”.

180 “¿Por qué no cantamos algo nosotros?”, propuso *Culo Caído* pensando en su
/muchacho de Salamina.

“Sí”, aprobó *Culo Lánguideo*, “aprendí una hermosa canción en nuestra época de
/marchas y contramarchas.

Pero eso sí, todos deben cantar porque hay una estrofa para cada uno”.

“Hagamos la prueba”, dijo *Culo Prohibido* tomando la iniciativa.

“Yo me sumo”, añadió *Culo Difícil* con inexplicable optimismo.

Balada de los proctoaspidisquiones

185 **Culo Prohibido:** Canto el coito que agita las palabras
penetrando el arcano del deseo.

Culo Difícil: *Acoplamiento jadeante que conmueve
el dolor, el placer y la locura.*

Culo Caído Alabo cada puje más adentro,
190 cada golpe más hondo, cada grito.

Culo Cerrado *El amor apareado, amor rendido,
sudoroso de gloria, amor temblando.*

Culo Lánguideo ¡Proclamen las delicias del orgasmo,
nuestra victoria justa y exultante!

195 Las notas finales las puso *Culo Pelado* con sus ronquidos que hicieron temblar
el sagrado recinto del Pritaneion en lamentables ruinas.
Era tarde. La noche estaba alta. Se veía una estela de estrellas atravesando la
/silenciosa Delfos.
Los proctoaspidisquiones se durmieron satisfechos. Pero no todos.
Culo Prohibido siguió recordando y le pareció escuchar muy a lo lejos, desde el
/mar distante,
200 una bellísima y triste canción. Aguzó el oído y le pareció la voz de Galena¹⁴⁹
/que cantaba:

*En la tarde incendiada de rosas
vuela el pájaro negro entre llamas,
para hundirse en la húmeda boca
de la verdad.*

205 Pero no era sólo *Culo Prohibido* el que escuchaba. También *Culo Lánguido* sintió
/esa voz
y una sola lágrima, lenta, nostálgica, le resbaló desde el ojo del culo.

UN EPÍLOGO DOLOROSO

Esto es la ***Proctomaquia. El cantar de los culos***. El lector juzgará su belleza y su verdad, si es que esta extraña obra de Aristón resiste juicio alguno. En mi próximo libro, todavía en preparación, *Teología o Sexualidad divina. Dos estudios sobre la Proctomaquia de Aristón de Mitilene*¹⁵⁰, espero poder analizar con mayor profundidad algunas características de la obra.

Para mí no ha sido tarea fácil, no por la traducción en sí misma, sino por todas las misteriosas circunstancias que hube de padecer hasta llegar al texto griego. Su descubridor, Bally Cock, murió antes de poder editarlo. Su secretario, Jean-Claude Sevigny, dijo haberlo perdido; pero su traductor, José Luis Abreu Villalonga, logró

¹⁴⁹ Inesperadamente Galena, aparentemente olvidada en la última parte, vuelve con este final a su protagonismo de los primeros cantos. Este cierre de la obra, centrado en la nereida, justificaría la posible dedicatoria del comienzo del poema, como dije en la Presentación.

¹⁵⁰ Entre los papeles del Licenciado Argüello no se pudo encontrar el borrador del libro que aquí se anuncia [N. del E.].

recuperarlo, claro que a costa de la vida de Seigny, por lo que parece. Yo persigo a todos para lograr su conquista, y cuando tengo en mis manos el ansiado documento, Abreu Villalonga muere. ¿Querrá decir que este escrito tiene encima alguna vieja maldición, como otros repertos arqueológicos de Egipto?

Nada de eso. Pero lo cierto es que estoy en la cárcel, esperando la extradición. Se me acusa de los asesinatos de Bally Cock, Jean-Claude Seigny y José Luis Abreu Villalonga, los tres juntos, nada menos. A la justicia le interesa encontrar una explicación fácil para las tres muertes, pero no le importa lo que ha venido sucediendo durante más de treinta años con un descubrimiento tan extraordinario como el del valle de El-Abarca allá por 1943.

Podría decir cínicamente que, al revés de las autoridades de Argentina, el Reino Unido, Francia y España, a mí me interesa sólo el texto griego de la ***Proctomaquia***. Y es cierto. La fortuna lo ha puesto ahora en mis manos y creo que definitivamente, ya que no veo que haya en el horizonte arqueólogo o lingüista alguno que ande detrás de estos viejísimos papiros.

¿Pero qué? ¿Deduciría el lector que soy el último eslabón en esta cadena de homicidios arqueológicos? No, señores, no. Yo también quiero que se haga justicia.

Horacio Argüello
Cárcel de Caseros, 1977.

ACLARACIÓN FINAL DEL EDITOR

Como sus ancestros papirológicos, el Licenciado Horacio Argüello ha desaparecido. Y el texto griego con él. Es absolutamente lamentable.

¿Un misterio? Imposible definirlo. Tal vez algún día se expida la justicia. Tal vez algún día tengamos alguna explicación.

Sin embargo, hemos creído que valdría la pena publicar una traducción como ésta, aunque falte el aval de la documentación. Siempre puede ser útil una confrontación con la opinión de críticos y lectores inteligentes.

Seguramente pensaremos que es una pérdida irreparable; pero ya no queda nada más por decir.

Wenceslao Maldonado
julio 2004.